

“A los rolos se les quema la piel”: estereotipos y estrategias laborales de hombres y mujeres “negras(os)” en un barrio pobre de la periferia de Bogotá

Francy Natalia Duarte Mayorga- 2013 II
Directora: María José Álvarez Rivadulla



Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN. Una aparente pobreza homogénea en un contexto muy heterogéneo	2
CAPÍTULO 1. ESTRATEGIAS ANTE EL DESEMPLEO Y EL EMPLEO: ¿“RAZA” Y GÉNERO COMO ACTIVO LABORAL?	22
1.1 Problemas laborales comunes: “blancos(as)” y “negros(as)” tratando de enfrentar la falta de oportunidades	25
1.1.1 Arley y la construcción	25
1.1.2 Gerardo y el trabajo en empresas	26
1.1.3 Francy y el servicio doméstico	29
1.1.4 Daniela y el trabajo en ventas	31
1.2 Problemas y estrategias laborales diferenciadas: hombres y mujeres “afro” instrumentalizan sus estereotipos	33
1.2.1 Un embudo laboral y racial	33
1.2.2 ¿La “raza” como activo?: el “aguante” de los hombres “negros” y la sazón “innata” de las mujeres “negras”.....	37
1.2.3 ¡El género como activo?: el trabajo del hogar que nadie reconoce como empleo	43
Recapitulación	47
CAPÍTULO 2. “RAZA”, GÉNERO Y BARRIO: OBSTÁCULOS Y OPORTUNIDADES	49
2.1 Violencias y obstáculos geográficos: superado el desempleo, ahora vienen los problemas del empleo	50
2.1.1 Andrés y las violencias de pandillas y de “limpieza social”	50
2.1.2 La discoteca “afro” del Oasis: la violencia racial física y simbólico-cultural	56
2.1.3 Constanza y los obstáculos geográficos	59
2.2 “Entre negros nos ayudamos”: ¿el capital social como activo barrial?	62
2.2.1 Redes sociales y apoyo institucional	62
2.2.2 Efectividad de las redes sociales en relación al desplazamiento	68
Recapitulación	71
CONCLUSIONES	73
BIBLIOGRAFÍA	81

Agradecimientos

Esta tesis es el producto de muchos esfuerzos conjuntos. En primer lugar, quisiera agradecer a mi familia, pero en especial a mi mamá, por su inmenso apoyo desde que comencé este proyecto. Durante mi trabajo de campo, subir a los Altos de Cazucá en Soacha siempre fue motivo de angustia para mi madre, quien se preocupaba por lo que se escucha de la zona y por lo que yo misma le contaba. Ella, siempre pendiente no sólo de mis subidas, sino también de mi proceso escribiendo este trabajo, fue la persona que más me ayudó dándome consejos y regaños. También quiero agradecer a Danny Sierra, mi pareja y mejor amigo, quien en la distancia y en la cercanía siempre me motivó a escribir esta tesis con disciplina y constancia y quien me daba empujoncitos cuando no me sentía con la mejor disposición para continuar este proceso.

Esta tesis no hubiera sido posible sin la constante dirección de mi tutora María José Álvarez Rivadulla, quien de principio a fin me exhortó a analizar, pensar y organizar ideas con sus muy acertadas sugerencias. El texto que leerán es el resultado de su disposición y paciencia para atender mis dudas y escuchar y corregir mis ideas. A Sebastián Villamizar y Margarita Martínez les agradezco su valiosa ayuda con las veces que leyeron mi tesis y cuyas recomendaciones y lectura cuidadosa contribuyeron a mejorar oraciones y afirmaciones. Gracias a Sebastián por salvarme numerosas veces de mi estrés cuantitativo y por mis primeros pasos trabajando con cifras. Gracias a Margarita por escucharme en momentos de angustia académica y por ayudarme a confiar en mis ideas.

Finalmente, pero no menos importante, mi gratitud inmensa a todas las personas con las que trabajé y que dedicaron tiempo y atenciones hacia mí en los momentos de entrevistas. Gracias a todas estas personas que una vez superada la desconfianza, me hicieron sentir cómoda preguntando sobre tantas cosas que desconozco de sus vidas y costumbres. Sin ellas, sin sus palabras que son las que nutren esta tesis, sin esos testimonios desgarradores que en ocasiones formaron un nudo en mi garganta, sin sus vidas descubiertas en algún grado para mí, no hubiera podido realizar esta tesis, no hubiera podido conocer sus luchas diarias y no hubiera podido llevarme las lecciones de vida que me llevé. A ellos y ellas, inmensas gracias.

INTRODUCCIÓN

EL OASIS: ¿UN CONTEXTO DE POBREZA HOMOGÉNEA?

En Altos de Cazucá, uno de los sectores de la Comuna 4 de Soacha que limita con el sur de Bogotá, se halla El Oasis, un barrio reconocido por sus propios habitantes como un espacio habitado primordialmente por personas “negras”. La realidad del Oasis no le hace justicia a los parajes del desierto con vegetación y agua cristalina. En este barrio el agua es escasa, pues sólo las casas que cuentan con tubería acceden a ella durante tres horas en la noche; y no hay alcantarillado, por lo que las aguas negras se abren camino por la montaña, creando caños con olores desagradables que llegan hasta lo que anteriormente era una laguna contaminada y hoy totalmente seca. El Oasis, como muchos barrios de la Comuna 4, es un espacio segregado espacialmente, que se caracteriza por tener vías deterioradas, casas construidas de forma improvisada sobre terrenos aún no legalizados y servicios públicos deficientes.

La mayoría de habitantes del Oasis son personas “negras” provenientes de la Costa Pacífica. Algunos decidieron migrar a Bogotá en busca de mejores oportunidades de trabajo, ya que en sus lugares de origen no se ofrecían las suficientes, mientras que otros han llegado desplazados por la violencia. Al llegar al Oasis (porque familiares o amigos ya vivían allí), ellos se encuentran no sólo con un grave problema de desempleo y trabajos de baja cualificación mal remunerados, sino con otros tipos de violencia que no parecían tan evidentes antes de migrar: los grupos de pandillas que se dedican a robar, el asesinato selectivo de los comúnmente denominados “indeseables” por bandas emergentes de paramilitares, las pugnas raciales explícitas contra la población “negra” y la violencia de un mercado laboral “blanco” y capitalino que discrimina racialmente y por lugar de residencia. Elementos, todos, que hacen de la población del Oasis una población en extremo vulnerable.

Bajo tal contexto, en esta tesis analizo las estrategias y experiencias laborales de jóvenes “negros(as)” y “blancos(as)” de 20 a 30 años. En particular, comparo y expongo las diferentes formas interconectadas de desigualdad a partir de los lentes de “raza” y género, cuando la población de estudio trata de subsistir a diario, consiguiendo alguna forma de ingreso o intentando acceder a un empleo. Ser hombre o mujer, “negra(o)” o “blanca(o)” en un contexto barrial como el del Oasis, tiene ciertas especificidades en relación a lo laboral, pues las estrategias y las vivencias laborales varían de acuerdo a ciertas categorías de personas. Estas estrategias,

además, dependen de una estructura de oportunidades en donde el mercado laboral es altamente precario, inestable y al que acceden principalmente personas con menor y peor educación; en donde el Estado es poco benefactor con aquellos que se ubican fuera del mercado formal de trabajo; y en donde la sociedad, en este caso, el barrio, a través de redes sociales, violencias y discriminación, impide el aprovechamiento de estrategias laborales.

JUSTIFICACIÓN

Ya había trabajado con anterioridad en la Comuna 4, pero El Oasis resultó un caso atípico en comparación con otros barrios de la comuna porque a simple vista se pueden observar cuadras racialmente muy parecidas. Al pasar de cualquier otro barrio al Oasis, ya podía advertirse más gente “negra” en colegios y en las calles. Era inevitable preguntarse por qué es en este barrio donde hay tal concentración espacial de “afros”: Soacha, precisamente, es una de las áreas urbanas con mayor segregación racial residencial¹ y el Oasis hace parte de las unidades espaciales en donde hay menos heterogeneidad racial.

Estudiar este barrio también resulta relevante, porque se ubica en una comuna que a pesar de limitar con Bogotá, no tiene los mismos beneficios que incluso las localidades más pobres de la ciudad tienen. Dos localidades con niveles de pobreza similares a los de la Comuna 4, son de importancia para comparar las condiciones de vida de sus habitantes: Ciudad Bolívar, por su cercanía a la Comuna con barrios como Caracolí o Tres Esquinas que quedan a unas cuantas cuadras del Oasis; y San Cristóbal, porque también allí existen barrios habitados mayoritariamente por personas “negras”.

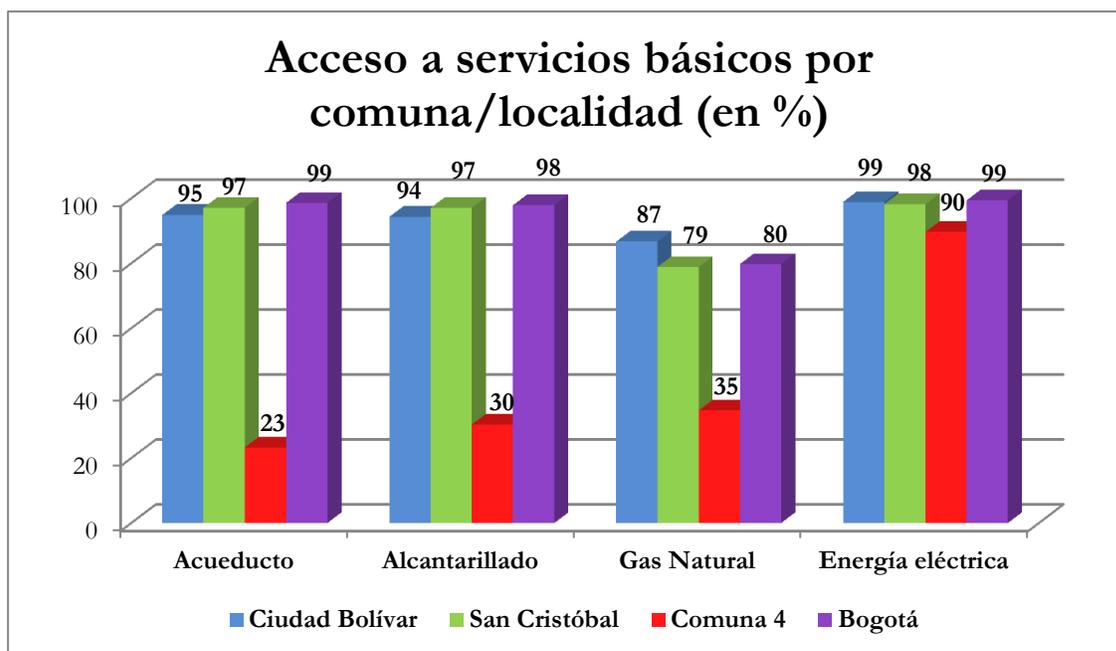
Mientras los barrios de Ciudad Bolívar cuentan con servicios completos, una de las características más importantes en la que la Comuna 4 se encuentra rezagada, es la ilegalidad de la gran mayoría de barrios, aspecto que sirve de argumento principal a la eventual inclusión de servicios básicos como el agua o la pavimentación de vías². Así mismo, la población “afro” que vive en San Cristóbal está cobijada por los servicios que Bogotá ofrece, lo que les confiere niveles

¹ Según esta investigación aún en publicación entre la Universidad del Rosario y DEJUSTICIA, un 66% de personas “afro” en Soacha se encontraban segregadas para el 2005. Es decir, un 66% de personas afrocolombianas tendrían que mudarse de sus lugares de residencia hacia unos barrios mayoritariamente “no afro” para lograr una distribución equitativa del espacio (DEJUSTICIA & Universidad del Rosario, 2013).

² Para profundizar en el tema de la ilegalidad de los barrios y servicios básicos, ver Álvarez & Bocarejo (2012) “Contexto socioeconómico de la Comuna 4 de Soacha: vulnerabilidad, encierro y estigma” (p. 137-142). En Dávila, Julio (comp), *Movilidad urbana y pobreza. Aprendizajes de Medellín y Soacha, Colombia*. Medellín: The Development Planning Unit, UCL; Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín

de vulnerabilidad menores en comparación con la gente “afro” de la Comuna. Al respecto, la gráfica 1 compara el acceso a servicios básicos para el año 2005 entre Ciudad Bolívar, San Cristóbal, la Comuna 4 de Soacha y el promedio bogotano:

Gráfica 1. Acceso a servicios básicos Ciudad Bolívar, San Cristóbal y Comuna 4



Fuente: Cálculos propios basados en DANE, censo 2005

Como se observa, la Comuna 4 presenta porcentajes más bajos de hogares que acceden a todos los servicios básicos, en comparación con Ciudad Bolívar, San Cristóbal y el promedio bogotano, siendo el servicio de acueducto el de más bajo acceso. De manera que una vez comprobada la mayor vulnerabilidad, al menos en servicios básicos, entre comunas-localidades de Bogotá y Soacha, el siguiente paso fue averiguar si la población “negra” y “blanca” a nivel interno de la Comuna 4, sufría de igual forma la pobreza observada.

La tabla 1 muestra cuatro variables de vulnerabilidad para la Comuna 4 entre población “negra” y “blanca” para el año 2005. Lo que las cifras indican es que sin importar categorías raciales, tanto personas “blancas” como “negras” son igualmente vulnerables, a pesar de pequeñas diferencias porcentuales que estadísticamente no son muy significativas. El desempleo es casi el mismo tanto en “negros” como en “blancos” (7,18% vs. 8,31%) y de igual forma sucede con el promedio de años de estudio (7,33% para “negros” y 7,14% para “blancos”), que significa que las

personas de la Comuna 4 en general han alcanzado en promedio siete años de estudio, es decir, han alcanzado un nivel educativo de bachillerato incompleto. Este dato es importante, porque según el Índice de Pobreza Multidimensional (IPM), en Colombia una persona necesita un logro educativo de nueve años de estudio para que no se le considere en privación (DANE, 2013a), un umbral que las personas de la Comuna 4 no alcanzan.

Una de las variables que más sorprende es la de fecundidad adolescente. La diferencia entre madres “negras” y “blancas” de la Comuna es relativamente pequeña y lo que llama la atención son los altos niveles de embarazo adolescente en general, en comparación con el promedio bogotano. La variable empleo es muy particular, no sólo porque muestra que “blancos” y “negros” tienen los mismos niveles de empleo, sino por la forma en que la pregunta fue formulada. En el censo sólo se pregunta a la persona si trabajó la última semana, desconociendo que los empleos a los que acceden habitantes en espacios vulnerables –como El Oasis en la Comuna 4- son inestables y de corta duración. Es decir, si en una semana una persona está empleada, en otra ya puede dejar de estarlo para ingresar luego a un trabajo totalmente diferente.

Tabla 1. Variables de vulnerabilidad en población “negra” y “blanca”, Comuna 4 y promedio de Bogotá

Población	Variables de vulnerabilidad			
	Empleo*	Desempleo**	Fecundidad adolescente***	Promedio años estudio****
"Negros(as)" ¹	60,34	7,18	15,23	7,33
"Blancos(as)" ²	58,33	8,31	13,52	7,14
Promedio Bogotá	61,43	5,03	6,84	9,9

Fuente: Cálculos propios basados en DANE, censo 2005

¹ En esta categoría integro las opciones que el Censo preguntó: “Raizal de San Andrés y Providencia”, “Palenquero” y “Negro(a), mulato, afrocolombiano”. En el contexto del Oasis, tales personas se reconocieron o fueron reconocidas como “negras”, “afrocolombianas”, “morenas” o “niches”.

² En esta categoría incluyo a las personas que se auto-reconocieron en el Censo en la categoría “Ninguna de las anteriores”, ante una supuesta no-marca racial. En el contexto del Oasis, tales personas se reconocieron o fueron reconocidas como “blancas(os)” o “rolos(as)”.

* El censo pregunta si la persona trabajó la última semana

** El censo pregunta si la persona estuvo buscando trabajo en la última semana, pero había trabajado antes.

*** Porcentaje de mujeres entre 12 y 19 años que tuvieron al menos un hijo nacido vivo.

**** Los niveles de estudio son: básica primaria (5 años), básica secundaria (9 años de estudio), media académica o media técnica (11 años de estudio), normalista (13 años de estudio) y superior o posgrado (16 años de estudio).

Fuente: Cálculos propios basados en DANE, Censo 2005

De manera que comparando estas cuatro variables, los datos obtenidos me llevaron a pensar en una supuesta pobreza homogénea para la Comuna 4, pues en principio los problemas parecían ser los mismos para “afrocolombianos” y “blancos”. A pesar de esta aparente homogeneidad, sin embargo, diversos estudios muestran que la población “afro” tiene más problemas para conseguir empleo (Arango, 2007; Urrea, Viáfara, Ramírez, & Botero, 2007; Urrea & Ramírez, 2000). Además de grupos étnicos, otros grupos poblacionales que también ingresan con dificultad a algún empleo son los jóvenes y las mujeres (Arango, 1999). Uno se pregunta, entonces: ¿Qué hay detrás de la homogeneidad estadística desde un punto de vista cualitativo? y ¿el día a día de la pobreza y el desempleo es vivido de igual forma por la población “negra”: personas que dejaron las periferias nacionales y ahora son nuestros vecinos segregados del sur de la ciudad?

Teniendo en cuenta que El Oasis es un barrio periférico y segregado, cuyos habitantes “afro” hacen parte del grupo poblacional que a nivel nacional es de los más pobres, lo primero que hice fue indagar por las estrategias a las que acuden las personas de este barrio para acceder a un trabajo u obtener un ingreso. Averiguar por estas estrategias me parecía interesante, porque durante mis primeras observaciones en campo me di cuenta que los negocios de víveres del barrio sólo eran atendidos por personas “blancas”, mientras que los pocos negocios que atendían los “negros” eran dos peluquerías “afro” y un restaurante de almuerzos. Me sentía intrigada y preocupada porque con el pasar de los días, estos negocios permanecían vacíos la mayor parte del tiempo. Sólo había un establecimiento que siempre estaba ocupado y era uno de los dos saloncitos de juegos en donde se hallaban hombres y mujeres “negras(os)” jugando y apostando.

Con este primer escenario en mente, me pregunté: ¿qué hacían estas personas, en días laborales, apostando dinero que posiblemente necesitarían?, ¿Estarían desempleados(as)? ¿Qué tipos de trabajos tenían?, ¿Cómo hacían para sostenerse económicamente con negocios que a simple vista no daban mayor ganancia?, ¿Por qué los negocios de víveres eran atendidos sólo por gente “blanca”? ¿Las personas “blancas” se empleaban en los mismos trabajos que la gente “negra”? ¿Habría alguna diferencia entre los trabajos que obtienen las mujeres “blancas” de las “negras”? ¿Cómo afecta el barrio en el que viven los tipos de trabajos a los que acceden? Fue a partir de esas primeras preguntas empíricas que surgió la cuestión general que motivó esta investigación: ¿Cómo la “raza” y el género inciden en las experiencias laborales de jóvenes “negros(as)” en un barrio pobre y segregado?

Por experiencias laborales me refiero no sólo a la tenencia de un trabajo, ya que con los cambios estatales y en el mercado laboral, el empleo ha dejado de ser la única forma de obtener un ingreso. Me refiero también a las estrategias e inventos que jóvenes “negros(as)” y “blancos(as)” utilizan para sobrevivir diariamente, así como a las vivencias subjetivas del empleo y el desempleo y a las vulnerabilidades de las que estas poblaciones son objeto, siempre en relación con una estructura de oportunidades que influye en el desarrollo de tales vivencias y estrategias laborales.

A partir de la comparación entre estas dos poblaciones, me centro principalmente en las experiencias de jóvenes “negros(as)”, pues una estructura de oportunidades compuesta por el mercado laboral, el Estado y la sociedad, impone una mezcla de desventajas en la que los “afrocolombianos” suelen ser los más afectados. Como sostiene Arango (1999), son los jóvenes, las mujeres y los grupos étnico-raciales quienes no encajan en el mercado laboral debido a que no corresponden al modelo ideal de trabajador que debe ser hombre, “blanco” y quien históricamente ha permanecido en la esfera pública de lo laboral, participando de trabajos productivos. Cabe preguntarse, por lo tanto, ¿qué especificidades laborales implica ser hombre, mujer, “negro(a)” o “blanca(o)” bajo tal estructura?

Al pensar en mercado laboral, Colombia no ha sido una sociedad de pleno empleo. Más bien, se ha caracterizado por altos niveles de informalidad y desempleo³ (López, 1999) que aumentaron con la apertura económica en los años noventa (Urrea, 2002). De esta forma, si antes existían reducidas posibilidades de hacer carrera en empleos de empresas, ahora los trabajos a los que logran acceder las personas menos calificadas no son de fábrica, sino de servicios. Estos trabajos que requieren de mínima educación implican, por tanto, menores salarios.

En este contexto, los jóvenes pobres, pero en particular los jóvenes “afro” que históricamente no han accedido a educación de calidad, son quienes más se ven excluidos del mundo del trabajo ingresando sobre todo a empleos de baja cualificación y precarios. Así mismo, el mercado laboral ha generado una “coincidencia entre una mayor participación [laboral] de las mujeres y una precarización del empleo femenino” (Arango, 1999: 126). El ingreso de las mujeres al mercado de trabajo, además, “ha tendido a agravar la desigualdad en torno al trabajo de

³ Según el Banco de la República, entre 1984 y 1994, la tasa de desempleo cayó de manera casi ininterrumpida, desde 14% a 7.5%; a partir de entonces inició un ascenso que culminó, en el año 2000, en una cifra récord: 20% (Arango & Posada, 2001). Actualmente, esta tasa es de 10,2% (DANE, 2013b). Respecto a la informalidad, para el trimestre de diciembre de 2012 a febrero de 2013, la proporción de ocupados informales para trece áreas metropolitanas en Colombia, fue de 50,3%, dentro de los cuales el 58,9% trabajó por cuenta propia (DANE, 2013c).

reproducción o de “cuidado”, al sobrecargar a las mujeres con el peso de la reproducción social y doméstica” (Arango, 2004:23).

El Estado colombiano, por su parte, es poco benefactor. Para el año 2011, Colombia presentó una reducción absoluta en el gasto público social, a diferencia de la tendencia regional latinoamericana que hasta el 2010 aumentó los recursos disponibles para el financiamiento de servicios sociales y de transferencia de los hogares (CEPAL, 2012). Aunque se evidencia un esfuerzo por la implementación y expansión de programas de lucha contra la pobreza (mediante transferencias condicionadas), programas de fomento productivo para la creación de empleos o la creación de seguros al desempleo, para el 2010 el gasto social en Colombia fue bajo (13,7%) en comparación con países como Brasil (26,2%), Costa Rica (22,7%) o Uruguay (24,2%).

Tal situación del gasto social se agrava en escenarios como el del Oasis, pues a los débiles programas de focalización del Estado colombiano, se suma el panorama de pobreza y vulnerabilidad de barrios marginales respecto a educación, salud y seguridad. Lo que se observa en El Oasis, y en la Comuna 4 en general, es que hay gran cantidad de colegios y escuelas, públicos y privados, pero estas instituciones no ofrecen una educación de calidad (muchos de los colegios existentes son creados sin ningún tipo de regulación legal), los profesores no están suficientemente capacitados y la información sobre estudios universitarios o posibilidades laborales es escasa. En cuanto a la salud, los pocos centros de salud existentes tienen una capacidad de atención precaria, ya que permanecen cerrados o apenas ofrecen atención básica (toma de temperatura o formulación de medicamentos). Y en relación a la seguridad, no hay en la actualidad centros de policía y cuando han existido, los habitantes se refieren a ellos como ineficientes.

La débil presencia del Estado, sin embargo, puede verse en estos barrios a través de subsidios como el de *Más Familias en Acción*⁴, cuyo apoyo se divide en dos: uno nutricional en el que 50 mil pesos mensuales son entregados por familia, sin importar el número de hijos entre 0 y 7 años; y uno educativo, otorgado por grupo familiar, sin importar el número de hijos entre 7 y 18 años (15 mil pesos mensuales si los hijos están en primaria, 25 mil si están en 6to, 7mo y 8vo de

⁴ Antes del 2011, conocido como Familias en Acción. Son subsidios de nutrición o educación otorgados a los hijos menores de 18 años que pertenezcan a las familias en situación de pobreza, en condición de desplazamiento o familias indígenas. El subsidio consiste en un apoyo monetario directo a la madre beneficiaria, condicionado al cumplimiento de compromisos por parte de la familia. En educación, debe garantizarse la asistencia escolar de los menores; y en salud, los niños y niñas menores deben asistir a las citas de control de crecimiento y desarrollo programadas y esquemas completos de vacunación.

secundaria, 35 mil si están en 9no y 10mo y 40 mil si están en once) (DPS, 2013). Aunque todos mis entrevistados y entrevistadas reciben este tipo de subsidios, se refirieron a ellos como poco eficaces, pues no llegan con regularidad y el monto de dinero subsidiado es bajo⁵.

Estas influencias estructurales del mercado de trabajo y el Estado, se integran con una sociedad que discrimina racial y residencialmente, generando niveles de desigualdad laboral aún mayores. En este sentido, la sociedad, vista a través de la comunidad, el barrio y las redes sociales, juega también un papel importante: ante la migración y el desplazamiento de gente “negra” del Pacífico colombiano, muchos contactos en el lugar de origen se pierden y los que se logran en el lugar de llegada no alcanzan para conseguir empleos en una “ciudad blanca” que discrimina racialmente.

CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

Género y “raza” y sus nominaciones cotidianas “hombre”, “mujer”, “negro” o “blanco”, son conceptos que comparten una historia de definición naturalista y un giro posterior en las ciencias sociales, al ser entendidos como construcciones sociales atravesadas por relaciones de poder. Como afirma Arango (2007), “El “orden racial” establece divisiones y jerarquías entre grupos sociales a partir de categorizaciones fundadas en el color de piel y el fenotipo. La “raza” no es una realidad biológica sino una marca utilizada como signo para “alterizar” a determinados grupos sociales” (Guillaumin (1972). Citado por Arango, 2007: 38).

Actualmente, algunas apelaciones a los términos “raza” y “negro”, son criticadas por algunos académicos, en tanto designan un legado de esclavitud que refuerza estereotipos racistas. Sin embargo, la categoría “raza” “sigue siendo una categoría analítica necesaria pues es la única que revela que ciertas discriminaciones son efectivamente raciales y no apenas de clase o culturales” (Curiel, 2011: 16). Al aceptar que las “razas” son una invención social, se ha

⁵ Mientras en Colombia los programas de lucha contra la pobreza y de protección social se basan en transferencias condicionadas a partir de la focalización de recursos estatales, en los países nórdicos se presenta uno de los estados de bienestar más consolidados con enfoques universalistas. En Europa el vínculo entre empleo y protección social marcó la pauta para la recepción de ayudas estatales y se ha debatido sobre la necesidad de adaptar los Estados de Bienestar a los avatares del mercado del trabajo (CEPAL, 2012b). En la región latinoamericana, los programas de protección social en relación a salud o pensiones no son universalistas. En general, han puesto mayor énfasis en los sistemas contributivos basados en la capitalización individual y la administración pública y privada de tales sistemas. Hay importantes diferencias, como el caso de Chile, que sustituyó completamente el sistema público por uno privado; Uruguay, cuyo modelo mixto complementa el sistema público con capitalizaciones individuales (CEPAL, 2006).

descubierto que en las interacciones cotidianas de la sociedad, tales invenciones se tornan reales y existen en los discursos, acciones e imaginarios de la gente.

Para algunos investigadores que participan de los estudios “afrocolombianos”, el término “negro” significa dominación social, por lo que debería ser eliminado y remplazado con el término “afrocolombiano”: “para definir a un nuevo actor social, del cual se subraya la especificidad cultural (*afro*) y la integración política (*colombiano*)” (Agudelo (2005). Citado por Viveros & Gil, 2010: 103). No obstante, “en un mundo donde “lo negro” no está validado cultural ni socialmente, es igualmente estratégico y político asumir la resignificación del término “negro(a)” como un elemento de resistencia cotidiana, asumiendo como positivo lo que antes fue objeto de discriminación y subestimación” (Viveros & Gil, 2010: 104).

En este trabajo la categoría “raza” será usada en el sentido de Cunin (2003) “[...] como una categoría práctica, social y política, determinada por la idea de la existencia supuesta de diversas “razas” (Brubaker, (2001). Citado por Cunin, 2003: 11) En esta medida, como se verá en los resultados, “raza” tiene multiplicidad de significados: en efecto, se refiere a color de piel y a características fenotípicas (no claramente coherentes), pero también a una serie de prácticas culturales compartidas (saber de música “afro”, bailar como “negros”, no tener comportamientos de “negros”, etc.). La forma en que mis entrevistados(as) conciben “su raza” tiene una estricta relación con el mundo del trabajo, pues a esa aparente “raza” es atribuida una serie de beneficios y perjuicios laborales.

Según Cunin (2003), la calificación racial que hacen las personas de sí mismos y las que atribuyen a otras personas se modifican en el transcurso de las interacciones y se inscriben en un proceso en el que las clasificaciones dependen no sólo de la auto identificación, sino también de las formas en que otros actores identifican –sociedad y Estado. Como investigadora no soy ajena a ciertas clasificaciones raciales que operan en la sociedad, por lo que al llegar a campo empecé trabajando con jóvenes que para mí eran “negros” a partir de su color de piel y a quienes también clasifiqué como “afro”.

Tanto en los momentos de entrevistas, como por fuera de ellas, los binarismos raciales salían a flote: los términos comparativos que usaban jóvenes “negros” y “blancos” siempre hacían referencia a un otro racializado “negro” o “blanco” que tenía mejores o peores empleos. Pero cuando se trataba de nombrarse a sí mismos, sólo los “afro” se consideraban “negros” o “morenos”, mientras que los “blancos” hacían expresiones de sorpresa y confusión, cuando los

interpelaba por su auto reconocimiento racial: los jóvenes “blancos” se encontraron en una posición de no marca racial evidente a primera vista, pero sí marcaban a otros como “negros” o “niches”. A pesar de que reconocían que algunas personas son “trigueñas” o “morenas” el punto de comparación de ambos grupos siempre fue dicotómico: “negros” vs. “blancos”.

De esta forma, en esta tesis tengo en cuenta los apelativos “negro”, “negra” o “afro” como equivalentes, pues son los adjetivos a partir de los cuales los habitantes del Oasis se describen y además los adjetivos con que son identificados por residentes “blancos”, por otras personas “negras” y por mí como investigadora⁶. Otros términos que aparecieron como equivalentes fueron “blanco” y “rolo”, este último en clave de región y no de fenotipo, pero que igualmente significa el nombramiento regional de individuos racializados como “blancos”.

Por lo tanto, de aquí en adelante usaré las comillas con estos adjetivos y con el término “raza”, porque lejos de ser términos neutros, la creación social de las “razas” y la designación “negro” a los seres humanos, nacieron en la época de la esclavitud en la colonia, para nombrar de forma despectiva a todos aquellos diferentes de una aparente superioridad “blanca” y europea, y para legitimar con base en ello una serie de maltratos y abusos que persisten en la actualidad: los “negros” son “negros” porque así fueron nombrados a partir de un lenguaje discriminatorio; y de igual forma, los “negros” son “afrocolombianos” porque fueron reconocidos colombianos por la Constitución de 1991, aun cuando a este reconocimiento sigue asociada una marca fenotípica y estereotipos racistas.

Ahora bien, la categoría género “ha buscado articular un conjunto de prácticas, instituciones, normas, esquemas de percepción y regímenes de subjetividad que contribuyen a producir y reproducir una división del mundo en dos sexos y una oposición jerárquica entre «lo masculino» y «lo femenino». Sin embargo, la producción del género obedece a lógicas específicas y discontinuas, que varían según los grupos sociales, los dominios de prácticas y de representaciones” (Arango, 2007: 38).

Igual que ocurre con la “raza”, el género tiene un fuerte arraigo biológico y dicotómico entre la sociedad y también ha sido ampliamente criticado desde las ciencias sociales. Según De

⁶ El término “mestizo” nunca fue referido por ninguno de los y las entrevistadas, ni cuando respondían a la pregunta abierta, ni cuando les preguntaba de manera múltiple por distintas formas de clasificación étnica-racial, incluyendo la opción “mestizo”. Igualmente, en calidad de investigadora que también racializa, nunca me referí a gente “no negra” como mestizos –para mí eran “blancos”, “trigueños” o “morenos”. De otro lado, hay que aclarar que la gente “afro” que se auto identificó como “afrocolombiana”, lo hizo en mi presencia, pero nunca se llamaron de esa forma entre pares en interacciones cotidianas no académicas.

Barbieri (1993), la categoría género “requiere de dar espacio a la búsqueda de sentido del comportamiento de varones y mujeres como seres socialmente sexuados. Es decir, tener en cuenta que hay una serie de determinaciones sobre las mujeres y sobre los varones que se expresan en, y a la que responden los comportamientos observados” (p. 6). Son esas determinaciones, relacionadas con imaginarios laborales de cuerpos femeninos y masculinos con bases biológicas, las que conducen a que “la vida familiar y doméstica, sean considerados los espacios privilegiados de las mujeres e identificados en nuestras sociedades como *el lugar* de la subordinación femenina” (De Barbieri, 1993: 9).

Para esta autora, hay múltiples formas de entender género, una de ellas se basa en la comprensión de relaciones entre hombres y mujeres y las diferentes tensiones de poder que las atraviesan. Un tipo de poder evidente en muchas clases de relaciones –sexuales, laborales- es el control que ejercen los hombres sobre los cuerpos de las mujeres, apropiándose de su capacidad reproductiva, su sexualidad y de su fuerza de trabajo. Este tipo de apropiación se torna relevante para entender los trabajos de servicio doméstico y de trabajo en el hogar que las mujeres del Oasis realizan.

De Barbieri (1993) también tiene en cuenta que el género debe ser una categoría no vacía, en la que elementos como lo étnico y otras formas de género⁷ deben ser incluidas y contextualizadas, pues el género a menudo es moldeado por personas étnica y racialmente diversas. Al respecto, el feminismo “negro” estadounidense ha hecho importantes aportes, al asegurar que muchas de las premisas y críticas del feminismo, han provenido de mujeres “blancas” de clase media, que desconocieron por mucho tiempo las experiencias de las mujeres “negras”, quienes por su condición de “no ciudadanas” en el contexto estadounidense, sufrieron de dominaciones de clase y “raza” que no se reducían únicamente a la categoría de dominación masculina (Collins, 2000).

Collins (2000), afirma que las teorías creadas por el feminismo “blanco” son totalizantes y se piensan universales y aplicables a cualquier tipo de mujer. Sin embargo, esta autora llama a la contextualización de las mujeres “negras”, pues “dentro de la cultura de Estados Unidos, las ideologías sexistas y racistas permean la estructura social a tal punto que llegan a ser hegemónicas, específicamente, vistas como naturales, normales e inevitables” (Collins, 2000: 5). Guardadas las

⁷ Soy consciente de que el género excede el binarismo hombre-mujer, pudiendo incluir personas con orientaciones sexuales diferentes. Sin embargo, en esta tesis incluiré en la categoría género sólo a hombres y mujeres heterosexuales, pues fue la normatividad sexual imperante que hallé.

proporciones, podría decirse que también en el caso de las mujeres “negras” colombianas, la estructura social –Estado, sociedad, mercado laboral- es moldeada por influencias racistas y discriminatorias por género y por “raza”.

Con la categoría de género, entonces, analizo empleos y estrategias que sólo mujeres u hombres, “negros(as)” o “blancas(os)” en El Oasis afirmaron ser capaces de realizar, basados en la naturalización de su condición de hombres y mujeres. Con el género, siempre en relación con la “raza”, busco además observar desigualdades que no pueden ser analizadas de manera independiente sólo por “raza” o sólo por género, porque hombres y mujeres “negras(os)” son quienes más se ven afectadas por una estructura laboral discriminatoria. Incluir estas dos categorías en mi análisis, también es útil en la medida que permite observar qué desigualdades se interconectan y cuáles responden sólo a género o sólo a “raza”⁸.

LO QUE SE HA HECHO, LO QUE FALTA

Los estudios sobre experiencias laborales de “afrocolombianos” en contextos urbanos en Colombia, se han centrado particularmente en Cali, ciudad reconocida por albergar un alto porcentaje de población “afrocolombiana” (Ver Barbary & Estacio Moreno, 2008; Gil, 2010; Viáfara, 2008; Urrea & Viáfara, 2006; Urrea 1999, 2000, 2002). Estos trabajos, principalmente cuantitativos, muestran altos niveles de segregación socio-racial que inciden en patrones diferenciados de inserción en el mercado laboral, en donde los “afrocolombianos” se concentran en empleos no calificados (Urrea, 2000, 2002, 2011; Urrea & Ramírez, 2000).

Así mismo, otras investigaciones dan cuenta de cómo individuos “negros”, incluso con orígenes sociales similares, alcanzan menos logros educativos en comparación con la población “no negra” (Barbary & Estacio Moreno, 2008; Viáfara, 2008; Urrea y Viáfara, 2006). Uno de los principales problemas que enfrentan los “afrocolombianos” es su alta tasa de dependencia juvenil (hijos menores de 16 años que dependen económicamente de sus padres), lo que se traduce en mayores vulnerabilidades sociodemográficas. Además, esta población joven presenta niveles educativos bajos, enfrenta períodos más largos de búsqueda de empleo, tiene menos derechos laborales (como acceso a salud y a pensión) y su duración en un empleo suele ser corta, lo que dificulta el logro de experiencia laboral (Barbary & Estacio Moreno, 2008; Urrea et al., 2007).

⁸ A diferencia de los términos “raza”, “negro” o “blanco”, no utilizo las comillas con los términos hombre y mujer, porque aunque también son construcciones sociales con multiplicidad de significados, tales términos por sí solos no han sido usados históricamente con un significado denigrante asociado.

De otro lado, aquellos trabajos realizados en ciudades con baja representación de “afrocolombianos”, como en el caso bogotano, han mostrado cómo, en algunos casos, la intersección de ciertas características como ser hombre “negro” desplazado, tiene efectos de discriminación laboral mayores que en el caso de mujeres “negras” desplazadas, pues los hombres “negros” son considerados más peligrosos, mientras que las mujeres pueden insertarse más fácilmente en el servicio doméstico (Arango, 2007; Arango, Meertens, & Viveros, 2008; Pérez, 2005; Posso, 2008). Los resultados de mi tesis, como se verá más adelante, desafían en cierta medida las premisas anteriores.

A esta serie de investigaciones intento contribuir a partir de tres enfoques teóricos: el enfoque AVEO (Activos y Estructura de Oportunidades), el marco interseccional y los estudios urbanos sobre el efecto vecindario. El enfoque AVEO, creado por Kaztman y Filgueira (1999) y auspiciado por la oficina de la CEPAL en Montevideo, se basó en la idea de activos que Caroline Moser (1996) articuló a finales de los noventa, en el marco de estudios sobre pobreza urbana que desarrollaba el Banco Mundial. Estas iniciativas respondieron al hecho de que las miradas de la pobreza tradicionales (basadas en la carencia básica de los hogares o el déficit de ingreso), no eran suficientes para entender por qué persistía. Moser definió los activos como el portafolio de recursos que manejan los hogares o su carencia y dificultad para alcanzarlos: pueden ser físicos, materiales, sociales o simbólicos y pueden ayudar a la construcción de estrategias de sobrevivencia y movilidad social.

Kaztman & Filgueira (1999) contribuyeron al enfoque de activos de Moser con nuevas aproximaciones: “[...] los recursos que controlan los hogares no se pueden valorar con independencia de la estructura de oportunidades a la que tienen acceso. En rigor, se afirma que los recursos se convierten en activos en la medida que permiten el aprovechamiento de las oportunidades que ofrece el medio a través del mercado, el Estado o la sociedad” (Kaztman & Filgueira, 1999: 20). El enfoque AVEO me permite entender las diferentes estrategias a las que acuden las y los jóvenes entrevistados –estudios, redes sociales, habilidades, negocios- y analizar con qué grado de agencia enfrentan una estructura de oportunidades laborales caracterizada por la informalidad laboral y la discriminación racial.

No obstante, el enfoque AVEO no toma en cuenta que esos activos pueden variar dependiendo de distintas categorías de personas. En este contexto, el marco interseccional resulta útil, en la medida en que permite comparar categorías como la “raza” y el género para dar cuenta

de las desigualdades laborales intersectadas en relación a un contexto estructural y barrial marcado por la pobreza, la violencia y la segregación. El enfoque interseccional fue desarrollado por la teoría crítica del feminismo negro estadounidense. Tal como lo menciona Viveros (2009), los estudios latinoamericanos se han centrado en analizar de forma relativamente autónoma cada categoría: “El tema de la “raza” ha sido abordado en sus nexos con las desigualdades sociales y muy poco en relación con las desigualdades de género y sexualidad [...] Igualmente, se ha advertido que en América Latina el orden socio-racial jerárquico de las desigualdades interactúa con la etnicidad” (Viveros, 2009: 7).

Aunque las investigaciones colombianas antes mencionadas se han llevado a cabo en contextos urbanos, el barrio como determinante importante en la vivencia de lo laboral, no sólo como limitante geográfico y estigmatizado, no ha sido suficientemente explorado. Arango (2007), por ejemplo, anota como única referencia al tema urbano que su propuesta de análisis “[...] identifica algunas de las articulaciones entre dos grandes ordenadores sociales, el género y la “raza”, tal como actúan en sectores populares urbanos, o en el «campo urbano popular», entendido como zona subordinada del espacio social, en el sentido de Bourdieu” (pág. 38).

En páginas posteriores, sin embargo, ese “campo urbano popular subordinado” no aparece más. Pero más allá de una definición de espacio en tanto campo urbano, ¿qué hay del grado de heterogeneidad del barrio y las redes sociales, de los modelos de rol a los que están expuestos los jóvenes, de las violencias que impone, de las oportunidades que ofrece, de otros problemas en infraestructura que afectan las experiencias laborales? En esta tesis el barrio juega un papel fundamental, no sólo por ser el escenario en el que habitan las y los jóvenes con que trabajé, sino también porque es uno de los activos más importantes con que un hogar o un individuo pueden contar en términos de trabajo.

Es en este punto donde las teorizaciones sobre el barrio toman relevancia, pues varios teóricos han mostrado que donde la separación espacial y, además racial prevalece, la realidad de sus habitantes se vuelve aún más precaria (Wacquant, 2001; Wilson, 1996). En efecto, el ambiente barrial en el que un individuo se desarrolla tiene influencia en su presente y futuro y en las oportunidades con las que puede contar para salir adelante. La influencia del barrio es particularmente importante en las oportunidades laborales y educativas que atañen a la población joven, dado que tal población aún está en proceso de formación y preparación para ingresar a la vida adulta (Pager & Shepherd, 2008; Wilson, 1996).

Mi tesis principal, entonces, es que jóvenes “negros(as)” y “blancos(as)” enfrentan una estructura de oportunidades cerrada al momento de insertarse en el mercado de trabajo. Tal estructura se caracteriza por tres aspectos: 1) Los niveles de pobreza no permiten adquirir los activos educativos cualificados que el mercado laboral requiere; 2) La presencia del Estado en El Oasis es débil; y 3) La residencia en un barrio pobre y violento impide acceder a empleos estables y bien remunerados. Sin embargo, los distintos grupos de jóvenes utilizan recursos heterogéneos - aunque limitados- para afrontar tal estructura de pobreza y desempleo que los afecta de forma diferenciada: los hombres y mujeres “negras(os)” aprovechan sus estereotipos y redes sociales como principales estrategias a la hora de obtener ingresos, a diferencia de hombres y mujeres “blancas(os)” que encuentran trabajos menos inestables en empresas y locales comerciales.

METODOLOGÍA

Ingresar al Oasis no fue fácil y menos lo fue el estudiar con la gente “afro” que allí vivía. Varias personas de otros barrios de la Comuna 4 me habían contado lo supuestamente peligrosos que eran los “negros” del Oasis. Entre sus supuestos actos vandálicos se encontraban el haber quemado un CAI de la Policía, haber ido en grupos de hasta 20 personas a pelear con la policía porque ésta intentó que bajaran el volumen de la música en una fiesta y matar a cuanta persona “blanca” entrara a su zona porque “son negros muy racistas”. Un funcionario público que trabaja en la zona en la Casa de los Derechos, me comentaba que entrar a las cuadras de los “negros” era muy fácil: lo difícil era salir vivo de allí.

Fue inevitable que sintiera miedo y desconfianza, pero aun así decidí empezar allí mi trabajo de campo. Sin querer desmentir las percepciones de miedo que muchos me contaron, nunca me pasó nada y las versiones de la gente “afro” sobre los mismos incidentes eran totalmente diferentes. Si bien nunca tuve problemas de seguridad, hubo otro tipo de problemas que no hicieron de mis idas al barrio algo siempre agradable. La primera vez que llegué al Oasis llegué perdida. No sólo pasaron dos horas desde que había salido de Fontibón para llegar (luego de tomar tres buses diferentes), sino que estaba lloviendo y las calles estaban demasiado embarradas. Llegué por instrucciones que me había dado Totó, la líder de los “afrocolombianos” del Oasis, a un colegio azul de la zona. Le conté de mi proyecto e inmediatamente me presentó a su sobrino, a quien llamó con un silbido.

También le conté de mi proyecto a su sobrino; me sentía algo incómoda diciéndole que quería trabajar con jóvenes “afro” y “blancos”, así que le quité el adjetivo y sólo le dije que quería trabajar con jóvenes del barrio. Quería hacer un grupo focal con jóvenes que estuvieran trabajando o en situación de desempleo y muy rápido consiguió dos hombres “negros” más. Uno acababa de llegar de un trabajo en construcción y el otro salía recién bañado de su casa, era desempleado. Todos los entrevistados(as) “negros(as)” me sugerían entrevistar otros jóvenes “negros”, incluso cuando no les preguntaba por gente “negra” en particular.

Cuando quise entrevistar a gente “blanca”, mis entrevistados y entrevistadas “afro” no me presentaron a nadie, aun cuando en sus entrevistas me decían que sí tenían amigos o amigas “rolas”. Recibía promesas dubitativas y de poca convicción, en las que me decían que la próxima vez que fuera, me presentarían una “rolita”. Nunca pasó. Mi acercamiento a la gente que yo reconocía “blanca”, se dio porque cada vez que iba a salir del Oasis, esperaba el bus en frente de una tienda atendida por una niña “blanca”. Ella me presentó a dos de sus hermanas, a dos muchachos que trabajan en un negocio independiente y el resto de gente “blanca” iba siendo referida por mis entrevistados(as) también “blancos(as)”.

Al principio de esta investigación referirme a estos jóvenes como “negros” o “afros” era difícil para mí, me sentía poco respetuosa llamándolos así, “entre ellos deben llamarse por sus nombres”, pensaba. Haber estudiado una carrera en ciencias sociales, lo educa a uno en tener mucho cuidado con el lenguaje, de ahí que me enredara haciendo preguntas como “en qué trabajan los jóvenes “negros” del barrio”. Pero no era sólo eso, influenciada en algún grado por algunos de los comentarios sobre su peligrosidad, me sentía insegura haciendo alguna referencia a lo “negro” o lo “afro”: tenía miedo a ser interpelada, a que se disgustaran conmigo por clasificarlos de esa forma.

Lo cierto es que con el paso del tiempo, me di cuenta que esas preocupaciones eran sólo mías, porque hombres y mujeres “afro” afirmaron no tener problema en ser llamados “negros” o “afro” desde que la gente no agregara groserías adicionales. Incluso me retaban con preguntas como qué es “ser negro” o qué es “ser blanco”, porque afirmaron que no existe nadie del color negro de un sartén y nadie del color blanco de una hoja de papel, pero consideran que son más “oscuros” que los “blancos” por su color de piel y que por eso son llamados “negros”. De igual forma, me explicaban que una persona “afrocolombiana” sigue siendo un “negro” pero de ascendencia africana y que vive en Colombia.

Aunque estas personas no reparaban en llamarse entre sí “negros”, nunca me referí a ellos como “negros” en interacciones menos académicas, siempre los llamaba por su nombre, pues no estaba en confianza suficiente como para nombrarlos así. De ello me di cuenta, porque me contaron la historia de una mujer costeña que compartía mucho con ellos, al nivel de querer imitar el “color negro” de sus amigos, maquillándose la cara y el cuello con base oscura. Dijeron que a pesar del maquillaje, nunca tendría la “verdadera raza negra” y que algunas mujeres “afro” se molestaron al ser llamadas con tal adjetivo por parte de su amiga costeña.

Pero no sólo tuve problemas con el lenguaje. Algunos hombres “negros” eran en exceso amables y coquetos conmigo y eso sirvió para empezar mi trabajo de campo con ellos, entrevistándolos o pidiéndoles que me acompañaran a conocer el barrio. Con el paso del tiempo, no obstante, me di cuenta que había sido una muy mala estrategia, en particular cuando quise acercarme a la mujeres “negras”, pues las miradas cortantes, las negativas a ser entrevistadas y las malas palabras recibidas cada vez que me iba con algún hombre para entrevistarlo, hicieron evidente que no había caído muy bien.

Ello no era gratuito ya que las jerarquías de poder presentes en mi investigación generaron violencias simbólicas: yo, una “rola” o “blanquita” que llegaba hablando de una tesis universitaria y que no vivía en el barrio, se estaba llevando a sus amigos, esposos y novios a hacerles entrevistas en privado. El status que me acompañó durante todo mi trabajo de campo, al pertenecer a una clase social diferente y al ser reconocida racialmente como una mujer “blanca” que forma parte de un grupo racial históricamente privilegiado, facilitó algunas cosas (como el trato amable de los hombres), pero dificultó y en ocasiones cerró otras (como el trato más amable por parte de algunas mujeres).

En una ocasión busqué que uno de los hombres que había entrevistado, me presentara a una amiga suya. Estaban en grupos grandes jugando dominó. Cuando él le dijo que se acercara para presentarnos, la mujer se negó: “Conmigo no contés para eso, te lo aviso, a mí no me interesa”, me gritó de mal genio y señalándome con su dedo a manera de advertencia, delante de todos los que allí nos encontrábamos. Todos en silencio se quedaron observando mi cara asustada y avergonzada. Y entonces el hombre al que le había pedido el favor, en un intento por hacerme sentir mejor, agregó: “Por eso es que no me gustan las negras, porque son muy conflictivas, prefiero las blanquitas como vos que además se bañan y se arreglan siempre”. Ese comentario me catapultó al fracaso con las mujeres “negras” que estaban en el lugar. Ello lo comprobé luego de

que una niña llegara al cuarto donde estaba entrevistando a su papá y nos dijera que su mamá (una de las mujeres que estaba jugando) la había enviado para ver qué estábamos haciendo.

A lo anterior hay que agregar la renuencia de muchas personas a ser entrevistadas en un primer momento, porque temían que yo fuese una funcionaria pública que iba a encuestarlos para quitarles algunos de los subsidios que tienen, como me dicen que ha sucedido. Pero una vez se acostumbraron a verme por el barrio, eran estas personas quienes me informaban que si quería, ya podía entrevistarlas. De hecho, la situación tensa con las mujeres cambió en el transcurso del trabajo de campo y al final logré empatía con ellas, acercándome a sus opiniones sobre los hombres y discutiendo sobre nuestros planes de vida.

Por mucho tiempo pensé que era yo quien iba a investigar, a preguntar, a excavar en sus vidas. Pero a menudo me encontré en la posición opuesta, siendo investigada y criticada, respondiendo a las mismas preguntas que yo hacía, argumentando por qué pensaba de una forma y no de otra. Las mujeres que tenían más o menos mi edad (23 años), señalaron inaudito que yo no tuviera hijos, que no estuviera en mis planes tenerlos y que llevara cuatro años con mi novio y no me hubiese ido a vivir con él. Mujeres incluso menores que yo, llegaron a infantilizarme al grado de decir que en algo estaba fallando como mujer al no haber agarrado a mi novio, asegurándolo como pareja en un hogar con hijos. “Eres una niña aún, no sabes cómo retenerlo”, me decían.

Mi trabajo de campo duró 8 meses y en ellos trabajé con 18 personas: 9 hombres (5 “negros” y 4 “blancos”) y 9 mujeres (5 “negras” y 4 “blancas”) con edades entre 20 y 28 años, algunos en situación de desplazamiento y otros no. También entrevisté a dos mujeres adultas que siempre estuvieron dispuestas a ayudarme, consiguiendo entrevistas, ofreciéndome sus casas para pasar el tiempo, contándome del barrio, sus problemas y las actividades en las que permanecían los habitantes del Oasis: ellas fueron Totó, la líder “afro” y la Señora María, dueña y cocinera del restaurante de almuerzos del Oasis.

Aunque por cuestiones de espacio no puedo hacerles justicia a todos y todas mis entrevistadas escribiendo sobre sus vidas, los casos escogidos responden a perfiles que representan muy bien otras historias de desigualdad y supervivencia. En esta tesis sólo hablaré de 8 personas con las siguientes características:

Tabla 2. Características generales de ocho personas del Oasis

Persona	Lugar origen	Edad	Auto reconocimiento racial	Situación educativa	Situación laboral
Arley	Turbo, Antioquia	25	Negro	Bachiller	Desempleado
Gerardo	Ciudad Bolívar, Bogotá	20	Ninguno	Técnico incompleto	Independiente en tienda del barrio
Francy	Vigía del Fuerte, Antioquia	24	Negra, afro, morena	Primaria completa	Desempleada
Daniela	Namay, Cundinamarca	22	Blanca	Bachiller	Vendedora local ropa en San Mateo
Andrés	El Oasis, Soacha	20	Ninguno	Secundaria incompleta	Obrero en construcción de Soacha
Constanza	Usme, Bogotá	26	Blanca	Secundaria incompleta	Desempleada
Paola	Quibdó, Chocó	27	Negra, afrocolombiana	Técnico completo	Enfermera en geriátrico de Suba
Claudia	Tumaco, Nariño	24	Negra	Secundaria completa	Desempleada

Los resultados que se verán más adelante fueron obtenidos por medio de un trabajo cualitativo etnográfico, cuyas observaciones, entrevistas a profundidad semi-estructuradas grabadas, e interacciones y conversaciones no grabadas, fueron de gran utilidad para acercarme a información privilegiada que sólo de forma cualitativa, con algún grado de continuidad en el espacio de estudio, podía ser develada.

Los criterios de selección que utilicé fueron raciales y de género –hombres y mujeres que en principio reconocí “negras(os)” o “blancas(os)”- y que fueran desplazados por la violencia o migrantes en busca de oportunidades económicas. También seleccioné gente que estuviera en alguna de las siguientes condiciones laborales: desempleado, trabajando formalmente (mediante un contrato), trabajando de manera independiente en establecimiento, trabajando de manera independiente (sin establecimiento), trabajando sin remuneración (tareas del hogar, haciendo prácticas, etc.) o trabajando en actividades ilegales.

Así mismo, aunque mi interés es hablar principalmente de jóvenes “negros” y “negras”, consideré importante conocer qué hacen las jóvenes y los jóvenes “blancos” y a partir de un trabajo comparativo, determinar cuáles son las estrategias de ingresos económicos y las

desigualdades laborales a las que “blancos(as)” y “negros(as)” deben enfrentarse. Este tipo de comparaciones permitió conocer categorías intersectadas de vulnerabilidad, es decir, quiénes, “afros” o “rolos”, mujeres u hombres, son los que tienen mayores o menores ventajas laborales en un contexto de pobreza como el del Oasis.

De esta forma, la organización del presente trabajo se divide en dos capítulos. En el primero, tengo por objetivo mostrar los mecanismos específicos por los que “raza” y género afectan experiencias laborales diferenciales. Por medio de la descripción de los activos con que un individuo cuenta, explico cómo personas “negras” tienen mayores dificultades accediendo a empleos en comparación con gente “blanca” y cómo a las mujeres y hombres “negros(as)” se les estereotipa sólo en ciertos empleos. También muestro que los estereotipos no necesariamente tienen una connotación negativa, pues son agenciados en algún grado por las personas que lo representan.

En el segundo capítulo, expondré la forma en que el barrio interactúa con “raza” y género. Elementos barriales como las violencias, los obstáculos geográficos y el estigma barrial, se mezclan con “raza” y género constriñendo y facilitando el uso de activos. A menudo, el barrio agrega obstáculos a situaciones laborales desventajosas, como que las mujeres deban renunciar a su trabajo por la violencia de pandillas; pero en otras ocasiones puede resultar benéfico, generando redes sociales que ayudan a obtener empleos, especialmente, en el caso de la población “afro”. Finalmente, expongo las conclusiones. No sólo ahondo en el peligro de poner demasiado énfasis en lo estrategias que son los hogares para sobrevivir, sino que participo de algunos debates sociales y políticos en los que critico cuán problemático es creer en exceso en las ideologías del esfuerzo individual y la meritocracia como forma de superar crisis económicas.

CAPÍTULO 1

ESTRATEGIAS ANTE EL DESEMPLEO Y EL EMPLEO: “RAZA” Y GÉNERO COMO ACTIVO LABORAL

“Fresco” –“Fresquitiico” – “Tómalo” – “Suavecito” – “Más suave” – “Chiquito” – “Fresco, fresco” – “Ahí te va” “Ayyy” y entre celebraciones de victoria y caras de derrota, empieza una nueva ronda de dominó. Cada vez que estrellan muy fuerte las fichas de dominó sobre la mesa, me asusto sin querer, algunos se ríen. “Fresco” o “suavecito” son palabras que el grupo de hombres “afro” con el que estoy grita cada vez que es su turno y juegan una ficha de dominó. Las dicen porque al lanzar determinada ficha, le han puesto la partida fácil al jugador que viene. “Ahí te va” o “tómala“, en cambio, indica que es muy probable que el jugador siguiente tendrá que perder su turno por la dificultad en que ha quedado el juego. La seña de pérdida de turno es entendida por todos, pues quien lo pierde golpea dos veces con su mano en la mesa. Una tapa metálica de gaseosa o cerveza pasa de jugador en jugador y, cualquiera que llegue, sabe cuál es la persona que va ganando el dinero apostado, de acuerdo al número de tapas metálicas que tenga con él en su sección de la mesa.

Arley, a quien conocí porque el sobrino de Totó me lo presentó, fue quien me llevó por primera vez a un *garito*: “Vení y ves lo que hacemos los negros”, me dijo. Los *garitos* son saloncitos pequeños en donde es posible apostar jugando dominó o cartas, mientras se oye música o se toma alguna bebida. En el Oasis sólo hay dos y siempre están llenos de gente “afro”. Arley me sentó en una silla justo a su lado, pues quería –algo que supe días después-, que yo le diera suerte en el juego. Minutos antes lo noté un poco desesperado porque nadie quería prestarle 5 mil pesos, pero luego me sorprendí cuando lo vi apostando 20 mil. Arley no ganó. De hecho, era el jugador que más dinero había perdido. Yo, definitivamente, no le había dado suerte.

Confieso que no entendía por qué, si Arley estaba preocupado porque alguien le prestara 5 mil pesos y no tenía trabajo, estaba apostando 20 mil que podría haber perdido por completo. Luego de algunas entrevistas comprendí que el *garito* no sólo es una forma de diversión, también es el lugar que ofrece a algunos de sus jugadores la oportunidad y la ilusión de ganar algún dinero extra apostando. Algunos apuestan mucho dinero, otros poco, pero como en todo juego de azar, la fe que se tiene en el juego consiste en la posibilidad de ganar más dinero del que se apuesta, arriesgando relativamente poco. Ganar apuestas cuando se está desempleado es un ingreso que

bien podría ayudar a salir de las dificultades económicas más apremiantes. Lastimosamente, la suerte no acompañó a Arley y perdió casi la totalidad de los 20 mil pesos que su esposa le había dejado para los gastos de la semana.

El garito fue el sitio a través del cual pude darme cuenta de los problemas del empleo y el desempleo, pues allí permanecían personas en su gran mayoría desempleadas en días laborales, no sólo tratando de divertirse para pasar el tiempo del desempleo, sino también para ganar algún ingreso. Apostar en el garito es sólo una de las estrategias que los “afro” ponen en práctica con el objetivo de ganar dinero. En este caso, saber jugar dominó o tener habilidad con las cartas es un activo que las personas utilizan para generar ingresos únicos (si están desempleados) o ingresos adicionales (si ya tienen un trabajo). En este barrio no hay otro tipo de reuniones similares a las que acuden personas “blancas”. No digo que jugar dominó o cartas sea una habilidad propia de gente “negra”, pero sí es una habilidad que al menos en este contexto sólo es explotada por estos últimos.

Como expliqué anteriormente, los activos son el portafolio de estrategias con el que un hogar cuenta para ganar dinero. A finales de los 90, en el período de ajuste luego de la crisis económica, la División de Desarrollo Urbano del Banco Mundial inició un proyecto de investigación sobre pobreza urbana y política social, con el objetivo de entender la pobreza desde una nueva perspectiva, pues a pesar de la aplicación de programas específicos en determinados países para contrarrestar la pobreza, ésta aún persiste. Tratando de complementar las medidas tradicionales como la del déficit del ingreso o la carencia básica en los hogares, nuevas propuestas empezaron a formularse y hubo consenso en la idea, según la cual, para combatir la pobreza, es necesario entenderla a partir de los recursos de los hogares y de las estrategias que usan para sobrellevarla (Kaztman & Filgueira, 1999)

En particular, la aproximación de Caroline Moser, denominada “Enfoque de activos y vulnerabilidad”, incorporó la idea de activos como el portafolio de recursos que manejan los hogares o su carencia y dificultad de alcanzarlos. Los activos pueden ser físicos, materiales, sociales o simbólicos y pueden ayudar a la construcción de estrategias de sobrevivencia y movilidad social. En su trabajo en cuatro comunidades de Ecuador, Zambia, Hungría y Filipinas, Moser encontró cinco formas de activos que eran usados por los hogares, tanto en momentos de crisis como fuera de ellos: i. Mano de obra, personas de un hogar en capacidad de trabajar; ii. Infraestructura social y económica, es decir, educación, servicios y salud, elementos que permiten

usar productivamente los conocimientos adquiridos; iii. Vivienda, pues al ser propia puede ser usada como unidad productiva alquilándola o como empresa familiar; iv. Relaciones familiares, ya que el grado de cohesión, la estabilidad y quién encabeza un hogar, influye positiva o negativamente en la capacidad de reunir mayores ingresos y de compartir el consumo; y v. Capital social o redes sociales con relaciones recíprocas de apoyo (Moser, 1996).

Los activos, no obstante, no deben analizarse por sí solos. Rubén Kartzman y Carlos Filgueira, desarrollaron un estudio sobre Uruguay basado parcialmente en el enfoque de activos de Moser y aportaron la idea según la cual los activos deben pensarse en relación con una estructura de oportunidades. Ésta se define como “las probabilidades de acceso a bienes, a servicios o al desempeño de actividades. Tales oportunidades inciden sobre el bienestar de los hogares, ya sea porque permiten o facilitan a los miembros del hogar el uso de sus propios recursos o porque les proveen recursos nuevos” (Kartzman & Filgueira, 1999: 21). Tres son las principales fuentes de oportunidades de acceso al bienestar: el mercado, el Estado y la sociedad.

¿Cómo influyen “raza” y género en la posibilidad de aprovechar activos bajo tal estructura? En este capítulo analizo las estrategias o activos con que hombres y mujeres “blancas(os)” y “negras(os)” del Oasis hacen frente a una condición estructural de pobreza, desempleo y empleo precario. Empiezo mostrando los problemas laborales similares que enfrentan tanto personas “negras” como “blancas” y luego explico los activos que usan para hacer frente a dichos problemas, de forma diferenciada según “raza” o género,

En consecuencia, sostengo que ser “negro(a)” y ser mujer impide ingresar a trabajos de mayor estabilidad en comparación con personas “blancas” y con hombres. Sin embargo, a pesar de que el desempleo y el empleo precario son una constante estructural en El Oasis, pues “raza” y género en efecto constriñen oportunidades laborales al funcionar como pasivos, las y los jóvenes “afro” utilizan y agencian “raza” y género como estrategia laboral: los hombres “negros” se racializan y son racializados como “aptos por naturaleza” para trabajos que requieren de su aparente fuerza excepcional (como la construcción o las excavaciones de gas); mientras que el estereotipo de buenas cocineras y bailarinas, les permite a las mujeres “negras” obtener empleos de cuidado (en el servicio doméstico o en restaurantes) o bailando esporádicamente.

1.1 Problemas laborales comunes: “blancos(as)” y “negros(as)” tratando de enfrentar la falta de oportunidades

1.1.1 Arley y la construcción

El muchacho que me llevó al garito es Arley, tiene 25 años, nació en Turbo, Antioquia y vivió allí con su madre, su abuela, una tía y dos tíos hasta los 18 años, cuando terminó su bachillerato. Su papá lo abandonó cuando era muy pequeño. Su mamá era bachiller, se capacitó para ser profesora de escuela rural y lleva 12 años trabajando como enfermera. Su tía estudió licenciatura en educación física, uno de sus tíos es sacerdote y el otro es soldado del ejército. Arley tuvo un problema con un narcotraficante que le prohibió volver a Turbo, hecho que coincidió con que el gerente de Indeportes lo enviara a la Villa Deportiva de Medellín para desarrollar las habilidades en baloncesto que habían descubierto en él. En la Villa Deportiva vivió tres años, tuvo una niña y un niño con su pareja actual, pero por no acudir a los entrenamientos fue expulsado.

Como no podía volver a Turbo, Arley decidió irse para Bogotá en busca de su papá, quien logró estudiar licenciatura en una universidad para poder ejercer como docente. Una vez lo halló en El Oasis, vivió con su padre un tiempo. Más tarde Arley tuvo una relación con una mujer que lo convenció de irse a vivir juntos a Tumaco, Nariño. Una vez allí y gracias a los hermanos de su novia, consiguió trabajo como *raspachín* [raspador de cultivo de hoja de coca]. Sólo vivió durante cuatro meses en Tumaco y regresó de nuevo al Oasis porque se sentía solo, no quiso exponer más su vida trabajando en un oficio tan peligroso y, según él, en el Oasis sí se sentía en su ambiente.

Ya viviendo en El Oasis, Arley volvió con la pareja que había dejado en Medellín años atrás. Mientras trabajaba en construcción, empleo que consiguió gracias a un amigo de su papá que trabajaba en el mismo oficio, entró a estudiar ingeniería de sistemas en la CUN⁹, pero no terminó: “Me quedaba muy difícil. De pronto no me alcanzaba la plata, tenía que comprar cuadernos, tenía que comprar ropa porque no podía ir siempre con la misma, las copias, los pasajes, entonces me quedaba muy difícil”. Luego reemplazó a su papá como docente en un colegio del barrio dando clases de inglés –sabía algo del idioma por las clases que recibió en su colegio- y el último trabajo que tuvo fue como excavador de gas en el que duró dos años. Actualmente, lleva dos meses sin trabajo pero parece que gracias a un contacto con unas señoras del barrio, entrará a trabajar en una deshidratadora de frutas.

⁹ Universidad privada colombiana de bajo costo.

La historia de Arley es atípica y representativa a la vez. A diferencia de otros de mis entrevistados “negros(as)” y “blancos(as)”, que no terminaron la secundaria o que la terminaron, pero no siguieron estudiando, Arley es de los pocos que logró concluir bachillerato y el único que al menos empezó una carrera universitaria. Pero como él, otros jóvenes del Oasis de edades similares, han trabajado alguna vez en la “rusa”¹⁰, trabajo que aunque es de baja cualificación porque no requiere más que presentar una cédula para obtenerlo, al menos implica la firma de un contrato legal y el acceso a seguridad social.

Arango (2007) afirma que la construcción es uno de los trabajos que se inscribe dentro de los segmentos laborales más precarios, no sólo por la inestabilidad laboral, sino porque una de las formas en que más se consigue es por recomendaciones, sin ningún criterio de selección formal, tal y como sucedió con todos los hombres entrevistados del Oasis, pues siempre consiguieron este tipo de trabajos por medio de recomendaciones de amigos o familiares.

Los trabajos de la construcción son altamente inestables, pues su duración depende de la duración de una obra que puede ser de 2 a 4 meses. Después de ese tiempo, las personas quedan en desempleo y deben pasar dos o tres meses, hasta que una nueva obra da inicio, a menos que durante la espera consigan otro empleo. Hay que señalar que no siempre las personas que trabajan en construcción duran trabajando toda la obra. Algunas, como Arley, deciden renunciar por cuenta propia para descansar, pues no soportan los tres meses que dura una obra debido a lo pesado del trabajo. Una actividad laboral con tal gasto de energía obstaculiza la adquisición de credenciales educativas, de ahí que muchos opten por salirse del colegio o de la universidad.

1.1.2 Gerardo y el trabajo en empresas

Gerardo, un joven “blanco” de 20 años, vivió parte de su infancia en el barrio Jerusalén (localidad de Ciudad Bolívar) y luego de que su papá muriera por un ataque cardíaco, se fue a vivir con su abuela a Yacopí, Cundinamarca, porque no soportaba el ruido de las sirenas de la policía o las ambulancias. Cuando cumplió 16, regresó a vivir con su mamá en Jerusalén, quien alcanzó segundo de primaria y ha trabajado la mayor parte de su vida como empleada de servicio. Cansados de pagar arriendo, Gerardo y su mamá compraron casa propia en El Oasis.

¹⁰ Término con el que se designa comúnmente al trabajo de la construcción

Gerardo es bachiller y no terminó un curso técnico en el SENA¹¹ en electricidad y electrónica por falta de dinero. Montó un negocio de víveres en el barrio con su suegra y es su esposa quien lo atiende. De niño trabajaba durante vacaciones de forma voluntaria en la tienda de *lichigo*¹² de su tío. Años más tarde, consiguió empleo como mesero y vendedor en un asadero de La Isla (un barrio que queda al lado del Oasis), como constructor en obras, como “pato”¹³ en buses de transporte público, como repartidor de productos Yupi¹⁴ en triciclos, haciendo aseo en Postobón (la marca de gaseosas colombiana) y como auxiliar de máquina en una empresa pequeña de diseño.

La historia de Gerardo sorprende porque, junto a otro entrevistado “blanco”, es de las pocas personas de toda la muestra que ha tenido más trabajos en empresas por largos períodos. De otro lado, al haber presentado entrevistas y pruebas de admisión a las empresas para las que trabajó, tuvo que someterse a preguntas y exámenes poco ortodoxos, como contestar si había pertenecido a pandillas o fumaba marihuana y responder toda una entrevista conectado a un polígrafo. Los empleos de empresa a los que ha accedido Gerardo, al igual que los de la construcción, también son flexibles, pues los contratos eran a término fijo y no eran empleados de planta, sino de empresas temporales. Ello generaba que incluso si continuaban trabajando luego de la renovación del contrato, sus liquidaciones no aumentarían en un alto porcentaje, al no acumular más tiempo trabajando.

Esta estrategia de las empresas para no tener que pagar altos montos en liquidación, habla de una estructura de oportunidades que se enmarca en un contexto más amplio en Colombia, que varios autores identifican a partir de los años setenta con el inicio de prácticas laborales flexibles y que tomó nuevas formas con la llegada de la apertura económica en los noventa (Arango, 1999; Urrea, 2002). El mercado laboral colombiano no ha sido ajeno a los cambios internacionales del trabajo. La imposición de mayores niveles de cualificación como requerimiento para acceder a un empleo, amplió las brechas entre aquellos con capacidad para educarse adecuadamente y los que no podían hacerlo, haciendo de las personas de más bajos recursos las menos calificadas para obtener buenos empleos.

¹¹ Servicio Nacional de Aprendizaje, SENA. Institución de educación pública colombiana dedicada a la enseñanza técnica y tecnológica

¹² Pequeño mercado de verduras, frutas y hortalizas

¹³ Personas ayudantes del conductor, encargadas de recibir el dinero de los pasajes.

¹⁴ Marca nacional de paquetes de comida chatarra como chitos, papas fritas, galletas, etc.

El Estado colombiano, por su parte, ha sido un actor importante en la desregulación de las relaciones laborales al permitir una legislación laboral en la que las empresas erosionaron los vínculos estables de trabajadores semi-calificados y no calificados. Según Urrea (2002), lo anterior se explica por “la ausencia de proyectos reformistas desde el Estado y por lo mismo, débiles compromisos de los empresarios con la misma legislación laboral existente” (p. 41). En efecto, aunque el Estado colombiano ha garantizado frágilmente los derechos de los trabajadores, la industria colombiana estaba mucho más protegida antes de la liberalización de los mercados y quienes tenían empleos formales, podían hacer carrera en sus trabajos mediante la experiencia adquirida al interior de los mismos (López, 1999). Si bien ya existía inestabilidad laboral generada por la acción conjunta de Estado y mercado, en los noventa Colombia participó de los principales cambios en términos laborales, con la implementación del modelo de la apertura económica en América Latina.

De esta forma, “La orientación neoliberal ha marcado la pauta en la transformación del rol del Estado y en la dirección de la reestructuración productiva, enfocada hacia la flexibilización y reducción de los costos laborales. La acción del Estado a través de la desregulación macroeconómica y del mercado de trabajo, junto con sus políticas antisindicales, ha jugado un papel impulsor en el uso de las más diferentes formas de subcontratación laboral” (Iranzo & Leite, 2006: 406). En el mismo camino, las principales configuraciones del trabajo son ahora informatizadas, segmentadas, con remuneraciones bajas, de baja cualificación y de escasa seguridad en el empleo. Otras características incluyen la subcontratación, el establecimiento y extensión de períodos de capacitación sin obligación del empleador con el posible empleado, la disminución de indemnización por despido y el creciente número de aportes a pensión que dependen del trabajador (De la Garza, 2007).

En Colombia, una frágil industria y los altos niveles de informalidad que con anterioridad a la apertura económica han existido, aumentaron en la última década del siglo XX, dando lugar a una población que se dedica a actividades de autoempleo y supervivencia, alternando el empleo ocasional, la inactividad o el desempleo (Valero, 1999). Casos como el de Arley o Gerardo son una muestra de la ambivalencia laboral vivida en el mundo del trabajo, cuando los empleos son por tiempos breves (en el trabajo de construcción de Arley), no implican acceso a salud o pensión (en el trabajo independiente de Gerardo) y, por lo tanto, el desempleo es enfrentado con frecuencia.

1.1.3 Francy y el servicio doméstico

Francy es una mujer “negra” que vivió hasta los 10 años en el municipio de Vigía del Fuerte, Antioquia. Su padrastro intentó abusar de ella y su madre no le creyó, por lo que decidió irse con una tía que al cabo de un tiempo empezó a maltratarla físicamente. A los 12 años se fue a vivir con su novio de 15 y quedó embarazada luego de que la violara. Siguió viviendo con él hasta que la abandonó por su mejor amiga. Sola y con su hija tuvo que vivir la experiencia de ser desplazada:

Ese día fue terrible porque uno estar de un momento a otro en su casa cuando de a poquito, oiga disparos pa’ todo lado, que nos teníamos que meter debajo del colchón, que los colchones encima pa’ no escuchar uno los disparos que lo iban a matar a uno y nos decían que todos corriéramos pa’ la iglesia y cuando salimos de ahí [de la casa] los oídos me botaban agua, yo no escuchaba de las explosiones, yo quedé que casi no escuchaba y de la iglesia nos salimos y ese mismo día habían botes disponibles para el que se quisiera trasladar de ese lado pues pa’ venirnos pa’ Quibdó y ahí también fui que yo llegué y embarqué mis cositas, yo llegué a Quibdó con una costalina de ropa, ahí llevaba los interiores de mi hija, la ropita mía, porque como no podíamos sacar nada. Es una experiencia terrible que uno no se la desea ni al peor enemigo, ver uno muertos por todos lados, eso es una cosa muy terrible.

En Quibdó vivió 10 años, un tiempo con su madrina y luego sola. Conoció a un hombre mucho mayor que ella que se ofreció a ayudarla con su hija y con quien tuvo otros dos hijos. Su nuevo esposo, según cuenta, la celaba de forma obsesiva por lo que tomó la decisión de dejarlo y viajar a Bogotá en busca de mejores empleos. De niña trabajaba en el campo y luego en Quibdó en una mina buscando oro. Al llegar a Bogotá consiguió trabajo en restaurantes y como empleada de servicio en varios hogares en los que no siempre le remuneraron los salarios acordados y el pago de salud y pensión nunca existió.

Como Francy, muchas mujeres “blancas” y “negras” del Oasis que trabajan en el servicio doméstico afirmaron no estar protegidas laboralmente y menos cuando laboran por días, pues sus patronas argumentaban que al trabajar sólo unas horas por días, el pago de salud, pensión o cesantías era injustificado. Legalmente, está estipulado el pago de seguridad social por parte del empleador o empleadora a la trabajadora que presta servicios domésticos, pero estas regulaciones la mayoría de veces no se cumplen¹⁵ (León, 2013).

¹⁵ Según Magdalena León (2013), desde 1977, la seguridad social era obligatoria para la empleada doméstica, pero no se cumplía esta disposición. Ante tal ineficiencia, el 16 de diciembre de 1987 se aprobó la Ley 11: “El logro más significativo fue conseguir un régimen de excepción mediante el cual la cotización para la afiliación de la empleada doméstica se permitía sobre una base inferior a la de otros trabajadores o por debajo del salario mínimo [...] La Ley

Algunas mujeres que entrevisté, “blancas” y “negras” sostuvieron que la mejor opción laboral como empleadas de servicio es la de internas, porque implica más dinero y casi siempre el pago de seguridad social. Sin embargo, la modalidad de trabajo doméstico en casas ajenas que más consiguen, es el trabajo por días y por horas. En este caso, los activos utilizados como empleadas de servicio (saber asear, cocinar, lavar, cuidar), no proporcionan la misma rentabilidad trabajando por días, porque la estructura de oportunidades, tal como lo muestra Posso (2008), cambió:

La profunda y prolongada crisis económica, que produjo una reducción en el ingreso de todos los sectores, condujo a una precarización aún mayor de los empleos informales, especialmente del servicio doméstico. Debido a la reducción en sus ingresos, los empleadores se vieron obligados a despedir a su empleada doméstica interna para reemplazarla por una externa, que trabaja por días o por horas” (p. 225).

Aquellas mujeres que trabajan o trabajaron como internas en el servicio doméstico, asumen una posición paradójica respecto al trabajo interno: por una parte, prefieren este empleo porque significa un nivel de estabilidad mayor en comparación al trabajo doméstico por días; pero por otra, lo critican porque sienten que no tienen libertad para realizar acciones diferentes a las domésticas. De hecho, varias de ellas sostuvieron haber tenido problemas con sus empleadoras(es) porque no les daban permisos para salir a recrearse entre semana o a ver a sus hijos. Como señala León (2013), “El servicio doméstico, en especial para la trabajadora interna, representa la máxima expropiación del tiempo. Se vende su disponibilidad de tiempo, sacrificando su vida personal y privada” (p. 199).

Por otra parte, ninguna de las mujeres que trabajan o trabajaron en servicio doméstico, como internas o por días, respondió afirmativamente a compartir espacios comunes con la familia para la que trabajan: sirven el alimento para los integrantes de un hogar, pero no comen en la misma mesa; organizan, barren, limpian el polvo de la sala y cuidan niños, pero no ven televisión juntos en esa misma sala; tienden las camas, recogen la ropa que ha sido tirada en el suelo y limpian los baños, pero el lugar de la casa en el que deben permanecer, tratando de no ser muy visibles, es el cuarto designado para que duerman o la cocina.

Esta cercanía resulta contradictoria, porque a pesar de mantener un contacto físico cercano por la privacidad que constituye un hogar, hay una distancia social y afectiva lejana, en

100 de 1993 ratificó este logro, el cual fue derogado en 2003. Lo irónico es que el mismo político que defendió la norma en 1988, el senador Alvaro Uribe Vélez, fue quien la enterró en 2003, con la Ley 797, como presidente” (p. 208). Actualmente, Colombia se comprometió ante la Organización Internacional del Trabajo (OIT) a hacer cumplir los derechos laborales de las empleadas de servicio mediante la posibilidad de asociación, no trabajo forzoso, no abusos o acoso, no trabajo infantil, no discriminación y contratos claros y verificables con pagos de seguridad social.

donde las tareas del hogar son hechas por alguien que debe procurar pasar desapercibida: alguien a quien se le paga, pero con quien es preferible no entablar alguna relación más cercana que la de jefe-empleada. Al respecto:

En este trabajo coexisten dos tipos de vida en el mismo espacio: el de la familia de los empleadores o patronos y el de la trabajadora. Para los primeros, el hogar es el lugar de vida, de descanso, de consumo, de encuentro familiar, de privacidad e intimidad, y para la segunda, el espacio de trabajo, de consumo y vida. Se establecen relaciones en las que lo laboral se mezcla con lo afectivo y lo personal (cuidado). Sin embargo, el lugar de vida (más agudo para la interna) está restringido a un espacio físico diferente al de la familia, que hace explícita la distinción de clase (León, 2013: 200).

1.1.4 Daniela y el trabajo en ventas

Daniela es una “rolita” de 23 años, terminó el bachillerato, no tiene hijos y ha vivido siempre con sus padres que llevan viviendo 22 años en unión libre. Vivió hasta los 12 años en Namay, una vereda de Albán, Cundinamarca. Desde pequeña ayudaba a su mamá a cuidar fincas no propias, en las que vivían y trabajaban recogiendo café, mientras su papá trabajaba como jornalero. Sus padres se establecieron en El Oasis, porque el trabajo en el campo no les alcanzaba para sostener a sus cuatro hijas y algunos familiares ya vivían cerca a este barrio. Actualmente, su papá tiene una tienda de víveres y vive justo al frente, en una casa que arrendó para estar pendiente del negocio.

Daniela afirma que sus padres la controlan mucho: su papá no la deja salir seguido de la casa y no le permite novios, mientras que su mamá le pide la plata que se gana cada domingo para guardarla y que no la malgaste. El estricto control que sobre ella ejercen sus padres, ha hecho que tenga dinero ahorrado y no se vea envuelta en mayores necesidades, pero a nivel personal, el que su madre le guarde el dinero periódicamente hace que se sienta presionada y que se piense poco capaz de manejar su vida por sus propios medios: “Por eso es mis dos hermanas han intentado suicidarse, porque es que no nos dejan hacer es nada”, me narraba.

Todos los trabajos que Daniela ha conseguido han sido gracias a hojas de vida. La mayoría de ellos han sido vendiendo variedad de ropa en locales comerciales. Su papá no le pide que aporte dinero para algún gasto en la casa, desde que viva con él y su madre y “vaya siempre por el camino de Dios”, según reza la mamá de Daniela. Su trabajo actual es de vendedora en un local de ropa en San Mateo, un barrio de Soacha que se ubica en la Autopista Sur y queda a 15 o 20 minutos del Oasis.

El de Daniela es un caso interesante, porque a diferencia de muchos de mis entrevistados(as), en un primer momento no consideró que la educación fuera un mecanismo importante para conseguir buenos trabajos. Esta idea es influencia directa de su madre, quien

señala que a pesar de haber personas con estudios universitarios, deben aceptar trabajos mal pagos, mientras que personas como los taxistas, que no son bachilleres, ganan más dinero. Sin embargo, cuando Daniela me contó que incluso si quisiera estudiar, no podría hacerlo porque sus padres no tienen el dinero suficiente, se hizo evidente que la decisión de no estudiar no implica necesariamente que no la valore:

Mis papás me pagaron el colegio y ya. Ni quieren ni pueden pagar una universidad. Yo no quiero seguir estudiando, o sea, sí es algo que uno debe hacer, sí es importante, así sean cursos, pero casi todos mis compañeros de colegio, ellos son como yo. Si usted ve que no hay plata, que el barrio como es, que de aquí nadie sale, pues sencillo, usted trata de hacerle por los laditos y se mete a trabajar en lo que le salga y gracias a Dios a mí me ha ido bien de vendedora.

La decisión de no estudiar no es necesariamente una decisión. Que Daniela evalúe sus oportunidades laborales a partir del análisis de sus condiciones de vida y la de sus pares en el barrio, indica que hay una adaptación de sus proyectos de vida al mundo laboral que observa. Ese mundo, en el que necesita de altas cualificaciones para obtener salarios dignos, por ahora le está cerrado, por lo que poco a poco comienza a presentarse una débil creencia en la vía de la educación como forma de inserción segura y estable en el mercado de trabajo.

Este desfase entre expectativas educativas discursivas y los trabajos de baja cualificación que muchos jóvenes como Daniela consiguen, se conectan con una estructura de oportunidades en la que tales aspiraciones están ligadas a lo que la sociedad les ofrece (Díaz, 2013). De esta forma, “Los jóvenes que afrontan un aislamiento social tienen expectativas de movilidad social como cualquier otro sector o clase social, basadas en la educación como vehículo principal para salir de la pobreza. Pese a ello, la valoración de la educación se produce en un nivel discursivo, ya que factores como la violencia barrial, el embarazo adolescente y la necesidad de generar ingresos, entre otros, compiten y a menudo ganan a las expectativas educativas de esos jóvenes” (Díaz, 2013: 12).

Por estas razones, resulta bastante comprensible que Daniela prefiera trabajar: no es que no quiera estudiar, por el contrario, lo considera algo que debe hacer, pero que no cree que pueda cumplir, por lo que la opción de trabajar le proporciona un proyecto de vida alternativo. Ante este panorama, adherirse a la concepción de su madre sobre el poco valor otorgado a la educación, es el escudo con el que Daniela justifica por qué no “quiere” seguir estudiando. Esa sociedad, vista a través de un barrio como El Oasis, en donde los altos niveles de pobreza no permiten acceder a educación de calidad, impone el acceso a trabajos precarios. En efecto, el trabajo como vendedora

de Daniela también hace parte del segmento de trabajos inestables a los que Arley, Gerardo y Francly han accedido. Trabaja de domingo a domingo, de 9am a 7pm y descansa cada 15 días, por un sueldo apenas superior al mínimo y sin pago de seguridad social. Sin embargo, a diferencia de los tres casos anteriormente expuestos, Daniela es probablemente la persona que mejores condiciones de vida tiene, porque su familia sufre los gastos de alimentación y hospedaje que otras personas del Oasis sí tienen que asumir y, además, tiene la libertad –excepto por el dinero que su madre le guarda- para invertir en necesidades no básicas como perfumes, cremas, ropa, etc.

1.2 Problemas y estrategias laborales diferenciadas: hombres y mujeres “afro” instrumentalizan sus estereotipos

1.2.1 Un embudo laboral y racial

En el contexto de apertura económica en América Latina, “El galopante proceso de consolidación del modelo económico neoliberal [en los 90], dejó al descubierto nuevas y alarmantes condiciones socio-económicas para toda la población y particularmente para los pobres. La creciente escasez de empleos para las mayorías urbanas ha impreso un nuevo sello a la capacidad de supervivencia de los grupos domésticos” (González de la Rocha et al., 2004:194. Ver también González de la Rocha & Grinspun, 2000; González de la Rocha, 2007 y González de la Rocha & Latapí, 2008). Además de estas tendencias económicas y sociales mundiales, al caso de Colombia habría que agregarle la particularidad del conflicto armado, en el que los “afrocolombianos” han sufrido las peores consecuencias.

Arango, Meertens y Viveros (2008) sostienen que “[...] los años noventa se caracterizaron por un progresivo deterioro de la situación política en las regiones, el debilitamiento de la presencia del Estado, la continua degradación del conflicto armado en términos humanitarios y su expansión, por diversas razones geoestratégicas y económicas, a nuevas zonas, entre ellas la del litoral Pacífico” (p. 182). Estos sucesos han traído como consecuencia la llegada masiva de población “negra” a las periferias de Bogotá, bien sea porque busca mejores oportunidades económicas o bien porque ha llegado desplazada por la violencia¹⁶. Una de las primeras realidades laborales que esta población debe afrontar cuando llega a la capital, es el desempleo, pero esta vez

¹⁶ Según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo – PNUD “En el transcurso de los últimos trece años, Colombia se ha situado entre los dos primeros países con mayor número de población en situación de desplazamiento, con 3,6 millones de personas a 31 de diciembre de 2010, que involucran a cerca de 836.000 familias, las que se han visto obligadas a huir de sus hogares y abandonar sus tierras, según las cifras oficiales. (PNUD & ACNUR, 2011: 23).

producido no sólo por las transformaciones económicas de los 90, sino también por un mercado y una “sociedad capitalina blanca” que discrimina racialmente (Arango, 2007; Arango et al., 2008; Viveros & Gil, 2010).

Bajo esta estructura de oportunidades discriminatoria, el trabajo al que más logran acceder los hombres y mujeres “afro” es la construcción y el servicio doméstico, respectivamente. Si bien es cierto, como veíamos anteriormente, que tanto jóvenes “blancos(as)” como “negros(as)” del Oasis ingresan a estos tipos de empleos, hay una diferencia entre estos dos grupos: mientras los “blancos” han accedido a la construcción como un trabajo esporádico, los “negros” han pasado gran parte de su vida en Bogotá trabajando como constructores y, a pesar de haber tenido otro tipo de empleos, es la construcción el trabajo al que siempre acuden cuando están desempleados, pues es seguro que los acepten si hay obras disponibles. Así mismo, las mujeres “blancas” que también trabajan en servicio doméstico, tienen la posibilidad de trabajar en otros empleos no referentes al cuidado como el de vendedoras comerciales, mientras que las mujeres “negras” sólo se insertan en trabajos de cuidado como empleadas de servicio o en restaurantes cocinando y atendiendo mesas.

De esta forma, aunque gente “afro” como Arley también ha trabajado en un empleo con contrato a término fijo y con prestaciones de ley, sus períodos de contrato fueron muy cortos (de tres o cuatro meses), en comparación con los de personas “blancas” como Gerardo que en Postobón, con renovación laboral incluida, llegaron hasta los dos años. El hecho de que la construcción se constituya como un trabajo esporádico para jóvenes “blancos” y como uno constante para jóvenes “negros”, tiene explicaciones con matices raciales. La gente “blanca” que ha obtenido trabajos en empresas como Yupi o Postobón o en locales comerciales como vendedores, lo ha hecho pasando hojas de vida que sí han resultado en llamadas, entrevistas y contratos.

Sin embargo, a pesar de que estos son trabajos que no requieren alta cualificación, más que montar cicla, cargar cajas de gaseosas o dirigirse amablemente a la gente como vendedor, jóvenes “negros” con la misma educación y también pasando hojas de vida a los mismos empleos, nunca fueron llamados. Arley me contó, por ejemplo, que una vez pidió empleo como vendedor en un local de zapatillas en San Mateo y el dueño se negó, arguyendo que la gente “negra” implica una disminución en las ventas del local, porque los clientes no se sienten a gusto con su acento y formas de expresarse.

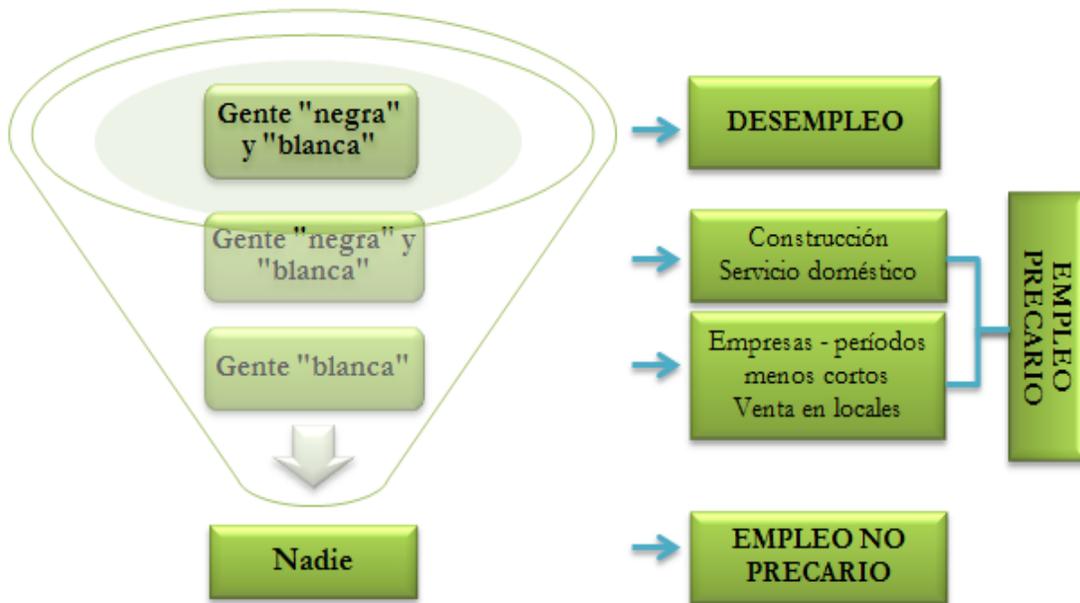
En efecto, a diferencia de mis entrevistados(as) “blancos(as)” del Oasis, no hubo ni una persona “afro” de las 11 que entrevisté que respondiera afirmativamente a haber sido llamado luego de que pasaran hojas de vida. He aquí la explicación que un hombre “afro” daba a que no lo llamen cuando pasa hojas de vida para trabajar en empresas: “He mandado hojas de vida y nunca me han llamado, por ese problema, por el hecho de ser afrocolombiano, ser negro” (Jhon, 27 años, Quibdó). Los anteriores no son casos aislados. Estos resultados coinciden con los trabajos realizados por Urrea y Viáfara para el caso de Cali: “En el caso de los hombres afrocolombianos [de Cali] hay una sobre concentración en oficios tales como artesanos, pintores, maestros de obra, trabajadores de la construcción, bien diferente a los no afrocolombianos” (p. 17).

Igualmente, aunque ampliamente criticados por situar a las personas bajo condiciones ficticias y experimentales y otra serie de consideraciones éticas, varios experimentos no sólo en el mercado laboral, sino también en el de vivienda, han encontrado que la discriminación laboral racial empieza a partir del filtro de las hojas de vida. En estos experimentos realizados en Estados Unidos, son las mujeres, pero especialmente la población “afrodescendiente” y migrante, quienes más son rechazados del mercado de trabajo.

Las personas rechazadas tenían en común características como nombres poco comunes (por ejemplo, los empleadores asocian ciertos nombres con regiones y clasificaciones raciales “no deseables”) y color de piel (cuando se exige poner fotos en las hojas de vida). Quienes lograban pasar estos filtros, eran contactados vía telefónica y, nuevamente, varios de los que fueron rechazados tenían en común acentos extranjeros o “afro” que eran considerados “no apropiados” por algunos empleadores para tratar con clientes (Hogan & Berry, 2011; Pager & Shepherd, 2008; Pager, 2007).

La gente “negra”, entonces, enfrenta mayores dificultades para conseguir empleo en comparación con la gente “blanca”. Estas desigualdades responden a condiciones estructurales que hombres y mujeres “afro” no pueden controlar, como los cambios económicos y laborales mundiales y la discriminación cotidiana del mundo laboral que ve lo “negro” de forma negativa. Podría decirse, entonces, que esta estructura de oportunidades que produce inequidad especialmente para la gente “negra” del Oasis, tiene la forma de un embudo racial y laboral:

Diagrama 1. Tipificación del embudo laboral y racial de jóvenes “negros(as)” y “blancos(as)” en El Oasis



Fuente: Elaboración propia.

Como muestra el diagrama, puede decirse que en El Oasis jóvenes “negras(os)” y “blancas(os)” se encuentran en la parte ancha del embudo enfrentando el desempleo. Así mismo, cuando hay oportunidades laborales, éstas existen especialmente en los empleos precarios que son obtenidos por personas “blancas” y “negras”. El primer filtro viene por el tipo de empleo precario al que acceden tales jóvenes, pues aunque a la construcción y al servicio doméstico acceden “blancas(os)” y “negras(os)”, sobre estos últimos recaen procesos de generización y racialización que conllevan una asociación naturalizada entre hombres “negros” fuertes para la construcción y mujeres “negras” adecuadas para el servicio doméstico.

Por el contrario, cuando el tipo de trabajo precario es en empresas por mayores períodos de tiempo o en venta en locales, el filtro parece ser racial, pues ni los hombres ni las mujeres “afro” han accedido a empresas cuyos contratos duren más de tres o cuatro meses, o como vendedores(as) en locales comerciales. El último filtro de este embudo que se relaciona con el empleo no precario, seguridad social, contratos indefinidos y contratación directa con la empresa, no está dejando pasar a ninguna de las personas del Oasis con que las que trabajé, por lo que

nadie ha logrado salir de la estructura de oportunidades desigual y altamente restrictiva que se presenta en este barrio.

1.2.2 ¿La “raza” como activo?: el “aguante” de los hombres “negros” y la sazón “innata” de las mujeres “negras”

En este punto, la teoría de la interseccionalidad cobra importancia, pues permite ver los matices de la propuesta de Kaztman y Filgueira (1999) sobre activos y estructura de oportunidades, al complejizar las desigualdades y activos que un hogar o persona puede tener, de acuerdo a categorías como la “raza” o el género. En su libro sobre feminismo negro, Collins (2000) afirma que la interseccionalidad como marco teórico rechaza las explicaciones aditivas en el análisis de las desigualdades, es decir, pensar en la mera suma de vulnerabilidades como determinante de las diferentes formas de opresión. Por el contrario, propone explicar estas formas de vulnerabilidad de forma interconectada, examinando cómo se producen las desigualdades, la forma en que operan en determinado contexto social y cómo producen posibilidades de agencia.

La interseccionalidad también ofrece la posibilidad de pensar en personas agentes. En el caso de las mujeres “negras” de Estados Unidos, sostiene Collins, trabajar en el servicio doméstico les dio posibilidades de agencia: “Muchas mujeres negras que se encontraron entre sí haciendo trabajos domésticos, a menudo descubrían distintas opiniones entre las ideologías y acciones del grupo dominante. Además, ellas compartían sus ideas con otras mujeres afroamericanas” (Collins, 2000:11).

Siguiendo este enfoque, lo observado en El Oasis es que las personas “afro” se valen del significado racial de “ser negros(as)” en el mercado de trabajo, para agenciar su situación laboral, accediendo a trabajos que de otra forma no accederían (por ejemplo, por hojas de vida). Como muchos entrevistados(as) afirmaron, El Oasis es conocido en el mercado laboral de la construcción, como un espacio en el que viven personas “negras” muy trabajadoras. Este imaginario ha generado que la población “afro” obtenga empleo de manera más o menos sencilla, ya que a veces las empresas de construcción de Soacha van a la zona a contratar personas que quieran trabajar: “saben que tenemos buenas capacidades para la construcción”, afirma Arley, el muchacho de Turbo.

Uno podría pensar que en el caso de los hombres “negros” del Oasis, el ser racializados “buenos” para un trabajo como la construcción, es un activo que aumenta sus posibilidades de

ocuparse y no permanecer desempleados. Pensar la “raza como activo” es una idea muy sugerente, porque en términos de Kaztman y Filgueira (1999), la “raza” podría ser una característica que otros (empleadores) ven útil y que podrían activar para beneficio de la gente que nació con el activo “ser negro”. Sin embargo, hay que aclarar que un recurso que moviliza un hogar o una persona puede ser activo solamente si tal activo le está permitiendo superar sus condiciones de vulnerabilidad, es decir, si el activo está siendo totalmente efectivo y proporciona condiciones de vida dignas a la persona que lo moviliza. De esta forma, el significado racial en términos laborales de “ser negro” no puede ser considerado un activo, porque en muchas ocasiones también funciona como pasivo, un obstáculo que impide en la mayoría de veces que gente “negra” consiga trabajo en segmentos no precarios del mercado laboral. Así pues, podría decirse que si bien la “raza” no es un activo, está funcionando en diferentes momentos a la vez como pasivo y como estrategia, una estrategia cuyo significado al menos le permite a las personas “negras” sobrevivir y no desmejorar aún más su situación de pobreza actual.

Este proceso de racialización no sólo se produce de afuera (empleadores) hacia adentro (jóvenes “negros”), pues también los jóvenes “negros” justifican su capacidad para trabajar en oficios pesados, basados en los supuestos beneficios de ser “afro”:

Arley: por lo general la mayoría de personas que vivimos aquí en el barrio, somos excavadores. Entonces cuando sale un pueblo al cual hay que meterle el gas, acá también están los contratistas, las personas que llevan años, pero súper años trabajando en excavación y son los que le dan el contrato a ellos y son afros. Entonces ellos buscan su personaje afro [...]”

Natalia: ¿Y por qué no recogen por ejemplo a un rolo a un blanco?

A: Ehh... por lo general siempre hemos tenido la concepción o yo había tenido la concepción de que muchas personas blancas que no sirven para ese trabajo.

N: ¿Por qué?

A: Por la inclemencia del sol, por lo general las partes donde vamos, son partes calientes y ya hemos trabajado con varias personas de color y la inclemencia del sol los ha atacado mucho. Nosotros en Tocaima estábamos un grupo grande, éramos como 30 y de esos 30 habían como unos 6 que eran blancos y eran de un pueblo. Y en Tocaima calienta el sol a las 6:30 de la mañana. Cuando dan las 9 de la mañana el sol no se lo aguanta nadie, porque el sol pica. Entonces yo trabajaba con un overol, yo me quitaba el overol, me lo ponía acá [se señala la cintura] y el sudor y la forma que el sol le pega a uno en el cuerpo es bárbara. Y habían unos [blancos] que se ponían rojos, unos que se mareaban, que se tiraban dentro de la chamba [hueco]. Ehh... la resistencia [de los blancos]: de pronto se deshidrataban muy rápido.

Hay que anotar que el estereotipo de “ser negro” y, *por lo tanto*, ser “naturalmente” apto para trabajos que requieren gran esfuerzo físico, es un estereotipo que en el caso de Arley se activó en Bogotá. Varios jóvenes afirmaron que en sus lugares de origen los señalan como perezosos y nunca los compararon como mejores o peores que otras personas. Pero fue al llegar a

Bogotá y en el contexto del Oasis, cuando comenzaron a racializarse a sí mismos como mejores que los jóvenes “blancos”, al compararse con base en diferencias biológicas con estos últimos: de ahí que, por ejemplo, Arley crea que es mejor excavador de gas que los “blancos”, porque su piel le permite aguantar el sol y, así, trabajar mejor.

Ahora bien, las mujeres “blancas”, como ya lo mencioné, también acceden a trabajos como empleadas de servicio, pues los trabajos domésticos son profundamente feminizados. No obstante, no son racializadas como buenas empleadas por “ser negras” a diferencia de las mujeres “afro” como Francy. De igual forma en que sucede con los hombres, esta racialización también es una forma de estrategia que las mujeres “negras” usan para obtener empleo, aun cuando son informales, inestables y mal pagos.

Muchas de las mujeres “afro” afirmaron que por ser “negras” les negaban trabajos en empresas, incluso cuando otras aspirantes “blancas”, a diferencia de ellas, no habían terminado el bachillerato o no tenían capacitación en cursos del SENA. Sin embargo, argumentan que a diferencia de las “blancas” tienen habilidades “innatas” en la cocina: se sienten orgullosas de su sazón “afro” y afirman que ninguna “rolita” puede igualarlo, un *plus* por el que aseguran estar mejor cualificadas y por el que creen, pueden ganarle el trabajo como empleadas de servicio a una “blanca”.

Al respecto, Arango explica que (2007): “El servicio doméstico es una ocupación femenina que se sitúa en la intersección entre el orden de género y la clase social. La clasificación racial se superpone a esta lógica a partir de la visión colonialista de la servidumbre como posición o condición social propia de los grupos racializados” (p. 41). La “raza” como atributo de clasificación pesa más en mujeres “negras”, a quienes desde tiempos coloniales se les piensa como aptas para ser empleadas de servicio.

La estereotipación colonial, precisamente, hace parte de una estructura de oportunidades que ha causado enormes consecuencias que persisten en la actualidad y que han afectado el bienestar “afrocolombiano” por la actuación conjunta del Estado, el mercado y la sociedad que sigue excluyendo a la gente “negra” de empleos de mayor autoridad laboral y mejores salarios. Sin embargo, las mujeres “negras” del Oasis utilizan estos estereotipos colonialistas, para no quedar aisladas por completo del mundo laboral, recurriendo al servicio doméstico como única alternativa para obtener ingresos.

Utilizar el significado racial como estrategia, sin embargo, no funciona de igual forma para las mujeres desplazadas. Lo que puede decirse a partir del enfoque interseccional, es que algunas intersecciones cobran importancia en ciertos escenarios y en otros no, de manera que el análisis interseccional puede ampliarse a categorías como orientación sexual, color, edad, etc., dependiendo del contexto de estudio y del momento histórico (Crenshaw, 1991). Al tener en cuenta las experiencias colombianas del conflicto armado, la categoría “desplazamiento” permite entender que la producción de desigualdades laborales pesa mucho más sobre mujeres “negras” y desplazadas y que su capacidad de agencia es muy limitada. Estas mujeres son quienes enfrentan mayores problemas laborales entre todos mis entrevistados. Su situación de mayor vulnerabilidad está moldeada por una triple discriminación: una racial por ser “negras”, otra por su condición de desplazadas y, una más, por su condición de mujeres.

Para acceder a algunos empleos, les han preguntado de dónde vienen y por qué llegaron a Bogotá y cuando los empleadores encuentran que son desplazadas por la violencia, afirman, les niegan el trabajo. No sólo eso. El caso de Francy también sorprende porque el primer trabajo que consiguió en Bogotá como empleada de servicio, lo obtuvo una vez su jefe se enteró que era desplazada y le propuso trabajar para él, a cambio, únicamente, de alimentación y hospedaje. El servicio doméstico, al ser un oficio que desde la colonia se presentaba como servil y para esclavas, con el desplazamiento puede llegar a extremos aún más denigrantes de servidumbre por parte de una sociedad “blanca” que supuestamente superó la esclavitud. Someterse a oficios que nadie quiere hacer, pero que mujeres como Francy deben realizar, a cambio de no morir de hambre y tener dónde dormir, da cuenta de la esclavitud en su máxima expresión escondida detrás del eufemismo de un “favor blanco”.

A la triplete de discriminación descrita, habría que agregar la que Segura y Meertens (1997) caracterizan para las mujeres desplazadas: “se les puede considerar triplemente víctimas: primero, del trauma que les han producido los hechos violentos (asesinatos de cónyuge u otros familiares, quema de sus casas, violaciones); segundo, de la pérdida de sus bienes de subsistencia (casa, enseres, cultivos, animales), lo que implica la ruptura con los elementos conocidos de su cotidianidad doméstica y con su mundo de relaciones primarias; y tercero, del desarraigo social y emocional que sufren al llegar desde una apartada región campesina a un medio urbano desconocido” (p. 9).

Los casos de desplazamiento que hallé en El Oasis, muestran que en comparación con los hombres, son las mujeres “negras” desplazadas quienes tienen más dificultad para adquirir y mantener un empleo. Segura y Meertens (1997), sin embargo, encuentran que las mujeres desplazadas logran insertarse mejor en el mercado laboral en comparación con hombres desplazados, “en virtud de sus destrezas y saberes domésticos, mientras que para los hombres, el sector agropecuario ofrece muy poca continuidad con las actividades factibles en la ciudad. En esta fase, el trastocamiento inducido por el desplazamiento opera de manera más aguda sobre el hombre, en cuanto experimenta una ruptura más fuerte en su estatus masculino como gestor económico y como figura de autoridad y respeto” (p. 18).

El problema con este hallazgo es que estas autoras no incluyen la “raza” como categoría de análisis, por lo que dan conclusiones más generalizadas. De otro lado, las mujeres y hombres desplazados con que trabajé no presentaban trayectorias laborales antes del desplazamiento basadas únicamente en los trabajos de la agricultura. Si bien las mujeres “negras” desplazadas tienen destrezas en el servicio doméstico, el trabajo como empleadas no es de fácil acceso por el carácter íntimo que tal actividad implica y que algunos empleadores(as) cuidan, al punto de no aceptar empleadas con historias del conflicto armado.

Los hombres desplazados, en cambio, acceden rápidamente a los trabajos de construcción, ya que al ser empleos que no requieren tratos cercanos, ni altos niveles de cualificación, permiten que la condición de desplazado no influya negativamente y que el mayor activo que sirva como requisito para obtener el empleo, sea la fuerza y las habilidades para aprender rápido. De esta forma, aunque los hombres han trabajado con anterioridad –y no permanentemente- en la agricultura y no pueden utilizar tal activo en espacios urbanos, los trabajos de construcción les ofrecen mejores oportunidades laborales que a las mujeres el de empleadas de servicio, debido a su carácter no íntimo.

Ahora bien, es cierto que una estructura discriminatoria y de conflicto armado ha limitado que la gente “negra” -especialmente mujeres “negras” desplazadas- ingresen a trabajos que requieren de mayor cualificación. Pero no hay que dejar de lado que ante estos obstáculos, las personas con quienes trabajé han logrado cierto grado de agencia, reivindicando un status “negro”, denigrado, como forma de obtener empleo. De esta forma, a la estereotipación como estrategia laboral, hay que agregar dos formas más en que puede verse la agencia de la gente “afro”: la primera, por medio de pequeñas protestas que encarnan en su cotidianidad laboral; y la

segunda, a partir de la negativa de algunos jóvenes a trabajar en servicio doméstico o construcción.

Respecto a la primera forma, aunque no son agentes en un alto grado, algunas mujeres “negras” han protagonizado, a su manera, momentos en que resisten las desigualdades de las que son objeto. Una de ellas, por ejemplo, confesó haber robado dinero en una casa en la que trabajó haciendo aseo por días, porque le dijeron que no era la persona indicada para cuidar al bebé y contrataron a otra muchacha:

A mí me tocaba siempre hacer el aseo en el segundo piso. Y arriba estaba el señor y es narco y usted sabe que eso mantienen la plata que da miedo y un día dejó la llave y cogí y yo y abrí y era un closet y en un solo lado estaba hasta arriba, llenecito llenecito [de dinero] y yo cogí y de cada arrumecito que tenía sacaba un billete por la mitad. Saqué como 200 mil pesos así y ahí vine y le dije a mi cuñada y ella me dijo ‘ese señor tiene mucha plata y al que tiene mucha plata hay que quitarle porque esa plata es robada, hay que robarle también’, y nunca se dieron cuenta (Viasney, 28 años, Quibdó)

Así mismo, Francy, con un poder de agencia más limitado por las reducidas opciones que tiene como desplazada, renunció ante los malos tratos de su jefe en un restaurante en Chapinero¹⁷:

El señor me trató inhumano. Cuando entré con una amiga que le dicen Misesy, [él les dijo]: ‘[...] Si no sirven, se largan’. Ese día llegué aquí y lloraba. De todas maneras yo no veo por qué una persona que tiene plata, por qué le dice a una persona que va a buscar empleo como nosotras, que si no servimos nos largamos [...] Cuando yo me fui a retirar, [el jefe] me dijo ‘¿a qué estamos jugando?’ yo le dije ‘a irme pa’ mi casa, porque yo pueda que no tenga empleo, no tenga plata, pero tampoco me le voy a arrodillar a usted’, entonces a lo que yo iba caminando para irme él me dijo ‘ay qué mujer tan buena’ y quiso agarrarme y lo torcí y me vine.

En relación a la segunda forma de agencia, hay dos mujeres “morenas”¹⁸ que me contaban de su esfuerzo por no trabajar como empleadas de servicio, no sólo porque pagan salarios bajos en comparación con grandes esfuerzos, sino porque han visto a sus madres dedicarse a dichos trabajos, incluso cuando han estado enfermas. Para una de estas jóvenes ha sido humillante tener que ver la forma en que maltratan a su mamá en las “casas de familia”, pues se han referido a ella como “negra sucia”. Por estas razones, las dos jóvenes están tomando cursos de administración de negocios en el SENA y esperan montar un negocio de venta de ropa con ayuda de esta institución.

¹⁷ Localidad bogotana de ingresos medios y altos ubicada en el nororiente de la ciudad.

¹⁸ Estas dos chicas también afirman ser “afrocolombianas”, pero no se piensan “negras” porque afirman que su color de piel no es en realidad el negro de los colores.

De igual manera, la mujer “negra” que me confesó robar dinero a un narcotraficante, me decía que a pesar de trabajar en servicio doméstico, trata de buscar empleos que le gusten como el de la danza. También en este caso se racializa a las personas “afro” como buenas bailarinas por naturaleza y ello ha sido aprovechado por esta mujer. Ella me contó que el trabajo que más le ha gustado fue cuando, por recomendación de Totó, estuvo en una novela gracias a Carmen Villalobos, una actriz que le propuso trabajar con ella bailando champeta¹⁹ como extra:

[Carmen Villalobos] me dijo “ay me caíste súper bien, te tengo una propuesta, mira que están necesitando un personal para grabar una novela conmigo, si quieres pasa papeles que necesitan mucho morenito, que bailen mucha champeta, les hacen un casting y el que pase va a grabar con nosotros”. Me vine tan ilusionada, [pensaba] ‘ay, voy a trabajar con Carmen’ y necesitaban 20 negritos entre mujeres y hombres para seleccionar de ahí los que bailaran mejor. Con todo este poco de negros de aquí, reunimos un poco de gente, nos hicieron el casting, pasamos siete, yo estaba que me moría de la emoción [...] Ahí sí era hermoso, nos pagaban a 150 el día, nosotros éramos personas... nos trataban bien. Y nosotros nos ganamos ese concurso con el pelado el ‘Topo’ [líder de un grupo de danzas del Oasis].

También entre el grupo de los hombres “afro” está el caso de un joven de 20 años que no quiere trabajar en la construcción, pues afirma estarse preparando en la universidad para adquirir otras capacidades y no tener que soportar trabajos tan duros. Además, ha estado aprendiendo cómo producir y digitalizar canciones de su autoría, gracias a los tutoriales sobre producción musical casera que encuentra en YouTube.

Estas formas de agencia enseñan que si bien la gente “afro”, pero en especial las mujeres “negras” pueden encontrarse en mayor situación de vulnerabilidad que los hombres y mujeres “blancas”, por los tipos de trabajos y maltratos que sufren²⁰, no necesariamente la suma de mujer + pobre + negra, da como resultado personas totalmente dominadas. Francy o las mujeres más jóvenes, claramente, con robar dinero a escondidas, renunciar o resistirse a trabajar en el servicio doméstico, no están cambiando la situación de abuso laboral de las mujeres “afro” en general, pero al menos están resistiendo sus propias historias de opresión.

1.2.3 ¿El género como activo?: el trabajo del hogar que nadie reconoce como empleo

Todas las mujeres que entrevisté y que son madres, han encontrado obstáculos laborales cuando el oficio de cuidar a los hijos e hijas se naturaliza como la tarea por “excelencia” para la que las mujeres “nacieron”. Cuando trabajaba en un restaurante ubicado en Venecia, a una de

¹⁹ Ritmo musical con influencia africana, nacido entre “afrocolombianos” de Cartagena y Barranquilla en Colombia.

²⁰ Entre los oficios más desagradables que algunas mujeres me contaron, se encontraban el tener que recoger la ropa interior manchada de menstruación de su empleadora.

estas mujeres la echaron porque pedía constantemente permiso para llevar a su hijo asmático de 5 años al hospital. En una ocasión su hijo duró 20 días hospitalizado y luego tuvo que dedicarse a cuidarlo en su casa. Bajo estas condiciones no podía salir a buscar empleo y los que le salían como empleada de servicio, no los aceptaba, porque el horario no le permitía cuidar a su hijo.

En El Oasis mis entrevistados(as) tienen entre 2 y 5 hijos, todos menores de edad. Todos han tenido hijos en la adolescencia, algunos porque lo planearon como proyecto de vida y otros, la gran mayoría, porque fueron embarazos no deseados. Independientemente de estas razones, lo que observé es que los hijos menores de edad están impidiendo utilizar ciertos activos. Primero, al ser menores de edad, estos hijos e hijas no están en capacidad de trabajar, razón por la cual constituyen una responsabilidad económica para sus padres que con dificultad logran cumplir: los pañales, la alimentación, el vestuario, el jardín, el colegio, etc., representan altos gastos que se llevan gran parte del ingreso de las familias.

Segundo, tener hijos a una temprana edad, obstaculiza el adquirir activos educativos que más adelante puedan ser explotados en eventuales trabajos que requieran de mayor cualificación. Muchas de las mujeres han detenido su proceso escolar y, aunque han intentado continuarlo en instituciones como el SENA, las exigencias de un hijo terminan por sacarlas por completo del sistema educativo. Los hombres, a su vez, desertan de colegios o, en el caso de Arley, de la universidad, no sólo por el grado de dificultad física que exigen los trabajos de construcción, sino porque necesitan trabajar para dedicar casi que exclusivamente el dinero ganado a sus hijos e hijas.

Aunque hombres y mujeres deben hacer sacrificios por sus hijos, los hombres no se ven en la necesidad de abandonar trabajos o decir “no” a algunas propuestas de empleo por cuidar a sus hijos, porque de forma automática recargan esa responsabilidad sobre sus parejas, quienes la aceptan ante la inexistencia de guarderías estatales en el barrio. Sin embargo, cuando las mujeres logran conseguir un trabajo cuyo horario se acomode al tiempo de cuidado del hogar, duplican sus jornadas de trabajo, cumpliendo no sólo el rol de proveedoras, sino también el de madres.

Los hijos como pasivos también se relacionan con una estructura de oportunidades colombiana caracterizada no sólo por una educación sexual débil, sino también porque a los hombres se les ha educado en el privilegio del patriarcado, a través de mecanismos como la familia, el colegio, el lenguaje y los medios de comunicación. En el marco de esa educación, los hombres aparecen estereotipados como figuras masculinas y paternas en las que el trabajo

doméstico y el cuidado de los hijos no les conciernen²¹. Como lo muestran varios autores, bien temprano en la infancia, hombres y mujeres son socializados en la reproducción de roles de género en los que las mujeres son socializadas para realizar labores de cuidado y de reproducción en el espacio privado, mientras que los hombres son socializados en la realización de trabajos en el ámbito de lo público, en los que debido a su supuesta *esencia* masculina, se hace difícil el cumplimiento de las tareas de cuidado y de vínculo emocional (Hartsock, 2004; Lomas, 2008).

De esta forma, los hijos aparecen como un obstáculo laboral especialmente para las madres, en el sentido en que se ven más afectadas cuando de adquirir experiencia laboral se trata. De otro lado, cuando deben realizar casi que exclusivamente los oficios del hogar, no obtienen a cambio alguna remuneración. Al preguntar a cualquier mujer que me describiera qué hacía cualquier día de la semana desde que se levantaba en la mañana, hasta que se acostaba en la noche, las respuestas eran siempre muy similares a la que me dio la siguiente entrevistada:

Yo me levanto a las 6 de la mañana. Pues, yo baño al bebé, le pongo uniforme, lo llevo al jardín, de ahí vengo y pues lo normal me pongo hacer el aseo de la casa, a lavar, me pongo hacer almuerzo, porque el otro niño mío, el grande, tiene que estudiar por la tarde y después lo llevo a estudiar y pues ese tiempo ya me queda libre igual yo me quedo acá en la casa. [Luego] voy recojo al bebé, sale a las tres y media. Y al otro lo recojo a las 5 y media y me pongo hacer comida y bueno, me acuesto a dormir (Ingrid, 23 años, Bogotá).

El proceso de generización de trabajos según el cual oficios de cuidado y servicio, en el propio hogar o en hogar ajeno, son profundamente feminizados, genera desigualdades de doble vía. La primera, es que las mujeres se esfuerzan y sacrifican más cuando trabajan fuera y dentro de su hogar, en comparación con los hombres que rara vez se dedican a estos oficios. De acuerdo a De Barbieri (1993), los hombres, esposos y empleadores, subordinan el cuerpo de las mujeres controlando, particularmente, su fuerza de trabajo. Que los hombres del Oasis asignen el cuidado de los hijos y del hogar a sus esposas como si se tratara de un oficio que naturalmente les corresponde, indica cuan internalizado tienen los hombres (y también las mujeres), los roles tradicionales en el hogar.

²¹ Una excepción a ello es Arley. Pero en general, los hombres presentan una posición ambigua ante el hecho de que sus esposas deban trabajar: por un lado, me contaban orgullosos que en sus hogares sus esposas también trabajan, bajo el discurso democrático de “aquí todos nos ayudamos”; pero, por otro lado, afirmaban que uno de sus planes a futuro es poder conseguir un buen trabajo, no sólo para comprar casas, educar a sus hijos o lograr estabilidad económica, sino también con el objetivo de que sus compañeras no tengan que trabajar más y puedan dedicarse a la educación de sus hijos. De manera que los estereotipos tradicionales laborales, según los cuales sólo el hombre es proveedor y la mujer se dedica al hogar, no se cumplen en El Oasis.

Lo anterior es contradictorio, porque a pesar de ser una de las labores más admiradas, la maternidad y las actividades domésticas no son consideradas trabajos dentro del mercado laboral. Podría decirse, por lo tanto, que la sociedad y los hombres controlan la fuerza de trabajo de las mujeres, no sólo al naturalizar su rol de mujeres en tanto madres, sino también al ignorar las actividades domésticas como un trabajo que merece los mismos reconocimientos que cualquier otro –remuneración, protección social, etc. Esta contradicción es bien señalada por De Barbieri (1993) cuando pregunta: “¿Cómo es que la capacidad de trabajo de las mujeres es dirigida por las sociedades a la realización de un trabajo socialmente imprescindible pero desvalorizado?” (p. 8). En efecto, cuando las mujeres trabajan en su propia casa, no reciben ningún pago económico: “por ello, las mujeres que lo hacen como ocupación principal no forman parte de la “población económicamente activa”. Ésta es la expresión más clara de la subvaloración social que acompaña al trabajo doméstico” (León, 2013: 199).

La segunda desigualdad que genera, es que los pocos hombres que se imaginan en este tipo de trabajos, probablemente enfrenten un desfase en su estereotipo de masculinidad, juzgados por una sociedad que los piensa fuera de “trabajos femeninos”. Arley fue la excepción a todos los hombres de mi investigación, pues las veces que llegué a su casa, siempre estaba haciendo algo relacionado con el hogar, cocinándole a su hija, tendiendo las camas o barriendo. Una de las consecuencias injustas de los estereotipos laborales a través del género, implica que por ser hombre, Arley quizás nunca acceda a un trabajo que sí estaría dispuesto a realizar:

Cuando son trabajos de casas de familia, no es una influencia muy positiva ser hombre, porque el trabajo es exactamente para mujeres. ¡Y estaría dispuesto a hacerlo! Y me sentiría con todo el poder de hacerlo igual o de pronto tan mejor que cualquier mujer que lo haga, porque también sé hacer lo mismo que una mujer en la casa, todo completo. Con lavar, con planchar, con cocinar, con arreglar las camas, los cuartos, levantar los niños, mandarlos para el colegio, lavarles la ropa, mirar bien la ropa en los cuartos, como debe ser, ¡todo! Yo sirvo para hacer todo.

Para finalizar, hay que agregar que una de las principales premisas del enfoque de activos es que en tiempos de crisis, las mujeres y niños son utilizados como activos en tanto mano de obra adicional. Sin embargo, estas premisas no se aplican las mujeres de las que he hablado y menos a las mujeres “negras”: primero, en tiempos de crisis y de no crisis, las mujeres siempre han tenido que trabajar en sus propios hogares; segundo, históricamente, quienes han tenido la opción de dedicarse sólo a los oficios del hogar han sido en su mayoría mujeres “blancas” de clase

media y alta. Por el contrario, las mujeres pobres, pero especialmente las mujeres pobres y “negras”, siempre han tenido que trabajar en sus hogares y fuera de ellos: desde la colonia como esclavas, en sus hogares como amas de casa y en oficios como el servicio doméstico o los trabajos “masculinos” de la agricultura²².

Como nos recuerda Collins (2000) cuando habla de Sojourner Truth, una ex esclava y activista feminista “negra” del siglo XIX que hacía a la par los trabajos de agricultura que un hombre hacía y sin ninguno de los privilegios a los que accedían las mujeres “blancas” norteamericanas de la época:

Su vida como ciudadana de segunda clase ha estado llena de trabajo físico duro, sin ayuda de los hombres. Su pregunta ‘¿Y es que acaso no soy una mujer?’ señala las contradicciones inherentes al uso general del término mujer. Para aquellos que cuestionan la femineidad de Truth, ella invoca su estatus como madre de trece niños, todos vendidos en la esclavitud y pregunta de nuevo ‘¿Y es que acaso no soy una mujer?’ (Collins, 2000: 31-32).

Es así como la interseccionalidad permite ver que incluso con el trabajo del hogar y el trabajo doméstico, son las mujeres “negras” las personas cuya condición de género y racial se conjugan, dando como resultado el acceso a trabajos precarios especialmente de cuidado. Ello es así, porque tal trabajo es llevado a cabo en sus casas y sin remuneración -igual que mujeres “blancas”; pero además, porque lo siguen realizando en hogares ajenos y, a diferencia de las mujeres “blancas” que pueden acceder a trabajos igualmente informales pero fuera de la esfera del cuidado, son los trabajos en los que más logran insertarse.

Recapitulación

En Colombia existe una estructura de oportunidades marcada por cambios mundiales como la precarización del trabajo. Las consecuencias de estas transformaciones, como las disminuciones salariales y de seguridad social, han hecho de los trabajadores, personas cada vez más desprotegidas, sometiéndoles a condiciones laborales como la flexibilización y tercerización del empleo. A ello se suma que Colombia nunca ha sido una sociedad de empleos en su mayoría formales y que el conflicto armado ha acentuado estas realidades económicas, generando

²² Viveros y Gil (2010), también encuentran lo mismo: “Es importante aclarar que la afirmación de que las mujeres han estado ausentes de la producción es válida en Colombia solo para las mujeres de los grupos étnico-raciales y de clase privilegiados. Así, las mujeres negras en Colombia y en otros países han realizado tareas productivas desde el periodo mismo de la esclavización y en ese sentido han desafiado desde fechas muy tempranas la división sexual del trabajo y la atribución que se les hace como únicas responsables de las tareas reproductivas” (p. 115).

desplazamientos forzados que laboralmente implican rupturas mucho más profundas con el mundo del trabajo. Es en estas condiciones en las que mis entrevistados(as) experimentan su vida laboral, a través de trabajos a término fijo, por empresas temporales, períodos muy cortos y tratos injustos por algunos empleadores.

Hombres “negros” y “blancos” han trabajado en la construcción, igual que mujeres “blancas” y “negras” lo han hecho en el servicio doméstico. Sin embargo, las diferencias de género y “raza” comienzan a hacer de estos empleos, experiencias laborales diferenciadas. Primero, tanto mujeres “blancas” como “negras” sufren aún más que los hombres el tener hijos menores de edad, pues debido a una estructura social que históricamente ha establecido rígidos roles de género -enseñando a los hombres a no participar del trabajo en el hogar-, son las mujeres quienes a menudo deben renunciar a sus trabajos para quedarse en sus casas, negarse a posibles ofertas laborales o duplicar sus jornadas laborales. Segundo, a través de procesos de racialización y generización, son los hombres y mujeres “afro” quienes se estereotipan y son estereotipados como personas adecuadas por naturaleza para trabajos de baja cualificación y alta exigencia física como la construcción, las excavaciones de gas y el servicio doméstico.

La naturalización de ciertas personas en ciertos empleos, genera que gente “afro” no sea imaginada en empleos de empresas o de ventas comerciales. Incluso siendo trabajos de baja cualificación, las opciones de trabajar en algo diferente a la construcción o el servicio doméstico no son muy amplias, opciones que sí están siendo aprovechadas por jóvenes “blancos” gracias a las hojas de vida (método que nunca les ha funcionado a los jóvenes “negros”). Esta situación se enmarca en una estructura de oportunidades que produce más desigualdades para los “afro”, pues a la ya mencionada precarización del trabajo en Colombia, se le suma una visión colonialista que históricamente ha producido un embudo-estructura compuesto por una sociedad, un Estado y un mercado laboral que discriminan racialmente.

El enfoque interseccional, no obstante, permitió ver cómo las y los jóvenes “negros”, agencian su situación de mayor vulnerabilidad de tres formas: a partir del uso estratégico de su “status negro”, de mujer o de hombre, para conseguir empleo; a partir de la oposición no pasiva ante situaciones diarias de abusos laborales; y, finalmente, intentando no trabajar en los empleos que con seguridad podrían conseguir. Sin embargo, son las mujeres “negras” desplazadas quienes por la ruptura repentina en sus historias de vida, presentan un grado de agencia muy limitado en comparación con mujeres “negras” y “blancas” no desplazadas.

CAPÍTULO 2

“RAZA”, GÉNERO Y BARRIO: OBSTÁCULOS Y OPORTUNIDADES

Cuando regresé al Oasis luego de algunas semanas de trabajo de campo, me encontré con que Arley se había ido del barrio. Así no más. Un día estaba y al otro no. Algunos parecían reacios a contar las razones por las que se fue y argüían aburrimiento o el deseo de pasar un tiempo con su papá en Usme. Pero luego de preguntar a diferentes personas por los motivos de su viaje repentino, comprendí por qué se había ido. Algunos días atrás, la esposa de Arley llegó de trabajar en una casa de familia muy tarde en la noche, traía unas bolsas con mercado y su bolso. Cuando se bajó del bus una cuadra arriba de la casa donde vivían, dos hombres “blancos”, según me contaron varias personas, la atacaron, le robaron la billetera, destruyeron las bolsas que llevaba y la golpearon.

Este fue el suceso que llevó a Arley, su esposa y sus dos hijas, a salir del barrio y refugiarse en casa de su padre en el barrio Alfonso López²³. “Ese vuelve cuando las cosas por aquí se enfrían”, me repetían varias personas. Volví días después y pregunté por él de nuevo: “Ah no, ese ya se quedó a vivir por allá”, me dijo su mejor amigo. Las personas que habían atacado a la esposa de Arley eran las mismas que, según me contaron, habían estado amenazando a la gente “negra” del barrio con mensajes gritados como “negro que vea, negro que mato”.

En este capítulo analizo “raza” y género en relación con el barrio y las estrategias laborales. Primero expongo las distintas violencias -de pandillas, de “limpieza social” y racial-, los obstáculos geográficos y el estigma residencial, y luego explico el uso diferenciado que los habitantes del Oasis le dan a las redes sociales como activo barrial. Mi principal afirmación es que son las violencias barriales del Oasis las que con más intensidad obstaculizan el uso de activos para las personas que la sufren, mientras que significan una forma de activo laboral para quienes la ejercen. Sin embargo, estas violencias afectan las estrategias laborales según género y “raza”: el uso de activos por gente “negra” es más restringido en comparación con los “blancos”, debido a una violencia barrial específicamente racial; y bajo este contexto, la estrategia que más logra utilizar la población “afro” es la de las redes sociales, presentándose particularmente limitada para mujeres “negras” desplazadas.

²³ Un barrio bogotano que pertenece a Usme, una localidad contigua y con niveles de pobreza inferiores a los de la Comuna 4.

2.1 Violencias, obstáculos geográficos y estigma barrial: superado el desempleo, ahora vienen los problemas del empleo

2.1.1 Andrés y las violencias de pandillas y de “limpieza social”

“Mis amigos me llevaron por el camino de la droga desde que era un niño de 8 años [...] fumaba marihuana, pepas, *rochis*, eso que usan pa’ los ataques epilépticos, pegante y cigarrillo. Conseguí drogas por el barrio, porque por acá habían muchos drogadictos y cuando existieron los paracos²⁴ comenzaron a hacer limpieza, a matar a mucho muchacho, y quedaban las ollas donde quedaban los vicios y ya uno los compraba por ahí. En el centro, por allá en la L, en la calle del Bronx, en la cuarta, comencé a conocer muchas cosas”.

Así comienza la historia de Andrés, un “rolo” de 20 años que lleva viviendo en El Oasis 16 años. Su mamá es ama de casa y su papá lo abandonó cuando era un niño. Su primer trabajo tuvo una duración de 7 años, limpiando los vidrios de los carros en las calles de Bogotá. Los amigos del barrio que le propusieron trabajar fueron los mismos que, según él, le enseñaron a consumir droga y a robar. Recuerda que a sus 12 años aceptó irse a robar con su primo y cuando estaba en octavo de bachillerato se salió de estudiar: “él [su primo] ya había vivido más cosas que yo y él me decía ‘vamos a robar, trábese²⁵ y vamos a robar’ y yo le decía ‘bueno vamos’. Fumábamos marihuana toda la mañana y a las 5 de la tarde salíamos a robar por allá en Candelaria, en el Tanque, en Arborizadora Alta y comprábamos lo del mercado de la casa. Y trabajábamos pa’ comprar así nuestras dosis y ahí también ya comenzamos a comprar ropita y el mercado, nos colaborábamos mucho los dos”.

Andrés *sólo* apuñaleaba a las personas que oponían resistencia cuando los iba a robar. Para él era más fácil robar a las mujeres porque sólo gritaban, lo cual le parecía gracioso. Hubo un tiempo en que los grupos de “limpieza” del barrio pusieron precio a su cabeza y a la de su primo, razón por la que tuvieron que escaparse a Manizales por un tiempo. Luego de unos meses volvió al Oasis, ya sin miedo, porque afirma que desde que cumplió 18 años, cambió: “Si ya estoy sentando cabeza, ya no tengo por qué esconderme de nadie”. Andrés trabaja con su hermano en la construcción y teme quedarse sin trabajo porque no quiere sufrir recaídas y volver a las actividades que solía hacer.

²⁴ Forma popular de llamar a los paramilitares

²⁵ Drogarse

Cuando le pedí a este joven que me listara sus trabajos desde que había sido un niño, no dudó en listarme las actividades ilegales a las que se dedicaba. Robar o matar, en efecto, son considerados trabajos porque cumplen con una serie de características propias de cualquier otro trabajo legal: hay una remuneración -obtenida por la fuerza y mucho más alta que en los trabajos legales-, hay un horario y es necesario aprender ciertos activos para poder realizarlos.

En el caso de Andrés, la formación que tuvo para poder llegar a robar estuvo basada en dos pasos: drogarse y aprender a apuñalear. Drogarse era necesario, me explicaba, porque era la única forma con que se llenaban de valor para ir a atracar. No hacerlo, significaba perder el tiempo, porque ni él ni sus amigos se atrevían a hacer lo que tenían planeado. Apuñalear fue el proceso que le tomó más tiempo aprender, pues fue necesario practicar y aprender toda una serie de movimientos claves a la hora de utilizar un cuchillo: su primo le había dicho que no era necesario matar a las víctimas de atraco, pues bastaba con dejarlas desangrando en el lugar correcto del cuerpo. ¿Cómo aprendió Andrés a apuñalear y el punto exacto del cuerpo humano para hacerlo? Con un perro: “mi primo me decía ‘coja un perro y cójalo a puñaladas y verá que [se] le quita el miedo a eso’ y yo sólo una vez maté un perro y ya, así es de fácil”.

Pero no sólo hay que aprender dónde apuñalear, Andrés también adquirió toda una serie de movimientos que simbólicamente eran muy importantes, porque era necesario dar la impresión a las víctimas de cuán peligroso era:

Él [su primo] me enseñó a pararme al cuchillo con un espejo [...] compramos un espejo re grande y él me dijo ‘¿quiere aprender a pararse a cuchillo?’ y yo le dije ‘Sí, ¿me va a enseñar?’. Me dijo ‘Mire, ahí está el espejo, aprenda con él’ y sí, como que mi agilidad se volvió más ágil y ya uff... yo era re jabón pa’ dar cuchillo.

“Ser jabón” fue una de las habilidades más importantes que Andrés tuvo que adquirir. Significa esquivar o ser escurridizo justo como un jabón, pues en las peleas entre pandillas o si una persona que iba a ser atacada intentaba defenderse peleando, ser ágil esquivando golpes era una medida fundamental para salvar su vida. También en el trabajo de ladrón hay niveles de aprendizaje. Luego de que Andrés aprendió a utilizar el puñal, su primo también fue quien le enseñó todo lo relacionado con usar revólveres e incluso lo incitó a practicar en el barrio.

Andrés encarna el miedo cumplido de un riesgo latente que muchos jóvenes del Oasis tienen, “blancos(as)” o “negros(as)”, si llegaran a caer en el mundo del robo y la drogadicción. Este joven es o ha sido, probablemente, uno de los pandilleros de los que la mayoría de gente en El Oasis se queja. Jóvenes como él, quizás, son los causantes de que Arley y su esposa –y otras

tantas personas-, hayan huido del miedo a la violencia en las calles. En este barrio no hay una estación de policía y los residentes no tienen herramientas legítimas y legales para detener los eventos causados por pandillas.

Una de las consecuencias de la débil presencia del Estado y de la falta de seguridad policial en El Oasis, es que este barrio se presta como escenario ideal para atracar o matar sin ningún tipo de sanción y para desarrollar habilidades o activos de tipo ilegal, tal y como lo hizo Andrés cuando quiso aprender a disparar:

Comprábamos botellas de vino y así llenas a veces las poníamos y desde lejos, las poníamos en un palo y comenzábamos a romperlas. Al principio no podíamos y cada mañana compramos una caja de tiros y por la mañana [el primo le decía] ‘bueno, ya, levántese y trábase y vamos a ver qué es lo que pasa’. Porque ya uno se traba y como que se relaja, deja de pensar tantas cosas, está es concentrado en eso, que tiene que romper esa botella y cuando tenga que darle bala a alguien, ¿sí?, [está] concentrado.

Estos hechos se relacionan con influencias estructurales. En El Oasis, así como en muchos barrios de la Comuna 4, la apelación a trabajos ilegales debe entenderse no sólo como una respuesta lógica a la estigmatización de la que estos jóvenes son objeto, sino también como una forma legítima de empleo. Según varios teóricos urbanos, en la búsqueda de sustento económico, de respeto por parte de la sociedad y como forma de ingresar a una sociedad de consumo, algunos jóvenes recurren a medios violentos e ilegales que les sirven como mecanismo para satisfacer ciertas necesidades de vida urbanas que la sociedad impone y, de esta forma, no padecer sentimientos de privación y frustración (Arboleda, Petesch, & Blackburn, 2004; Kaztman, 2001; Wacquant, 2001; Wilson, 1996).

El consumismo como fuerza estructural resulta muy importante, porque día a día los niños y jóvenes crecen bombardeados por medios de comunicación que tratan de convencerlos de adquirir objetos de consumo no básicos. Kaztman (2001) afirma que aquellas personas que viven en la pobreza urbana se ven aisladas de las corrientes predominantes de la sociedad como la del consumo. Según este autor, la segmentación en el área laboral de las ciudades ha producido cada vez más personas mejor capacitadas para ciertos trabajos y, a su vez, personas que sin acceso a educación, han visto reducidos sus vínculos laborales y, por lo tanto, su pertenencia a la sociedad: “A medida que se presentó una mayor división del trabajo en las sociedades latinoamericanas, se produjo mayor especialización en las tareas y con ello el eje de integración en la sociedad pasó de la familia y la comunidad al mundo laboral, considerada como la vía

privilegiada para la integración en la sociedad y la formación de identidades y sentimientos de auto-estima” (Kaztman, 2001: 175).

Según este autor, la concentración de gente pobre en barrios de ciudades latinoamericanas –dentro de las cuales cabe anotar el caso Colombiano–, se caracteriza por una alta densidad de privación material en contraste con la concentración espacial de hogares ricos en otros barrios. Los barrios pobres urbanos han sufrido experiencias de desindustrialización y achicamiento del Estado, por el estrechamiento de oportunidades laborales para trabajadores no calificados o semi calificados y por personas que, al vivir cerca de la ciudad, han incorporado expectativas de ciudadanía (derechos sociales, civiles y políticos) y aspiraciones de participación en los estilos de vida predominantes. Sin embargo, sus posibilidades de integración se ven agravadas porque el eje de formación de identidades se desplaza del mundo del trabajo al mundo del consumo y, en esa medida, hay una amplia brecha de participación material y simbólica entre ricos y pobres (Kaztman, 2001).

De otro lado, Wilson (1996) asegura que en aquellos barrios donde se otorga poca legitimidad a las oportunidades de empleo, donde se carece de redes de información sobre trabajos y donde los colegios ofrecen una orientación deficiente respecto al mundo laboral, las personas empiezan a perder el sentimiento o las ganas de conectarse a la economía formal y no esperan obtener un trabajo regulado dentro de las normas de dicha economía. En particular, los jóvenes crecen en un ambiente en donde la idea del trabajo no es asociada a una experiencia central de la vida adulta.

La historia de Andrés sobre su pasado como pandillero, pero también los relatos de jóvenes que no estarían dispuestos a realizar actividades ilegales, refutan y confirman a la vez algunas de las teorizaciones anteriores. Las confirman, porque Andrés en efecto vivió su adolescencia robando para comprar objetos de consumo no básicos, pero las contradicen porque robar también le permitió aportar dinero en su casa y comprar mercado para su mamá. Gran parte de las privaciones materiales que Andrés sufrió, las vivió cuando trabajaba limpiando vidrios de carros, pues me contaba que en repetidas ocasiones observó todo lo que los conductores tenían -como el carro o celulares- y la posición social muy diferente en la que se encontraba, al ser el niño al que muchos de esos conductores le regalaban arroz cuando no tenía qué comer.

Al no tener la edad suficiente para trabajar formalmente y teniendo en cuenta que el trabajo informal que realizó lavando vidrios no le dejaba mayores ganancias, Andrés encontró en

la vía de la ilegalidad el mecanismo para poder llevar mercado a su casa, comprar zapatillas marca *Nike* o pantalones marca *Levis* y, de esta forma, no experimentar sentimientos de privación: “Sí, claro [robar era un trabajo] porque era un momento de necesidad, de buscar la manera de conseguir plata pa’ no andar rogándole a nadie un plato de comida o de andar mendigando 200 pesos para un cigarrillo”, me explicaba.

Esta historia también refuta algunas de las premisas de los teóricos urbanos, porque a pesar de que el barrio tiene como común denominador el desempleo y el empleo precario y no ofrece oportunidades laborales o información sobre el trabajo y el mundo laboral, todas las y los jóvenes que entrevisté, incluso Andrés, aseguraron cuán importante es trabajar para salir adelante y poder conseguir lo que deseen (sean o no necesidades básicas). Todos me contaban que sólo a partir de su esfuerzo individual y con trabajo duro, esperaban salir de la pobreza, por lo que tienen interiorizada una ética del *buen* trabajo con la que creen, serán exitosos²⁶: “Yo cuando estoy trabajando, ya no pienso en robar, ahorita me levanto y ya no pienso en ir a robar. Me levanto y pienso ‘vamos es a ir con toda a trabajar’ así me toque sudar. Cuando era ladrón sudaba era sólo malas energías. Ahorita yo sé que puedo salir adelante solo, porque trabajando yo soy un señor organizado, responsable, ¿sí? honrado”, concluía Andrés.

Kessler (2004) encontró algo similar en su trabajo con jóvenes delincuentes en Argentina. Según este autor, los jóvenes tienen fe en el trabajo como forma de movilidad social, pero al vislumbrar un mercado de trabajo que probablemente no les permitiría hacer carreras laborales, decidían acoplar sus trayectorias laborales a los problemas del mercado de trabajo. Así, si había períodos de inestabilidad laboral, estos jóvenes se dedicaban a actividades delictivas (combinándolas con otras legales) y cuando las crisis del empleo no eran tan fuertes, su estrategia era mantenerse en el plano del trabajo legal: “No se trata entonces de una población dedicada al delito a tiempo completo, sino que combina —en un mismo momento o según el periodo— actividades ilegales con otras legales [...] Si la inestabilidad laboral dificulta imaginar alguna movilidad ascendente futura, en el presente lleva a que el trabajo se transforme en un recurso más de obtención de ingresos” (Kessler, 2004: 63-34).

²⁶ Lo mismo encontró Burgois (2010) en su estudio en Harlem, New York. Según este autor, los puertorriqueños que estudió sabían de forma muy consciente que la venta de drogas y el infligirse dolor consumiéndolas no era adecuado. Pero como cualquier otro sector de la sociedad, estaban influenciados por la fuerte ideología estadounidense sobre el mérito personal, por lo que sólo atribuían la culpa a sí mismos de la situación de pobreza y de salud en la que se encontraban.

Pero si bien la violencia, para quien la ejerce, es un activo alternativo al empleo que permite obtener ingresos, ésta también es un obstáculo que cierra la estructura de oportunidades para otras personas, imposibilitando movilizar sus propios activos. La vivencia de lo laboral se ve afectada por el ambiente violento del Oasis, pues como en el caso de la esposa de Arley, llegar tarde del trabajo se convierte en un riesgo.

De esta forma, el activo trabajo no puede usarse porque la violencia barrial genera miedo a salir y a ser atracado o asesinado. Este obstáculo es incluso más grave para las mujeres entrevistadas, que relataban su renuencia a aceptar trabajos porque sus hijas se quedaban solas en casa, al acecho de posibles violadores. Al permanecer en casa, sin embargo, estas mujeres tratan de inventarse nuevas estrategias teniendo a sus vecinas como principales clientas: peinados “afro”, arreglo de uñas y preparación de platos de comida específicos, todo a domicilio, son algunas de las maniobras que logran realizar para no tener que dejar a sus hijos e hijas solas en un barrio que consideran peligroso.

Ahora bien, ante la constante de pandillas en El Oasis y la falta de autoridades legales, otro tipo de controles ilegales han sido aceptados por algunos residentes. La presencia de bandas paramilitares ha sido documentada ampliamente y denominada “limpieza social” por varias investigaciones y medios de comunicación (Arboleda, Petesch, & Blackburn, 2004; Ardila, 2003; Pinzón, 2007). La existencia de carteles públicos con listas de amenazados, la ejecución efectiva de quienes aparecían en dichas listas, los avisos de amenazas, la aparición de personas desconocidas minutos antes de los asesinatos y la incursión de encapuchados en las viviendas de algunos jóvenes para advertirles que mejoren su comportamiento, son algunas de las características de la autoridad de estos grupos de “limpieza social”:

En Cazucá, la eliminación de los indeseables que aparecen en las listas es un crimen particularmente infame. A las víctimas se les mata disparándoles a quemarropa en el rostro. Amenazas tales como “Muerte a viciosos”, “Muerte a auxiliares de la guerrilla” o “Si no se porta bien, se muere”, aparecen en carteles en bares y otros lugares públicos. Cualquier intento de borrar dichos mensajes lo expone al riesgo de ser castigado por los paramilitares (Arboleda, Petesch, & Blackburn, 2004: 33)

Algunas teorías policiales sobre la violencia en la Comuna 4, afirman que los paramilitares manejan las pandillas del sector y de esta forma tienen bajo su control los negocios de sicariato y venta de drogas (El Tiempo, 1996; El Tiempo, 2012; Semana, 2005). Muchos de mis entrevistados manifestaron que los asesinatos de “limpieza social” han ido disminuyendo o que al menos ellos

no saben si han seguido produciéndose. Sin embargo, algunos reconocen la existencia de un grupo denominado “Los Rayas”²⁷ que también ha venido operado de la misma forma en que los grupos de “limpieza social” lo han hecho.

De manera que no sólo la violencia de pandillas, sino también la violencia denominada “limpieza social”, son influencias estructurales que obstaculizan las oportunidades de utilizar activos como el del trabajo. Una mujer me explicaba que el miedo a ser asesinada en una redada paramilitar, la hizo renunciar a un trabajo en un asadero, pues “ahí [en las redadas paramilitares] hubo muchas personas que, como quien dice, no le debían nada a nadie y ¡pum! quedaban [caían muertos]. Ese era el miedo, que yo esperando el carrito, imagínese. Igual era así tarde. Entonces, yo por eso [renuncié]”. Tener negocios en el barrio, llegar tarde del trabajo y coger el transporte público en las madrugadas, significa para muchas personas llegar a ser atracadas, salir heridas o morir asesinadas.

2.1.2 La discoteca “afro” del Oasis: la violencia racial física y simbólico-cultural

La historia de Arley y su esposa al verse obligados a dejar el barrio, es sólo uno de varios eventos desafortunados que han venido sucediendo en El Oasis²⁸ y que evidencian el ambiente de violencia que se vive en el barrio. Como ya expliqué, el miedo a ser atracado es un miedo común a todas las personas de este barrio. Lo que sorprende es que algunos eventos violentos son específicamente raciales y, por lo tanto, las personas “negras” temen doblemente no sólo una violencia cotidiana -hurtos, violaciones, peleas entre pandillas-, sino también una violencia racial:

Natalia: ¿y por qué quitaron la discoteca?

Viasney: la quitaron porque [había] muchos problemas, mataban mucho ahí.

N: ¿Quién mataba a quién?

V: ¡Ja! Es que aquí hay una guerra de los negros con unos rolos por allá. Entonces el rolo pues que venía ahí, con mucho visaje [llamando la atención], cogían los negros y tomen. Y el negro que visajeaba por allá, tome. ¿Ya?, entonces por medio de esa discoteca, o sea, murieron muchos inocentes, porque a veces llegaban rolos que no eran de allá y como ya los otros estaban alerta que fueran a hacer algo ahí, entonces llevaban los que no tenían nada que ver ahí [...] es que ellos lo hacían era por todos, ya? Porque aquí amenazaron [los rolos] que iban a tirar una bomba. Entonces si tiraban una bomba nos íbamos a morir todos y si ellos veían a un blanco dando visaje, ¡pun! De una vez, defendían el barrio.

²⁷ En septiembre de 2008, el periódico colombiano El Espectador informaba de la existencia de “Los Rayas” y “Los Tiras” en la localidad de Ciudad Bolívar (El Espectador, 2008).

²⁸ No solamente en El Oasis, en otros barrios de Soacha como Altos de la Florida (Comuna 6), varias familias “afrocolombianas” han denunciado amenazas en su contra (El Nuevo Siglo, 2012).

N: ¿Y morían todos? ¿Negros, rolos?

V: ¡Claro! ¿Usted sabe quién era el moreno?

N: No, pero me dijeron que trabajaba como en una peluquería.

V: En una peluquería. Él vivía como a dos cuadras de aquí pa' abajo. Y los de allá, los blancos, en su propia casa, le dieron una... parece que fueron como doce tiros, eso lo dejaron como un colador. Y se pasó un blanco por allá en la discoteca y lo cogieron ahí también y tome.

El negocio de la discoteca es del esposo de la señora María, la dueña del restaurante del Oasis. Ha tenido que cerrarlo varias veces, por el peligro que representa para sus asistentes bailar en un lugar que puede ser objeto del ataque con que los “rolos” han amenazado. También en uno de los garitos presencié cuan preocupada estaba la dueña, quien discutía con un muchacho “afro” si era adecuado permanecer allí con la reja cerrada, para que “los desgraciados rolos” no supieran que estaban en el lugar o si era mejor dejar la reja semi-abierta para estar pendientes de cualquier acto sospechoso y reaccionar a tiempo ante un posible ataque. Al preguntar la razón de estos ataques, mis entrevistados(as) “afro” y “rolos” afirmaban que hay gente del barrio que es racista y poco tolerante y, por tal motivo, quiere sacar a la gente “negra” del barrio a la fuerza. Estos eventos muestran que el activo del garito o la discoteca como negocios independientes, por lo tanto, son de uso limitado por el miedo que infunde la violencia racial.

La discoteca también tuvo que ser cerrada porque en otra ocasión los vecinos “blancos” llamaron a la policía, quejándose por el ruido que producía la música con la que bailaban en altas horas de la noche. Antes de que se fuera del barrio, Arley y algunos amigos me contaron que cuando la policía llegó al lugar, quiso sacarlos de forma violenta de la discoteca, aun cuando eran sólo las 11 de la noche de un viernes. Este evento fue interpretado como racismo por parte de estos jóvenes, quienes además argüían que los “rolos”, al no saber bailar por falta de “sabrosura negra”, querían cerrar la discoteca porque son unos aburridos que no gozan de la danza tanto como ellos.

El papá de Daniela, la joven “blanca” que trabaja como vendedora de ropa en un local comercial, también refirió el episodio anterior y afirmó que si bien no tiene nada en contra de la gente “afro”, no era la única vez que sucedía. Este señor me aseguró que por eso no le daría trabajo en su negocio de víveres a los “niches”, porque según él, siempre andaban borrachos, gritando y bailando por las calles y está cansado de la discoteca, del tipo de música que escuchaban a todo volumen y de las recochas. Así como él, otras personas “blancas” afirman que

esa es la “cultura de la gente negra”, una cultura que según ellos consiste en gastarse la plata que trabajan bailando y bebiendo: “por eso es que esa es la cuadra de los niches, juntos pero no revueltos”, decía el papá de Daniela.

Algunos estudios urbanos sobre cultura y pobreza, en particular, el enfoque denominado “cultura como límites simbólicos”, “examina relaciones entre individuos o grupos, no mediante sus [aparentes] características intrínsecas, sino por el análisis de los límites que trazan entre unos y otros” [Traducción propia] (Small & Lamont, 2008: 38). Este enfoque me permite ver cómo los límites entre jóvenes “negros(as)” y “blancos(as)” tienen consecuencias laborales, cuando la violencia utilizada ya no es física, sino simbólica, pero implica de igual forma un obstáculo para desarrollar activos que generan ingresos, como el de la discoteca o el garito.

Ambos, jóvenes “negros” y “blancos”, usan una serie de descripciones en torno a un “ellos” muy diferente de sí mismos. Es decir, a partir de las opiniones que tienen sobre los comportamientos de un “otro negro” o un “otro blanco”, delimitan sus propios estilos de vida, justificando sus formas de actuar con base en un juicio negativo y racial de lo que los “otros” no son. Este tipo de límites simbólicos genera desigualdades laborales, pues son las y los jóvenes “negros” quienes son vistos como problemáticos y a quienes se les piensa irresponsables, mientras que la gente “blanca” es juzgada por la “negra” como racista y aburrida, pero ello no tiene mayor incidencia a la hora de conseguir empleo.

El ser juzgados como pertenecientes a una supuesta “cultura negra” que trabaja para malgastar el dinero bailando y tomando trago, trae consecuencias laborales. A través de intentos prohibitivos por silenciar estas expresiones de diversión -por parte de los vecinos “blancos” en complicidad con la policía-, usar la discoteca como estrategia laboral no ha sido un activo constante por la violencia simbólica de la que la gente “negra” está siendo objeto. De igual forma, esos límites simbólicos generan que personas como el papá de Daniela no piensen en ofrecer oportunidades laborales a personas “afro”.

En términos de Segato (2006), podríamos decir que los eventos anteriores se relacionan con un “racismo de costumbre”:

Irreflexivo, naturalizado, culturalmente establecido y que no llega a ser reconocido o explicitado como atribución explícita de valor diferenciado a personas de grupos raciales y étnicos [...] Este racismo considerado ingenuo y, sin embargo, letal para los no-blancos, es el racismo diario y difuso del ciudadano común, del “buen ciudadano” [...] [es una] costumbre cruel, de fondo violento, y está basada en el ejercicio sistemático y enmascarado de violencia psicológica, cuando inferioriza al no-blanco por medio del tratamiento

diferenciado -que puede consistir, simplemente, en ignorar su presencia-, o el maltrato verbal o gestual, y de la violencia moral, cuando se lanza sobre esa persona una sospecha a respecto de su moralidad, honradez incapacidad [...] (Segato, 2006: 5-6).

Es así que la violencia simbólica-cultural por parte de personas “blancas”, se corresponde con una estructura de oportunidades en donde la sociedad “blanca”, al ser histórica y racialmente privilegiada, reproduce valores y prácticas racistas, generando un racismo discriminatorio. De manera que tanto la violencia barrial y racial física, como la violencia simbólica-cultural, ubican a las y los jóvenes “afro” en una atmósfera de desigualdad laboral, que sólo les permite aprovechar algunos activos de manera limitada.

2.1.3 Constanza, los obstáculos geográficos y el estigma barrial

Constanza es una mujer “blanca”, tiene 26 años, nació y vivió desde niña en Monte Blanco, localidad de Usme, hasta que sus padres se mudaron a San Rafael, en Ciudadela Sucre²⁹, porque a su papá le salió un mejor trabajo. Su mamá y su papá llegaron a tercero y quinto de primaria, respectivamente. Constanza alcanzó a terminar décimo de bachillerato, pero no pudo continuar porque quedó embarazada. Su novio la abandonó, pero pronto conoció al que hoy es su pareja y padre de otros dos niños. Su compañero actual había heredado un lote en El Oasis y, gracias a la Fundación Catalina Muñoz, lograron construir una casa prefabricada, por lo que desde hace dos años se pasaron a vivir a dicho lugar.

Esta mujer ha trabajado tres veces como empleada de servicio por recomendación de unas amigas. Trabajó un tiempo en unas cabinas telefónicas en Rincón del Lago³⁰, hasta que renunció al ser víctima de acoso sexual por parte de su jefe. Uno de los activos que Constanza utiliza cuando ella y su pareja están desempleados es cambiar la dieta alimenticia. De esta forma, dejan de comer alimentos que implican mayor gasto en dinero como carne o pollo y los remplazan con huevos o menudencias del pollo (vísceras). Cuando consigue una oportunidad de empleo, esta mujer evalúa cuán lejos se ubica de su lugar de residencia. De hecho, tuvo que negarse a un trabajo como vigilante, porque se ubicaba muy lejos de su hogar y el desplazamiento ida y vuelta en diferentes buses le estaba copando la mayor parte de su salario: “Me tenía que ir hasta la Castellana en una

²⁹ Ciudadela Sucre es el nombre de un grupo de barrios que se ubica en la montaña justo en frente de Altos de Cazucá, donde se encuentra El Oasis.

³⁰ Rincón del Lago queda a aproximadamente cinco cuadras hacia abajo del Oasis y hace parte de Ciudadela Sucre.

cafetería. Era con todo, con prestaciones, pero aquí el problema es que el transporte es muy difícil y [el trabajo era] de domingo a domingo”. Actualmente gana algún ingreso haciendo *manicure* o *pedicure* a sus vecinas gracias a un curso de estilista que tomó en Soacha.

Así como otros habitantes del Oasis, Constanza ha sufrido a diario del mal sistema de transporte de la Comuna 4 y de las constantes llamadas de atención por parte de sus jefes por llegar tarde. De hecho, sostiene que el barrio influencia negativamente mantener trabajos:

Por el transporte, aquí el transporte es tremendo. A mí me ha afectado mucho porque yo creo que por esa distancia es que también a veces no lo llaman a uno [cuando pasa hojas de vida]. Por lo menos yo veo ese barro: uno va bien elegante y ¡no! eso es horrible, por la mañana le toca a uno irse colgado en esos carritos chiquiticos pal trabajo y uno llega tarde y mal presentado, toda embarrada.

Igualmente, una mujer “negra” me contaba que el empleo en “casa de familia” que más cerca ha tenido ha sido en Normandía (localidad de Engativá), un barrio que queda a por lo menos una hora desde su casa en un día sin trancón. Sin importar cuánto madrugara a sus lugares de empleo, a veces las rutas de transporte que coge en el barrio no se detienen a recogerla (al pasar con poca frecuencia siempre están llenas) y cuando al fin puede tomarlas, debe aguantar en las mañanas hasta una hora de trancón para salir de la Autopista Sur y una hora más de trancón por la Boyacá. Llegar temprano al trabajo, entonces, no depende de ella.

Efectivamente, si una persona en El Oasis tiene un trabajo fuera de este barrio, debe enfrentarse a varios dilemas. Primero, las rutas de transporte que el barrio tiene son sólo dos, una cuyo recorrido llega hasta Soacha (CootransSucre) y otra que va hasta el Centro de Bogotá (Transandina). A veces la gente debe esperar entre 10 y 15 minutos a que pase un bus y correr con la suerte de que se detenga si no va muy lleno. Segundo, la falta de rutas hace que la gente deba hacer dos y tres trasbordos para llegar a su lugar de trabajo y, por consiguiente, invertir una importante suma de dinero.

De acuerdo a Wacquant (2001), los obstáculos geográficos al vivir en un lugar físicamente deficiente y separado de escuelas, organismos sociales, servicios municipales, establecimientos financieros y comerciales y, especialmente, separado de los principales centros de mercado laboral, pueden generar un efecto de desmoralización. En El Oasis la sensación producida por problemas geográficos como el del transporte, es de cansancio y desespero, lo que ha generado que a pesar de la necesidad de conseguir empleo, las personas piensen dos veces el aceptar trabajos muy lejos del barrio.

Tal es el problema del transporte en la zona, que desde hace algunos años ronda el proyecto de la posible construcción de un cable aéreo en Altos de Cazucá, denominado *Cazucable*. Como afirman Álvarez y Bocarejo (2012), resulta paradójico que la gente del sector dé tanta importancia a la posibilidad de construir un cable aéreo, por la situación de pobreza y violencia que se vive en el barrio. Sin embargo, tal valoración se entiende porque “Gente de edades diferentes, hombres y mujeres, creen que el Cazucable fomentará un amplio mejoramiento urbano [...] Los habitantes de Cazucá creen que tendrán más oportunidad de encontrar un trabajo, tener mejores colegios en el área y, generalmente, dejar de ser estigmatizados como las personas más pobres y violentas de la Bogotá marginal” [Traducción propia] (p. 21). La sensación de inmovilidad física, entonces, sería solucionada por la eventual construcción del *Cazucable*, lo que a su vez generaría beneficios como la consecución de empleos o la estabilidad en los mismos.

Otro de los obstáculos geográficos que impone el barrio, fue relatado por los dos muchachos “blancos” que tienen su negocio independiente ubicado sobre una de las vías principales del Oasis. Si bien tener un negocio independiente dentro del barrio, facilita que tales jóvenes no tengan que gastar dinero en transporte público ni en restaurantes a la hora del almuerzo, el estado de las vías del barrio es fuente de constante molestia: al no estar pavimentadas, la llegada de proveedores se dificulta; si hace mucho sol, las vitrinas, pisos y productos se llenan de polvo; y si llueve, es necesario lidiar con el lodazal que los clientes dejan cuando ingresan y salen de su local.

Pero si mantener un empleo o un negocio independiente es un problema por los obstáculos geográficos, conseguirlo es aún más problemático por el estigma que recae sobre el barrio y sus habitantes. Todos mis entrevistados coincidieron en afirmar que una de las razones por las que creen que no consiguen trabajo, es por su lugar de residencia. Constanza, por ejemplo, cree que parte del problema de desempleo en El Oasis se debe a tal estigmatización: “Acá lo ven como un barrio feo, un barrio que tiene mucho problema, por lo menos este barrio lo tienen catalogado que hay paramilitares, que hay guerrilla, que todos somos ladrones”.

Ante esta situación, algunos optan por escribir en las hojas de vida que viven en Soacha y no en El Oasis o en Altos de Cazucá. Con esta estrategia, creen, los empleadores no tienen cómo darse cuenta de que viven en un barrio que, según afirman, es considerado por muchos como peligroso y violento. A pesar de esta estrategia, siguen siendo los jóvenes “blancos(as)” quienes

obtienen los empleos por medio de hojas de vida. Mis entrevistados “negros(as)”, aunque también cambian el nombre del barrio, insisto, nunca han sido llamados.

También hay gente “blanca” y “negra” que no cambia el nombre del Oasis por Soacha o San Mateo en las hojas de vida y el resultado se repite: algunos de los jóvenes “blancos(as)” son llamados, sucediendo lo contrario con las y los jóvenes “negros”. Podría decirse, por lo tanto, que son las personas “negras” las que enfrentan un doble estigma: uno por ser “negras” y otro por vivir en un barrio pensado como peligroso. Lo mismo encontró Wacquant (2001) al comparar los estigmas de habitantes de barrios pobres franceses con habitantes del gueto estadounidense:

La banlieue francesa no es más que una entidad territorial [cuyos habitantes] les basta con ocultar su domicilio para ‘pasar’ a la sociedad más general. Ningún marcador físico o cultural de fácil percepción los señala como miembros del cinturón rojo francés y el uso de sencillas ‘técnicas de impresión’ les posibilita quitarse el estigma aunque sólo sea temporariamente. [En cambio] los negros de los guetos de Estados Unidos padecen una estigmatización conjugada: acumulan el capital simbólico negativo asociado al color y a su confinamiento en un territorio específico, reservado e inferior por ser el depósito de los elementos de la clase más baja de la sociedad (Wacquant, 2001: 141-142).

En síntesis, los problemas del transporte, el estado de las vías y el estigma barrial y racial en El Oasis, son obstáculos geográficos que afectan la vida laboral de sus habitantes “negros” y “blancos”. El activo trabajo se ve amenazado por la lejanía geográfica del barrio y un transporte deficiente que implica mucho tiempo y mucho dinero hasta los lugares de empleo. Los negocios independientes como unidades productivas en tanto activos son limitados, no sólo porque la gente del barrio no tiene mucho dinero para comprar, sino también porque el polvo, el barro y las inundaciones pueden llegar a dañar los productos comercializados e incluso, como ha sucedido, la inestabilidad de la tierra generaría deslizamientos que acabarían por completo con estos negocios. El estigma barrial es un problema generalizado para “blancos(as)” y “negros(as)”, pero al mezclarse con un estigma racial, resulta en mayores desventajas para personas “negras” ante una marca racial que no pueden disimular a la hora de conseguir trabajo.

2.2 “Entre negros nos ayudamos”: ¿el capital social como activo barrial?

2.2.1 Redes sociales y apoyo institucional

Paola es una de las hijas mellizas de Totó, tiene 28 años y vivió 16 años en Quibdó Chocó, con sus tías, tíos, abuela y mamá. El primer lugar al que llegó Paola luego de que salió de Quibdó,

fue al 20 de Julio³¹, en donde vivía su mamá, quien había salido desplazada por la violencia entre paramilitares y guerrilla del Chocó y con quien logró reunirse luego de que pudiera establecerse en la ciudad. Luego de dos años, Paola, su mamá y otros hermanos salieron del 20 de Julio y viven en El Oasis. Totó le consiguió una casa cerca a ella y Paola vive ahí desde hace 8 años, con sus dos niñas y separada, porque su ex pareja las abandonó.

Paola, a diferencia de su mamá, terminó el bachillerato. Además, estudió un técnico en informática en la Corporación Universitaria Minutos de Dios³² gracias a una beca de la Fundación para la Educación y el Desarrollo, FEDES, que obtuvo porque un líder de la Asociación de Afrocolombianos Desplazados, AFRODES, que se ubica en el barrio, le dijo que se postulara. Desde que llegó a Bogotá ha trabajado siete veces en siete casas diferentes en el servicio doméstico, los dos últimos trabajos fueron en una obra de construcción, en donde se encargaba de hacer el aseo y no ha podido trabajar como técnica en informática porque nunca la han llamado por las hojas de vida que ha pasado.

Actualmente es auxiliar de enfermería, pues estudió un curso que pagó con el sueldo que ganaba como empleada de servicio y trabaja como enfermera en un geriátrico. Eran las 10:30am y Paola acababa de llegar de su trabajo en el geriátrico, de un turno de 7pm a 7am, en el que no le reconocen ni salud, ni pensión y por el que le pagan 40 mil pesos al día. Durante los tiempos de sus turnos, deja a sus hijas con su mamá, sus hermanas o la señora María, dueña del restaurante de almuerzos, pues también viven en el barrio: “es que entre negros nos apoyamos”, concluye.

La mayoría de entrevistados “afro”, a diferencia de los “blancos”, hicieron referencia a cuán unidos son entre “negros”. Cuando uno llega por primera vez al barrio advierte de inmediato la camaradería entre sus habitantes “negros” y “negras”: todos se conocen, todos se saludan, entre todos se hacen bromas, todos saben de quién se habla cuando alguien cuenta un chisme de otra persona y la señora María, la dueña del restaurante, cocina y regala empanadas a la gente que juega en el garito. Estas acciones, sumadas a oraciones como “aquí nos ayudamos mucho” o “entre negros nos apoyamos”, dan cuenta de cierto nivel de solidaridad barrial entre gente “negra”.

Todos mis entrevistados(as) “blancos(as)” y “negros(as)”, en mayor o menor medida, han conseguido trabajo por redes sociales, a través de amigos, familiares o, en el caso de la gente “afro”, por instituciones como AFRODES. Pero lo que puede decirse a partir del enfoque

³¹ Un barrio popular bogotano de bajos ingresos

³² Corporación universitaria de bajo costo con sede en Soacha

interseccional, es que el capital social visto a través de redes e instituciones, resulta más efectivo para las y los jóvenes “negros” como método de consecución y mantenimiento del empleo, incluso al manejar la misma información laboral. El grupo de jóvenes “blancos”, en cambio, tiene la opción de no acudir a sus redes sociales, porque la efectividad relativa de hojas de vida al conseguir trabajos, suple en algún grado este uso.

No hay consenso respecto a la definición de capital social. Según Portes (2004), Pierre Bourdieu y James Coleman desarrollaron el concepto de capital social basados en los individuos o grupos pequeños como unidades de análisis: “con algunas variaciones importantes, los dos sociólogos se concentraron en los beneficios que recibían los individuos o las familias en virtud de sus lazos con otros” (p. 151). Según este autor, Bourdieu trató el concepto en un sentido instrumental, afirmando que las personas construyen intencionalmente sus relaciones al evaluar los beneficios que tales relaciones pueden traerles. Por su parte, Coleman definió el capital social como una variedad de entes que facilitan la acción de los actores –sean estas personas o actores corporativos- dentro de una estructura social y le otorgó un uso en tanto fuente de control social, considerando que los lazos sociales garantizan el cumplimiento de normas (Portes, 1998; 2004).

También son importantes los dos tipos de capital social que Portes (2004) explica: el capital individual y el capital colectivo. El capital individual se refiere, entre otras cosas, a los recursos otorgados a otros sin obligación moral (los regalos de padres a hijos, por ejemplo) o a los recursos entregados por lealtades particulares a un grupo étnico o territorial. El segundo tipo de capital social, el colectivo, ha generado varias confusiones³³, pero en general se le define como el “comportamiento cívico” o, en otras palabras, como el número de asociaciones cívicas con que cuenta una comunidad (Portes, 2004).

La definición de capital social más aceptada en la actualidad se basa en la habilidad de los actores para asegurar beneficios gracias a la pertenencia a redes o estructuras sociales (Portes, 2004). Aunque no hay una definición unívoca, Kaztman y Filgueira (1999) describen tres supuestos compartidos del capital social: “a) el más general y obvio, es que los sistemas de

³³ Desde la sociología, Bourdieu y Coleman definían el capital social como lazos comunitarios que generaban beneficios para los individuos, es decir, el capital social fue relacionado con las redes de una persona. Sin embargo, el politólogo Robert Putman flexibilizó el concepto, convirtiendo el capital social en un capital social colectivo, es decir, en un atributo de la comunidad misma, de manera que los beneficios eran recibidos por la comunidad, más que por los individuos. Este error lógico y la falta de teorización, asegura Portes (2004), llevaron a que automáticamente se pasara del capital social como recurso individual, al capital social como recurso comunitario. Esto llevó a que incluso se hablara de que la buena gobernabilidad de un país, era resultado de un capital social efectivo, pasando del capital social individual, a uno comunitario y rápidamente, a uno nacional.

relaciones sociales modelan la capacidad de desempeño de los individuos en la estructura social, b) el segundo, que el concepto de “capital social” se refiere a un tipo particular de relaciones que operan a través de interacciones y redes sociales informales asentadas en mecanismos ajenos al mercado, y c) que tales redes tienen como consecuencia facilitar el desempeño tanto de los individuos, como de los hogares y los grupos sociales, proveyéndolos de recursos cuya ausencia haría más dificultoso su desempeño” (p. 176).

Teniendo en cuenta los tipos de capital social, así como los supuestos descritos, dos definiciones resultan útiles para analizar lo hallado en El Oasis: la del capital social individual y la de capital social colectivo. En El Oasis, el capital social individual entendido como redes sociales puede ser visto a través de los favores realizados por amigos o familiares, como cuidar los hijos para que las mujeres puedan trabajar, hacer recomendaciones laborales o servir de apoyo en momentos de desempleo. Mientras que AFRODES haría parte del capital social colectivo, una institución que informa sobre capacitaciones educativas y sirve de sostén organizativo a los “afrocolombianos”.

Varios autores sostienen que la efectividad del capital social depende de dos variables: la fortaleza de los vínculos de la red y el grado de heterogeneidad de la misma (Granovetter, 1973; Kaztman & Filgueira, 1999). En cuanto a la primera variable, las redes sociales implican lazos fuertes (como las redes generadas entre familia o amigos muy cercanos) o débiles (como los ex colegas de universidad o las comunidades profesionales, redes donde no hay mucha cercanía). Hay mayor probabilidad de que las personas encuentren trabajo abriendo sus contactos a través de vínculos débiles con otros individuos que con personas con quienes tienen vínculos fuertes. “Esto es así porque cuanto más estrechos son los vínculos, es más probable que no brinden acceso a información y contactos adicionales a los que ya posee el individuo -información redundante- en contraste con las redes abiertas de conocidos que sirven de puente hacia nuevos contactos” (Kaztman & Filgueira, 1999: 180). La segunda variable importante de las redes sociales es la heterogeneidad, entendida como el grado de igualdad de sus miembros. La heterogeneidad se torna relevante porque está positivamente correlacionada con la diversidad de recursos que fluyen dentro de la red.

Al leer las redes sociales del Oasis bajo el lente teórico de la primera variable de capital social, encontré que los vínculos la mayor parte del tiempo son muy fuertes y en contadas ocasiones, débiles. Tanto para gente “blanca” y “negra” las relaciones son fuertes, cuando entre

familiares y amigos se recomiendan para los trabajos usuales de construcción o servicio doméstico, pues la cercanía y confianza los lleva a informar sobre los únicos trabajos que conocen la mayoría de personas. Igualmente, pero esta vez haciendo un filtro por “raza”, la relación con AFRODES es fuerte, lo que implica que esa fortaleza y cercanía, sobrecarga tal institución con una gran cantidad de personas “afro” que buscan sacar provecho de los posibles beneficios ofrecidos, como oportunidades laborales y educativas.

Aunque esporádicamente, las redes pueden llegar a ser débiles y, por lo tanto, más efectivas. En especial, los jóvenes “negro(as)” reconocen la labor de la líder “afro” y edil de la comuna, Totó, pues según ellos, es quien más se preocupa y busca contactos para conseguir trabajos a los habitantes del Oasis, fuera de los tradicionales del servicio doméstico o la construcción. Recordemos, por ejemplo, que el trabajo como extra de actuación bailando champeta que varias mujeres han conseguido, se debe a que Totó tiene vínculos débiles con productoras de televisión (como Caracol o RCN) que a veces le piden traer personas “morenitas” para actuar³⁴. Es así que los vínculos débiles fortalecen el acceso a contactos fuera del barrio y proporciona información laboral un poco más variada.

En cuanto a la segunda variable del capital social, la heterogeneidad de las redes, es importante traer a colación el trabajo de Small (2004), quien estudia las redes sociales a partir de tres características: el número de amigos y conocidos de clase media que una persona pobre tiene, la confianza que los habitantes depositaban hacia otros en el barrio y la cantidad de tiempo que gastaban en actividades voluntarias. La segunda característica que usó Small, la del número de amigos y conocidos de clase media, le sirvió a este autor para entender el grado de heterogeneidad de las redes sociales en su barrio de estudio.

Buscando entender con el mismo método la heterogeneidad de las redes sociales en El Oasis, pregunté a todos mis entrevistados si se movían a otros barrios fuera del Oasis y la respuesta fue siempre afirmativa. Al indagar por los motivos de este movimiento, dos caminos aparecían: uno, la gente sale del barrio porque debe dirigirse a sus lugares de empleo; y dos, la gente sale del barrio porque quiere visitar amigos y familiares. Tres preguntas surgieron: ¿Con quién se están relacionando los habitantes del Oasis en sus trabajos?, ¿Qué tan heterogéneos son

³⁴ Totó afirmó que estos contactos los realizó gracias a su empuje, pues ella misma algún día tocó puertas en estas programadoras de televisión.

sus lugares de empleo? y ¿Son los amigos y familiares que mis entrevistados visitan diferentes a ellos mismos en términos socio-económicos?

Lo que encontré es que no hay mezcla social entre diferentes clases sociales que pudiera ampliar la información sobre empleos, ni heterogeneidad educativa al interior de las familias. Los contactos a los que la gente del Oasis accede, son todos muy similares. En los lugares de empleo, por ejemplo, no hay mayor complejidad jerárquica, es decir, las personas que trabajan lo hacen con gente muy similar a ellas (pensemos en los trabajos de construcción o en los restaurantes). De otro lado, los barrios a los que se mueven son barrios con características más o menos iguales a las del Oasis (La Isla en la Comuna 4, Tres Esquinas y Caracolí en Ciudad Bolívar) y sus amigos o familiares también se encuentran en situación de vulnerabilidad. En suma, al ser contactos cercanos (bien en el barrio o en sus lugares de trabajo), acceden a la misma información laboral que mis entrevistados.

Así mismo, el clima educativo del hogar, que usualmente predice la transmisión intergeneracional de logros ocupacionales y de bienestar, también es muy homogéneo. Lo que se observa con algunos de los jóvenes con que trabajé, “negros(as)” y “blancos(as)”, es que han heredado relativamente las mismas credenciales educativas de sus padres. En la mayoría de casos, las madres suelen ser amas de casa y los papás trabajadores del campo o de oficios de baja cualificación. Generalmente, ninguno de estos padres y madres acabó el bachillerato y, de igual forma, ninguno de sus hijos(as) terminó el colegio. No intento decir que los logros educativos y ocupacionales de los padres se transmiten de forma automática y siempre segura hacia sus hijos, pues “[...] los actores negocian, transan e intercambian bienes de diferente naturaleza (Kaztman & Filgueira, 1999: 183), pero las evidencias muestran que los logros educativos de los padres, aunque no siempre, suelen ser heredados por sus hijos.

Al pensar en el capital colectivo, El Oasis parece desafiar algunas ideas que atribuyen “falta de organización social” en términos de instituciones y de organizaciones cívicas, como causa principal de la pobreza. Si bien es cierto que no hay centros de salud cercanos, estaciones de policía o colegios que brinden educación de calidad que pueda repercutir en mejores empleos o en una vida laboral sin violencias, hay otras formas de participación comunitaria que están generando algunas oportunidades de empleo: en un nivel institucional, estas formas de participación se producen gracias a AFRODES; mientras que a nivel barrial, por medio de lazos de paisanaje y amistad. AFRODES fue referida por varias personas “negras” como una institución que los ha

ayudado en el proceso de conseguir empleos y oportunidades de formación laboral: recordemos el caso de Paola, quien gracias a uno de los integrantes de AFRODES logró una beca con FEDES para estudiar un técnico.

De otro lado, los lazos de paisanaje y amistad también muestran cómo algunas funciones que usualmente son suplidas por jardines infantiles privados o por el Estado, son realizadas por algunas mujeres del Oasis. La señora María, la dueña del restaurante de almuerzos, a menudo cuida los hijos e hijas de madres que tienen que ir a trabajar e incluso los alimenta cuando en sus casas no hay nada de comer. Sin hablar de Totó, que en calidad de líder de los “afro” siempre está buscando mejoras para el barrio cada vez que logra que la escuchen en la Alcaldía de Soacha; o del “Topo”, la persona que dirige uno de los grupos de danza del Oasis y quien ha generado algunos ingresos económicos para los jóvenes que bailan con él en eventuales presentaciones.

En suma, lo que afirmo es que la presencia de una red social mucho más establecida se observa sólo entre los “afrocolombianos”, cuya fortaleza de los vínculos es fuerte, pero en contadas ocasiones también es débil –favoreciendo el acceso a empleos no tradicionales. En cambio, la heterogeneidad de las redes es baja tanto para personas “blancas” como “negras” y ello se debe a varias razones: los integrantes de esta red comparten características socio-económicas similares (como niveles educativos y ocupaciones), es decir, el lugar de residencia es homogéneo; el clima educativo de los hogares es similar entre generaciones (un recurso que no parece estar activado para abrir la red a empleos diferentes a los usuales) y los trabajos conseguidos son muy homogéneos (no permiten lograr antigüedad, ni son complejos jerárquicamente). Por lo tanto, los trabajos a los que personas “afro” están accediendo son casi siempre los mismos de sus familiares y amigos, pues la información laboral obtenida redundante en trabajos de construcción, servicio doméstico y restaurantes. No sucede lo mismo con los “blancos”, que logran conseguir empleos por medio de hojas de vida, aprovechando esporádicamente la ayuda de sus familiares o amigos.

2.2.2 Efectividad de las redes sociales en relación al desplazamiento

Cuando conocí a Claudia, una mujer “negra” de 27 años, llevaba 13 días de haber llegado desplazada a Bogotá. Estaba en la casa de Totó quien le brindó almuerzo y la había invitado a ver televisión. Claudia vivía con su mamá en Cali porque fueron desplazadas de Tumaco, en donde tenían una finca en la que trabajaban en agricultura. Su papá murió cuando ella era pequeña y de Cali salió para Bogotá huyendo de un episodio de violencia, en el que unos delincuentes tiraron

una granada por accidente en el cuarto de la casa donde vivía, en un intento por matar a su hermano. La granada, aún no entiende cómo, no explotó, pero ella decidió venirse con sus cuatro hijos, uno más que viene en camino y con la granada que no explotó como prueba de lo que vivió para inscribirse como desplazada.

Cuando llegó al Terminal de Transportes del Sur, una señora “negra” que vivía en El Oasis se ofreció a ayudarla. Claudia no fue reconocida como desplazada porque según le dijeron, el episodio de Cali había sido cosa de delincuentes: “pero lo que ellos no saben es que todo se basa allá por oficinas y la mayoría de los de oficinas son desmovilizados”, argumentaba con rabia. El día que la conocí no sabía en dónde dormiría esa noche, sus hijos habían pasado las últimas noches en el piso, sin cobijas y con la ropa con la que se vinieron de Cali. Había tenido que pedir dinero en la calle para comprar pañales y los pasajes de los buses.

Mientras vivió en Tumaco Claudia trabajó en el campo, luego en Cali tuvo su primer hijo a los 16 años y trabajaba en casas de familia o lavaba ropa por días a sus vecinas. Desde que llegó a Bogotá ha tratado de conseguir trabajo de mesera en los lugares donde ve letreros de vacantes, pero cuando la ven embarazada, la rechazan. Claudia me cuenta preocupada:

Acá para que me dieran unas cobijitas, tuve que pasar una semana en eucaristías, durmiendo en el piso pelado, mis hijos no tienen sacos, no tienen ropa, ¿me entiendes? Entonces para tocar una puerta aquí es muy difícil, para que se la abran aún más. Y eso me tiene muy triste, porque pensé que Bogotá eran solidarios, que todo el mundo se ponía en el zapato de uno, pero no es así, la gente de Bogotá es muy dura de corazón y eso me tiene triste. A mí se me hace difícil ver a mis hijos que me digan “mamá tengo frío”.

Si las redes sociales la mayoría de veces no son tan efectivas para la población “afro” del Oasis, porque están saturadas con las mismas y pocas oportunidades laborales, menos lo son para las mujeres “negras”, desplazadas y embarazadas como Claudia. De la mano con la teoría interseccional, la categoría del desplazamiento en relación con los activos barriales también resulta pertinente a la hora de entender cómo opera la reproducción de injusticias laborales. Son las mujeres “negras” desplazadas quienes menos pueden aprovechar las redes sociales como recurso, debido a los avatares inesperados del desplazamiento:

El desplazamiento forzado significa generalmente una ruptura traumática en la trayectoria de vida: A lo largo del proceso de desplazamiento —desde la pérdida de vidas, bienes, redes sociales, pertenencias y confianzas (la pérdida del “capital simbólico”), hasta las estrategias de supervivencia y la reconstrucción de proyectos de vida— se configuran vulnerabilidades, riesgos y formas de resiliencia en las cuales el género opera de manera diferenciadora, en interacción con otros factores personales y sociales (Arango et al., 2008: 202).

El caso de Claudia es importante, porque recién llegada a la ciudad, no sólo perdió contactos en su lugar de origen por la forma intempestiva con que tuvo que salir, sino que ahora carece de los contactos que una persona tiene cuando lleva viviendo más tiempo en un lugar. Además, sufre las penurias que constituye el salir abruptamente un día de su hogar, para llegar totalmente perdida, otro día, a una ciudad como Bogotá. Al encontrarse sola y no poder confiar en algún tipo de red social, varias de las estrategias que podía usar antes de ser desplazada, como su apoyo en las redes de su lugar de origen o la agricultura, ahora no están activadas, pues no pueden ser aprovechadas en un contexto nuevo y de carácter urbano como el del Oasis.

Esta imposibilidad de proteger la propia subsistencia y la de los hijos, basada en la inutilidad de algunos de sus activos y en el desconocimiento de la forma en que funcionan las redes sociales en El Oasis —debido a su reciente llegada—, ha generado que Claudia piense en recurrir a una estrategia para hacer frente a su crisis que para mí fue bastante inesperada: “Si la situación sigue así, ay... yo creo que yo me tomo un veneno. Le doy a ellos [sus hijos] y me muero yo también. Eso sí lo he pensado, te lo juro, de lo que hace que llegué acá, eso sí lo he pensado y ganas no me hacen falta, estoy al borde de la locura”.

Esta respuesta se entiende si pensamos en la cantidad de eventos injustos por los que ha pasado Claudia. Esta mujer, al no ser reconocida como desplazada oficialmente, ha tenido que recurrir a la mendicidad para comprar pañales y ha tenido que ver a sus hijos dormir en el piso, aguantar frío y hambre: “[...] se ha mostrado cómo el acervo personal con el que se llega a la ciudad —en términos de experiencias previas en los campos laboral, educativo, de movilidad y de participación ciudadana— se convierte en un recurso para enfrentar la ruptura en la trayectoria vital. También se ha visto que la intensidad de la violencia sufrida y la inmediatez de la huida — con particular fuerza en el caso de las viudas de la violencia— restringen la posibilidad de aprovechar esos recursos, o de superar sus limitaciones” (Meertens, 2004; citado por Arango, Meertens, & Viveros, 2008: 203).

Incluso las mujeres “negras” desplazadas que llevan más tiempo en El Oasis, como Francy (la mujer a la que sólo le ofrecieron alimentación y hospedaje por su trabajo como empleada de servicio), tras cinco años de haber llegado a Bogotá no encuentra en las redes sociales el apoyo suficiente para salir adelante. Debido a las secuelas que deja el desplazamiento como la desconfianza y el miedo, no es una tarea sencilla creer en personas solidarias. Francy, por ejemplo,

lleva viviendo en la casa de la señora María, la dueña del restaurante, tres años, porque ni con los trabajos que ha tenido, ni con las ayudas del Estado al desplazamiento, ha podido independizarse.

Para terminar, tal como afirma De la Rocha (2000), las redes de parentesco y de amistad proveen una forma de amortiguamiento esencial para los pobres en tiempos de necesidad y es de las mejores estrategias para sobrellevar la pobreza. Sin embargo, “reconocer la centralidad de las redes sociales y del apoyo mutuo para la supervivencia de los pobres, no debería alejar nuestra atención del hecho de que los aspectos de supervivencia de la ‘comunidad’ son limitados. Las redes y la ayuda mutua no son recursos infinitos” (González de la Rocha & Grinspun, 2000: 34).

A pesar de que la señora María le brinda ayuda a Francy y a sus hijos, proporcionándoles alimentación y posada, ni Francy se siente en confianza, ni la señora María da más abasto. Francy acude a otra serie de estrategias tales como el rebusque (vendiendo pescado en Soacha) y la reducción de sus dietas alimenticias, pues me confesó con preocupación que ella y su hija se acuestan sin comer, porque pedirle dinero a María para comer es una carga que no quieren generar por el miedo a ser desalojadas³⁵.

A su vez, la señora María cuida a los hijos de muchas mujeres que trabajan en El Oasis, ofrece comida de su restaurante a quien ella considere que no tiene cómo alimentarse y hospeda a gente que, como en su caso, también ha sido desplazada. Todas estas responsabilidades, según narra Francy, han generado que María empiece a no ayudar a alguna gente. Las redes sociales, entonces, comienzan a perderse cuando la propia supervivencia se ve amenazada. Ante este panorama, las redes sociales como activo tampoco parecen ser suficientes para lidiar con un contexto estructuralmente desigual y están funcionando más como una estrategia no eficaz.

Recapitulación

Las estrategias laborales como los negocios independientes (misceláneas, mercaditos de víveres, discotecas, garitos o restaurantes) y el activo del trabajo (salir a trabajar), están siendo afectadas por obstáculos geográficos como el problema del transporte y el estado de las vías, que dificulta movilizarse hacia los lugares de empleo y mantener el buen estado de los negocios. Sin embargo, la característica del barrio que con más intensidad está minando el aprovechamiento de activos, son las distintas formas de violencia que se presentan en El Oasis. El miedo impuesto por

³⁵ El miedo, por demás, radica en que vivir en una casa con numerosos habitantes, le permite a Francy aportar un porcentaje mínimo en arriendo. Al ser desalojada, no tendría el dinero suficiente para pagar un arriendo completo ella sola.

pandillas o por grupos de “limpieza social”, afecta la forma en que habitantes del Oasis desarrollan su cotidianidad laboral. Temer ser atracado o asesinado al llegar tarde del trabajo, no tener presencia de autoridad pública o tener la “libertad” para practicar actividades ilegales, son algunas de las formas en que el barrio moldea estas experiencias.

Son las personas “afro” quienes con más dificultad movilizan sus activos, por una violencia barrial física y simbólico-cultural, específicamente racial. Estas dos formas de violencia tienen la misma consecuencia: la restricción de recursos que utilizan los “afro”, teniendo que cerrar o usar con precaución activos como las discotecas o los garitos. No obstante, el mecanismo violento usado para imponer tal restricción es diferente: mientras con el primer tipo de violencia se impone la amenaza de muerte por pertenecer a un grupo racial no deseado, con el segundo tipo de violencia, la simbólica, se imponen los prejuicios de algunas personas que pertenecen a una sociedad “blanca” que juzga negativo el comportamiento y las expresiones culturales “afro”.

Respecto a las redes sociales, hay que decir que no son una característica de toda comunidad y que tampoco son propias únicamente de personas “negras”. Lo hallado en El Oasis es que las y los jóvenes “negros(as)” son quienes más se apoyan en las redes sociales como forma de consecución y mantenimiento del empleo, pues las personas “blancas” pueden no aprovechar este recurso, gracias a que las hojas de vida que pasan son efectivas.

Dentro del capital social, que aquí se entendió en su sentido individual y colectivo, AFRODES es la institución que proporciona información laboral y educativa para sus integrantes, mientras que los contactos de Totó, el apoyo de María con los niños y la participación en grupos de danza, sirven para obtener ingresos y poder salir a trabajar. No obstante, por el grado de heterogeneidad de las redes (en el trabajo y en el barrio) y los vínculos fuertes, estas redes no son muy abiertas y cada vez están más saturadas manejando la misma información laboral. Ello produce que el acceso al empleo por medio de contactos e instituciones sea una estrategia de utilidad cada vez más limitada.

CONCLUSIONES

Arley no volvió al barrio. Sus amigos me dijeron que se había amañado en el barrio Alfonso López porque allá también hay gente “afro” con la que, se imaginan, recocha y rumbea. Gerardo continúa con su negocio de víveres, preocupado porque no quiere despegar y está dejando pérdida, pero ahora es socio de un compadre suyo en una tienda del barrio. Francy se quedó sin trabajo a los tres días de haberla entrevistado. La echaron porque pedía muchos permisos para arreglar su situación de desplazada. Estaba preocupada porque no estaba comiendo bien por la falta de dinero y aun así me ofreció arroz una tarde para almorzar. Daniela sigue trabajando en el local de San Mateo y a veces me la encuentro atendiendo el negocio de víveres de su papá cuando tiene día de descanso. No le gusta trabajar cuando descansa y menos que su papá no le reconozca algún dinero.

Andrés me dijo que su historia como ladrón sólo la conocía su mamá y yo. Me la contó porque quiere que otros jóvenes aprendan de los errores que cometió. Las últimas veces que fui me lo encontré y me saludaba, como siempre, mirando angustiada a su alrededor, vigilando, cuidándose de alguien. Constanza quiere hacerle arreglos a su casa prefabricada. Quiere incorporar el baño al interior de su casa, pues como está en la parte exterior, teme que un alud de tierra justo arriba del baño, le caiga encima a ella o a su familia. Por su parte, Paola está feliz porque ahora hace doble turno en el geriátrico y ello le significa más dinero. A sus hijas las sigue cuidando su hermana y su mamá o la señora María. Orgullosa de haberse graduado como enfermera, me mostraba las fotos con el diploma.

En cuanto a Claudia, sólo me vi una vez más con ella luego de que la entrevisté. Embarazada y con sus otros hijos se dirigía a San Mateo esperando conseguir dinero de algún modo. También quería preguntar en cafeterías o restaurantes por empleos. Cuando la conocí, Claudia trenzaba el cabello de su hija y Totó peinaba el de Claudia. Intenté hacerla desistir de su “estrategia” del suicidio con argumentos que ni ella ni yo misma creíamos. Mi trabajo de campo acabó y no volví a verla más. Nadie supo nada de ella, a dónde se fue o qué pasó con sus hijos. Su celular prestado entraba en correo de voz cuando intenté llamarla.

Muchos de mis entrevistados(as) “afro” que llegaron a Soacha, dicen que no quieren regresar a sus lugares de origen, por las necesidades económicas que soportaban y la falta de oportunidades. Otros dicen, en cambio, que no quisieran vivir más en el frío del interior del país y

que temen que sus hijos “se les vuelvan rolos” porque cuando viajan al Chocó no aguantan el calor y permanecen quejándose. Y también están los que reconocen que si bien en Bogotá el trabajo lo pagan un poco mejor que en Quibdó o Tumaco, vivir en un espacio urbano les ha significado gastos que antes no tenían en cuenta: servicios más caros y alimentos por los que deben pagar un precio alto, los mimos alimentos que, aseguran, conseguían casi que gratis aquellos que sembraban la tierra. El beneficio de haberse venido en busca de una mejor vida en comparación con la que tenían antes, parecía no ser tan evidente cuando analizaban el antes y el después de su viaje, pero sostienen que ya empezaron a adaptarse a la vida en Soacha y que viajan a sus lugares de origen sólo por navidad y año nuevo, a visitar amigos y a rumbeare en las festividades.

Todos en mayor o menor medida se consideran pobres, no de espíritu, como muchos me aclaraban, pero sí porque quisieran vivir en mejores condiciones. Mientras dos chicas “blancas” quieren irse del barrio porque no soportan la forma de vida de la gente “negra”, hay otros “rolitos” que preferirían quedarse en el barrio, pero sin tantas pandillas. Un chico “afro” me contó que no quiere seguir viviendo al ras de la pobreza, que quisiera poder sacar un fajo de billetes y gastarle cerveza a todo el mundo. Otra joven “negra” lloró cuando se dio cuenta que traté de no exaltarme al ver una rata jugueteando entre los huecos de los ladrillos que forman la pared que divide su cocina de la sala. “Es que esta pobreza es ¡uich!, lo peor”, decía entre lágrimas. “¿Si ve por qué quiero una casa?”, agregó.

Todos mis entrevistados sueñan con tener una casa bonita, un carro, un trabajo estable, con poder ver a sus hijos llegar a la universidad. Unos quieren un barrio en donde ya no tengan que pasar por caños con malos olores, otros quieren irse del barrio pero sólo si sus amigos también se van “para seguir la recocha”, afirmaba un joven “negro”. Las mujeres más jóvenes que aún viven con sus padres, sueñan con esposos e hijos, mientras que los hombres, además de querer formar una familia, también esperan validar el colegio o entrar a la universidad.

Los “afro” quieren trabajar en empresas: algunas mujeres como secretarias, algunos hombres como ejecutivos. Ninguno de ellos quiere seguir órdenes de nuevo, quieren ser sus propios jefes y jefas y esperan no convertirse en los malos jefes que ellos han tenido que aguantar. Un joven “negro” de 20 años sueña con que su música suene en la radio y una mujer “afro” de 28, quiere ganarse el baloto para no tener que recogerle nunca más la ropa interior a sus empleadores(as). Hubo sólo una mujer “negra” de 20 años que se molestó cuando le pregunté

cómo se imaginaba en diez años, dijo que prefería no soñar para no decepcionarse: “¿O qué quieres que te diga? Que me imagino toda una ejecutiva [se ríe], toda una profesional y que me pasen por la televisora. ¡Y obvio!, irme a conocer muchas partes del mundo, a París, a Venezuela”.

¿Cómo esperan lograr todos esos sueños? La respuesta era prácticamente la misma en todos los casos: trabajando duro, con el propio esfuerzo, siendo responsables, no metiéndose en actividades ilegales que los llevaran al cementerio o a la cárcel. Es curioso. A diario uno escucha en la televisión, a los políticos, a compañeros de universidad, a los familiares, entre otros, decir que los pobres son pobres porque quieren ser pobres. Cuentan historias de superación para argumentar su posición y algunas historias famosas como las de Steve Jobs, o incluso cuentan su propia historia para demostrar que con trabajo y dedicación, cualquier persona puede salir adelante. Siempre enarbolando la frase de que “el que quiere puede”, afirman que no entienden que el Estado apoye la aparente pereza de los pobres para trabajar, regalándoles dinero para fomentar que las mujeres tengan hijos o dándoles comida gratis que sólo aprovechan los vagos que no quieren laborar.

Si sobre la gente pobre recaen todos estos prejuicios, sobre la gente “negra” existen otros más de tipo racista. Históricamente se ha construido sobre las personas “negras” un imaginario en el que aparecen como una cultura naturalmente perezosa para el trabajo, que duerme todo el tiempo y que, como vimos con las percepciones de algunas personas “blancas” del Oasis, malgastan el dinero en trago y en fiestas. Es decir, si los pobres son pobres porque quieren ser pobres, de nuevo la interseccionalidad ayuda a descubrir cómo ciertas personas encaran dobles prejuicios: por pobres y por “negras”.

Estos juicios de valor se enmarcan en el debate sobre la “cultura de la pobreza” que Lewis (1966) desató en los sesenta, cuando afirmó que las personas pobres pertenecían a una cultura de la pobreza en la que persistía un “sentimiento de marginalidad, impotencia, dependencia y no pertenencia” (p. 21). Este autor, además, consideró que habían culturas distintivas de cada grupo étnico, de manera que lo que él denominó “la cultura de la pobreza de los negros” en Estados Unidos, sufría de la desventaja adicional de la discriminación racial. Como muestran Small, Harding, y Lamont (2010):

Lewis argumentó que la pobreza sostenida generaba un conjunto de actitudes culturales, creencias, valores y prácticas, y que esta cultura de la pobreza tendería a perpetuarse por sí misma a través del tiempo, incluso si las condiciones estructurales que originalmente dieron lugar a esta cultura, cambiasen [...] [Lewis y otros teóricos que argumentaron puntos similares] fueron repetidamente acusados de ‘culpar a las víctimas’ por sus

problemas porque parecía que las personas podían cesar de ser pobres si cambiaban su cultura” (Traducción propia, p. 7).

A pesar de estas creencias moralizantes que provienen de ciertos sectores de la sociedad, la academia y la política, las personas pobres, “negras” y “blancas” que muchos critican también demuestran los mismos valores hacia el esfuerzo propio y el trabajo duro como vías principales para salir adelante. Estas personas pobres también condenan a otra gente que no quiere trabajar e igual que ciertas personas de clases más privilegiadas, juzgan a aquellas personas que en vez de salir a buscar empleo, prefiere vivir “cómodamente” de las ayudas del Estado. Lo que estas opiniones en conjunto no explican, es porqué hay gente pobre que trabaja cada día de su vida, muy duro, con esfuerzo, recibiendo ayudas del Estado -que por sí solas no dan para sobrevivir- madrugando, tomando trabajos que quedan a dos horas del hogar y, aun así, no logran vivir dignamente con toda una vida de trabajo y esfuerzo individual.

Tampoco las preconcepciones sobre “la cultura de la pobreza de los negros” de Lewis (1969) y otros sectores de la sociedad, explican que las personas “afro” luchan a diario por un ingreso económico, en trabajos como la construcción y el servicio doméstico que claramente no fueron diseñados para personas perezosas y dependientes que viven durmiendo. Ni las afirmaciones de Lewis, ni los juicios de algunas personas “blancas” del Oasis sobre gente que aparentemente está predestinada a ser pobre por gastar el dinero debido a una supuesta “cultura negra” de despilfarro y fiestas, permiten entender por qué hombres y mujeres “negras(os)” comparten las opiniones y valores otorgados al trabajo como mecanismo principal de ascenso social, igual que personas “blancas”.

Lo que quiero decir es que sin diferencias de “raza”, género o clase, todos pensamos más o menos igual en relación al trabajo como forma de ganar un sustento diario. Lo que nos diferencia no es pertenecer a un grupo social o racial “culturalmente pobre”, en el que la pobreza es reproducida por “comportamientos y valores culturales” supuestamente diferentes e inferiores a los de otros grupos. La forma en que se piensa sobre la ideología meritocrática que asocia logros con esfuerzos individuales, está plasmada en cada uno de los discursos de los y las jóvenes con que trabajé.

Si hay algo que en verdad nos diferencia y que encontré en mi trabajo de campo, son las cualidades adscritas con que nacemos (como el pertenecer a un grupo racial denigrado social e históricamente) y el cúmulo de recursos que adquirimos a lo largo de nuestras vidas (como la

educación o las habilidades simbólicas). La constante relación entre estas dos –las cualidades adscritas y los recursos adquiridos- y el uso que hagamos de ellas, no están siempre bajo nuestro control, pues en ciertas condiciones estructurales podemos aprovecharlas para salir adelante, mientras que en otras pueden perpetuar condiciones de vida desfavorables.

Y precisamente eso es lo que sucede en El Oasis. Todas y todos los habitantes dan una lucha diaria por sobrevivir con los pocos recursos que tienen. Todos y todas son afectados por el desempleo y el empleo precario, por los bajos salarios y los duros trabajos. Hombres y mujeres sufren de las violencias que el barrio les impone, temiendo ser atracados, robados y esperando no caer por accidente en las redadas de la “limpieza social”. Y son las y los jóvenes “negros” quienes siguen padeciendo de manera más agresiva de un mundo laboral lleno de incertidumbre y de un contexto violento.

En el capítulo 1 veíamos cómo los jóvenes “negros(as)” logran conseguir empleos a partir de la estrategia laboral que una estructura de oportunidades discriminatoria les ha dejado usar: el significado de la “raza”. Los estereotipos pueden pensarse como una forma denigrante de naturalizar supuestas cualidades únicas de grupos “negros” y, en efecto, lo son. Pero las historias de los jóvenes con que trabajé muestran que ellos se adhieren a ese estereotipo como estrategia de empleo.

Mis entrevistados y entrevistadas “negros(as)” usan los estereotipos porque no están pudiendo usar otros activos. A menudo jóvenes “negros” y “blancos” definían como cualidades laborales sus ganas de trabajar, su capacidad para aprender rápido, su honestidad, compañerismo y responsabilidad, recursos simbólicos que ante la falta de activos más influyentes en el mercado del trabajo, como la educación, resultan en criterios diferenciales para los empleos de baja cualificación que consiguen. Pero incluso con estos recursos simbólicos con que se describen a sí mismos, son los jóvenes “blancos” los que se quedan con los trabajos de más larga duración y los empleos de locales comerciales. Esto indicaría que lo que influye en la contratación probablemente no sean cualidades laborales y características personales positivas, sino un filtro en contratación que discrimina racialmente.

Si no tienen educación como activo y si no pueden usar cualidades simbólicas y morales como estrategia laboral, lo que están utilizando la mayoría de hombres y mujeres “negras(os)” es el imaginario que sobre ellos se teje y que ellos también ayudan a tejer, acerca de las supuestas bondades laborales que significa “ser negros”. Seguramente, son estas mismas bondades

imaginadas las que quizás no permiten a jóvenes “afro” usar y adquirir otro tipo de activos fuera de los raciales. Bondades de la “raza” que generan mayor alterización y cuyo efecto obstaculiza obtener mejores empleos –o al menos diferentes-, como por ejemplo, vendedores de locales comerciales.

En mi opinión, esta adhesión consciente de las y los jóvenes “negros” le hace juego a la estructura de oportunidades desigual: con la estereotipación estos jóvenes ayudan a reproducir los únicos espacios laborales que un mercado laboral les impone, con lo que a su vez ellos mismos contribuyen a que no sean imaginados en otros trabajos. Pese a mi opinión, esta es la forma más rápida y segura en que pueden acceder a empleos para subsistir. Como investigadora puedo pensar que al aceptar trabajos en la construcción y el servicio doméstico una y otra vez, la gente “afro” no está mejorando su situación de mayor vulnerabilidad. Pero lo cierto es que lo apremiante de las necesidades diarias, hace que mis entrevistadas(os) no piensen en el problema de estar reproduciendo desigualdades o cuán peligrosos son los estereotipos. Por el contrario, si la construcción y el servicio doméstico son los trabajos en los que ven la posibilidad de ganar algún dinero, serán los empleos en que accedan a trabajar.

El análisis interseccional permitió ver que la pobreza no es singular ni homogénea. La propuesta de activos y estructura de oportunidades de Kaztman y Filgueira sigue siendo novedosa porque tiene en cuenta el concepto de pobreza más allá de las carencias de un hogar y pone de manifiesto que hay ciertas estrategias que en determinadas condiciones estructurales pueden o no ser usadas. No obstante, desde la interseccionalidad fue posible ver que la vulnerabilidad no es únicamente una pobreza, sino que la “raza” y el género implican otras formas de vulnerabilidades y, por lo tanto, otras formas de pobrezas en plural. En especial, las experiencias de pobreza y de inserción laboral precaria de mujeres “negras” desplazadas, resultan, entre todos los casos, las más complicadas.

En el segundo capítulo, analizar las redes sociales de la mano con la teoría interseccional, dejó al descubierto que la suma de gente “negra” y pobre no conduce siempre a una mayor fragilidad laboral. Aunque personas “negras” y “blancas” cuentan con redes sociales de efectividad limitada por la baja heterogeneidad por la que se caracterizan, son las y los “afrocolombianos” quienes presentan un capital social mucho más establecido, aun cuando empieza a agotarse su capacidad de ayuda mutua.

Los empleos referidos entre la red social (como capital social individual) y la institución AFRODES (como capital social colectivo) son generalmente los mismos, pero hay otros tipos de apoyo laboral: el que beneficia poder mantener el activo trabajo (las madres, hermanas, amigas y señoras del barrio –como doña María- que cuidan los hijos e hijas de aquellos que deben salir a trabajar); y el que genera el acceso esporádico a empleos diferentes y que son del agrado de las y los jóvenes “negros” del Oasis (los vínculos débiles que Totó logra con programadoras de televisión).

El desempleo es un problema que afecta a “blancos(as)” y “negros(as)”, pero quienes logran acceder a un empleo no necesariamente tienen mejores condiciones de vida que aquellos que están desempleados. En palabras de Portes y Hoffman (2003), “Más que nunca se reafirma el hecho de que en América Latina no es necesario ser un desocupado para ser pobre” (p. 29). En efecto, ni el empleo ni las estrategias laborales para conseguir dinero, están revirtiendo la situación de mayor vulnerabilidad en la que se encuentran las personas “afro”. Las estrategias usadas durante el desempleo y también durante el empleo, no alcanzan: bailar esporádicamente en presentaciones con el grupo de danzas del Oasis, vender pescado en las calles, apostar en el garito, reducir las dietas alimenticias y acudir a las redes sociales, son activos –algunos muy malignos- que en alguna medida reducen el impacto de los problemas laborales y de no tener ingresos, pero sólo permiten sobrevivir el día a día y no están ayudando a salir de la pobreza estructural que enfrentan.

Las ayudas del Estado, como el dinero que dan a las madres por sus hijos menores de edad o los subsidios al desplazamiento, son un activo que de alguna manera aligera la carga de no tener empleo, pero no son suficientes. Aun cuando las personas desplazadas tienen un trabajo y un salario mensual, el ingreso ganado más los subsidios del Estado, no alcanzan para lidiar con la pobreza. En general, todas las personas que entrevisté y que acceden a algún tipo de subsidio del Estado (incluyendo “blancos y “negros”, desplazados y no desplazados), sostuvieron que estas ayudas por sí solas tienen una incidencia mínima en el proceso para salir de la pobreza. En este sentido, de acuerdo a Newman (1997): “Más que pintar los beneficios gubernamentales y el trabajo como mundos separados, tiene mucho más sentido describirlos como dos caras de una misma moneda [...]” (p. 53). Es decir, subsidios del Estado y empleo no son excluyentes, pero las personas no están viviendo dignamente cuando tienen a la par ayudas humanitarias y empleos.

Como señala González de la Rocha: “El énfasis en la agencia de los pobres no debería distraernos del hecho de que las acciones implementadas por los pobres para asegurar un sustento, toman lugar en un contexto de restricciones y, bajo ciertas condiciones, esas restricciones pueden ser permanentes” (González de la Rocha & Grinspun, 2000: 37). Todas las estrategias de mis entrevistadas y entrevistados, insisto, no alcanzan. A pesar de los activos y estrategias con que cuenta un hogar para enfrentar la pobreza, cada vez más estos recursos son menos efectivos y comienzan a agotarse ante una estructura de oportunidades que impone limitaciones en la consecución del principal activo: el trabajo.

Esta estructura de oportunidades en el caso colombiano, se caracteriza por un Estado poco benefactor que ha sido un actor importante en la desregulación de las relaciones laborales que el mercado ha venido imponiendo desde los años setenta. Este mercado, a su vez, nunca ha presentado altos niveles de empleo formal y, por el contrario, la informalidad ha sido una constante. A estos problemas, se agregan la precarización y flexibilización del trabajo que se intensificaron con la apertura económica de los años noventa y en la que los trabajadores con niveles de educación más bajos acceden a empleos del sector servicios, mal pagos e inestables. La sociedad también ha sido una parte importante de esa estructura. El conflicto armado colombiano ha conllevado desplazamientos forzados, especialmente en la zona del Pacífico colombiano. Bajo esta estructura de conflicto y desplazamiento, insertarse en el mercado laboral no es nada sencillo y menos cuando la comunidad receptora del Oasis se caracteriza por altos niveles de pobreza, violencia y desempleo estructurales.

Para terminar, la preocupación que permanece en el fondo de esta investigación, es cuánto tiempo más podrán soportar la pobreza las personas del Oasis. Según González de la Rocha et al., (2004), hablar de los recursos de la pobreza o activos de un hogar comienza a ser cuestionable porque los límites de adaptación estratégica de los hogares son cada vez más evidentes. Para esta autora, más que hablar de los recursos de la pobreza, en la actualidad habría que pensar en la pobreza de los recursos, es decir, en cuán limitados son los activos, ya que “abundan cada vez más los obstáculos que opciones, los límites que las alternativas” (González de la Rocha et al., 2004: 194). En esa medida, uno se pregunta si los activos que intentan movilizar las y los jóvenes “afro” con que trabajé seguirán siendo utilizados con alguna medida de efectividad y más si tenemos en cuenta que en el Oasis hay más restricciones que oportunidades y que aguantar hambre y pensar en el suicidio son las acciones últimas contra las que se lucha por sobrevivir.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, María José, & Bocarejo, D. (2012). New technologies for dealing with the poor: cable cars as fetish objects (Draft Version). Universidad del Rosario, Bogotá.
- Álvarez, María José, & Bocarejo, D. (2012). Contexto socioeconómico de la Comuna 4 de Soacha: vulnerabilidad, encierro y estigma. En *Movilidad urbana y pobreza. Aprendizajes de Medellín y Soacha, Colombia* (pp. 137-142). Medellín: Development Planning Unit, UCL / Universidad Nacional de Colombia.
- Arango, G. (2007). Género, discriminación étnico-racial y trabajo en el campo popular-urbano: experiencias de mujeres y hombres negros en Bogotá. *La manzana de la discordia*, 4, 37-47.
- Arango, L. G. (1999). Género, globalización y reestructuración productiva. En *Globalización, apertura económica y relaciones industriales en América Latina* (pp. 118-137). Bogotá: Centro de Estudios Sociales, CES. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Arango, L. G. (2004). La globalización: realidades múltiples y contradictorias. *Revista cultura y trabajo. Escuela Nacional Sindical. Las Reformas Laborales Del Gobierno De Uribe*, 62, 22-27.
- Arango, L. G., Meertens, D., & Viveros, M. (2008). Discriminación étnico-racial, desplazamiento y género en los procesos identitarios de la población «negra» en sectores populares de Bogotá. En *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe* (pp. 181-214). Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Clacso.
- Arango, L., & Posada, C. (2001). El desempleo en Colombia. *Borradores de Economía*, 176. Recuperado a partir de <http://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra176.pdf>
- Arboleda, J. A., Petesch, P. L., & Blackburn, J. (2004). *Voces de los pobres de Colombia: fortaleciendo formas de ganarse la vida, las familias y las comunidades*. Banco Mundial.

- Ardila, S. (2003). *Las prácticas de eliminación física contra jóvenes de los Altos de Cazucá* (Tesis de trabajo social no publicada). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Barbary, O., & Estacio Moreno, A. (2008). Desigualdad sociorracial frente a la movilidad laboral en Cali. Algunos resultados del análisis de biografías socioprofesionales. En *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe* (pp. 121-145). Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Clacso.
- Burgois, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Argentina: Siglo XXI Editores
- CEPAL - Naciones Unidas. (2012a). *CEPAL - Panorama social da América Latina 2012. Documento informativo* (Documento informativo).
- CEPAL - Naciones Unidas. (2012b). *CEPAL - Eslabones de la desigualdad. Heterogeneidad estructural, empleo y protección social*. Santiago de Chile.
- CEPAL - Naciones Unidas, & Uthoff, A. (2006). *CEPAL - Brechas del Estado de bienestar y reformas a los sistemas de pensiones en América Latina*.
- Collins, P. H. (2000). *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. New York: Routledge.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 1241–1299.
- Cunin, E. (2003). *Identidades a flor de piel*. Bogotá: IFEA-ICANH-Uniandes-Observatorio del Caribe Colombiano.
- Curiel, O. (2011). *Género, raza, sexualidad. Debates contemporáneos*.
- DANE. (2013a). *Pobreza monetaria y multidimensional en Colombia 2012* (Boletín de prensa) (pp. 1-29). Bogotá: Departamento Nacional de Estadística, DANE.
- DANE. (2013b). *Boletín de prensa. Principales indicadores del mercado laboral - Marzo de 2013*. Bogotá: Departamento Nacional de Estadística, DANE.

- DANE. (2013c). *Resumen Ejecutivo. Medición del empleo informal seguridad social. Trimestre móvil diciembre de 2012-febrero 2013*. Bogotá: Departamento Nacional de Estadística, DANE.
- De Barbieri, T. (1993). Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica. *Debates en sociología. Pontificia Universidad Católica del Perú. Departamento de Ciencias Sociales*, (18), 1-19.
- De la Garza, E. (2007). El trabajo y la vida a comienzos de siglo XXI (Ponencia). Madrid.
- DEJUSTICIA, & Universidad del Rosario. (2013). *Informe: Segregación residencial racial y condiciones de vida en diferentes ciudades de Colombia. En prensa*. (pp. 1-31). Bogotá.
- Departamento para la Prosperidad Social. (2013). Mas Familias en Acción. Más compromiso por la equidad. *DPS. Familias en Acción*. Recuperado a partir de http://www.dps.gov.co/Ingreso_Social/FamiliasenAccion.aspx
- Díaz, L. (2013). *De aquí a mañana: expectativas a futuro en jóvenes de la Comuna IV de Soacha* (Trabajo de grado). Universidad del Rosario, Bogotá.
- El Espectador. (2008). Es que es más barato matarlos. *El Espectador.com*. Recuperado 11 de noviembre de 2012, a partir de <http://www.elespectador.com/impreso/bogota/articuloimpreso-mas-barato-matarlos>
- El Nuevo Siglo. (2012, Enero 17). Soacha: Comunidad afro denuncia amenazas. *elnuevosiglo.com*. Recuperado 8 de febrero de 2012, a partir de <http://www.elnuevosiglo.com.co/articulos/1-2012-soacha-comunidad-afro-denuncia-amenazas.html>
- El Tiempo. (1996, Junio 23). Cazucá, una bomba de tiempo. *eltiempo.com*. Recuperado 12 de febrero de 2012, a partir de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-456808>
- El Tiempo. (2012, Febrero 21). Captura de líder de banda «El parche que no copea» en Soacha. *eltiempo.com*. Recuperado 8 de febrero de 2012, a partir de

http://www.eltiempo.com/colombia/cundinamarca/captura-de-lider-de-banda-el-parch_11183482-4

- Gil, F. (2010). Vivir en un mundo de «blancos». Experiencias, reflexiones y representaciones de «raza» y clase de personas negras de sectores medios en Bogotá D.C / Living in a world of white people. Experiences, reflections and representations of race and class of the black middle class in Bogota D.C.
- González de la Rocha, M., & Grinspun, A. J. (2000). *Private Adjustments: Household Responses to the Erosion of Work* (No. 6) (pp. 1-42). UNDP/SEPED. Recuperado a partir de <http://www.chs.ubc.ca/lprv/PDF/lprv0483.pdf>
- González de la Rocha, M., Perlman, J., Safa, H., Jelin, E., Roberts, B. R., & Ward, P. M. (2004). *From the Marginality of the 1960s to the «New Poverty» of Today: A LARR Research Forum* (pp. 183-203). Latin American Studies Association.
- González de la Rocha, M. (2007). The Construction of the Myth of Survival. *Development & Change*, 38(1), 45-66.
- González de la Rocha, M. G., & Latapí, A. E. (2008). Choices or Constraints? Informality, Labour Market and Poverty in Mexico. *IDS Bulletin*, 39(2), 37-47.
- Granovetter, M. S. (1973). The Strength of Weak Ties. *American Journal of Sociology*, 78(6), 1360-1380.
- Hartsock, N. C. (2004). The Feminist Standpoint: Developing the Ground for a Specifically Feminist Historical Materialism. En *Discovering reality* (Vol. 161, pp. 283–310).
- Hogan, B., & Berry, B. (2011). Racial and Ethnic Biases in Rental Housing: An Audit Study of Online Apartment Listings. *City & Community*, 10(4), 351-372.
- Iranzo, C., & Leite, M. (2006). La subcontratación laboral en América Latina. En *Teorías sociales y estudios del trabajo*. México: Antropos.

- Kaztman, R. (2001). Seducidos y abandonados. *Revista de la CEPAL*, 75, 171.
- Kaztman, Rubén, & Filgueira, C. (1999). *Activos y estructuras de oportunidades: estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay* (1ra edición.). Montevideo: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD-Uruguay. Comisión Económica para América Latina y el Caribe CEPAL-Oficina de Montevideo.
- Kessler, G. (2004). De proveedores, amigos, vecinos y barderos. Acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires. *Desacatos. Saberes y Razones*, 60-84.
- León, M. (2013). Proyecto de Investigación-acción: trabajo doméstico y servicio doméstico en Colombia. *Revista de Estudios Sociales No.35*, (45), 198-211.
- Lewis, O. (1966). *La vida: a Puerto Rican family in the culture of poverty-San Juan and New York* (Vol. 13). New York: Random House
- Lomas, C. (2008). *¿El otoño del patriarcado?: Luces y sombras de la igualdad entre mujeres y hombres*. Ediciones Península.
- López, C. M. (1999). Formas de relaciones laborales en Colombia: diversidad y cambio. En *Globalización, apertura económica y relaciones industriales en América Latina* (pp. 193-221). Bogotá: Centro de Estudios Sociales, CES. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Moser, C. (1996). *Confronting Crisis. A Comparative Study of Household Responses to Poverty and Vulnerability in Four Poor Urban Communities*. *Environmentally Sustainable Development Studies and Monographs Series No. 8*. Washington, DC: The World Bank.
- Newman, K. (1997). *No Shame in My Game: The Working Poor in the Inner City*. New York: Knopf and the Russell Sage Foundation.

- Pager, D. (2007). The Use of Field Experiments for Studies of Employment Discrimination: Contributions, Critiques, and Directions for the Future. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 609, 104-133.
- Pager, D., & Shepherd, H. (2008). The Sociology of Discrimination: Racial Discrimination in Employment, Housing, Credit, and Consumer Markets. *Annual Review of Sociology*, 34(1), 181-209.
- Pérez, M. E. (2005). CAPÍTULO II. Región Central. Cundinamarca, Boyacá, Meta, Casanare, Arauca, Huila, Tolima, Bogotá, Soacha, Ciudad Bolívar. En *El desplazamiento en Colombia: regiones, ciudades y políticas públicas* (pp. 137-174). Medellín: REDIF: ACNUR: Universidad Nacional de Colombia. Programa de Iniciativas para la Paz, PIUPC: Corporación Región.
- Pinzón, N. (2007). Los jóvenes de la «doma»: Altos de Cazucá y el paramilitarismo en la periferia de Bogotá. *Maguaré*, 21, 275-295.
- Portes, A. (1998). Social Capital: Its Origins and Applications in Modern Sociology. *Annual Review of Sociology*, 24(1), 1-24.
- Portes, A. (2004). El capital social: Promesas y obstáculos para su papel en el desarrollo. En *Desarrollo futuro de América Latina. Neoliberalismo, clases sociales y transnacionalismo*. (pp. 149-172). Bogotá: ILSA - Instituto Latinoamericano de Servicios Legales.
- Posso, J. (2008). Mecanismos de discriminación étnico-racial, clase social y género: la inserción laboral de mujeres negras en el servicio doméstico de Cali. En *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe* (pp. 215-240). Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Clacso.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo - pnud, & Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados –ACNUR. (2011). *Desplazamiento forzado, tierras y territorio*.

- Agendas pendientes: la estabilización socio-económica y la reparación* (Colección Cuadernos INDH).
Bogotá.
- Segato, R. L. (2006). *Racismo, discriminación y acciones afirmativas: herramientas conceptuales*.
Departamento de Antropología, Universidade de Brasília.
- Segura, N., & Meertens, D. (1997). Desarraigo, género y desplazamiento interno en Colombia.
Nueva Sociedad, (148), 30–43.
- Semana. (2005, Junio 12). Cazucá de luto. *Semana.com*. Recuperado 12 de septiembre de 2012, a
partir de <http://www.semana.com//nacion/articulo/cazuca-luto/73064-3>
- Small, M. L. (2004). *Villa Victoria: The Transformation of Social Capital in a Boston Barrio* (2nd ed.).
University of Chicago Press.
- Small, M. L., Harding, D. J., & Lamont, M. (2010). *Reconsidering Culture and Poverty* (SSRN Scholarly
Paper No. ID 2131376). Rochester, NY: Social Science Research Network.
- Small, M., & Lamont, M. (2008). How Culture Matters for the Understanding of Poverty:
Enriching our Understanding. En A. Lin & D. Harris (Eds.), *The Colors of Poverty: Why
Racial and Ethnic Disparities Persist* (pp. 77-102). New York: Russell Sage Foundation.
- Urrea, F., Viáfara, C., Ramírez, H. F., & Botero, W. (2007). Las desigualdades raciales en
Colombia: un análisis sociodemográfico y de condiciones de vida, pobreza e ingresos para
la ciudad de Cali y el departamento del Valle del Cauca. *Afro-reparaciones: memorias de la
esclavitud y justicia social reparativa para negros afrocolombianos y raizales*. *Universidad Nacional de
Colombia, Observatorio del Caribe Colombiano, Bogotá*, 691–710.
- Urrea, Fernando. (2000). «Relaciones interraciales y clases en la construcción de ciudadanía: el
caso de Cali (Colombia)». *Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación
laboral de la población afrocolombiana en Cali*, (Documento de Trabajo No. 48.), 2-35.

- Urrea, Fernando. (2002). Globalización y prácticas de flexibilización laboral en grandes empresas: el caso colombiano. *Sociología del trabajo*, 1(44), 41-74.
- Urrea, Fernando. (2011). La conformación paulatina de clases medias negras en Cali y Bogotá a lo largo del siglo XX y la primera década del XXI. *Revista de Estudios Sociales*, (39), 24-41.
- Urrea, Fernando, & Ramírez, H. F. (2000, mayo 17). «Cambios en el mercado de trabajo de Cali (Colombia), reestructuración económica y social del empleo de la población negra en la década del 90: un análisis de segregación socio-racial a partir de las transformaciones más recientes del mercado de trabajo». Ponencia presentado en III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Buenos Aires.
- Valero, É. (1999). Subcontratación, reestructuración empresarial y efectos laborales en la industria. En *Globalización, apertura económica y relaciones industriales en América Latina*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Viáfara, C. A. (2008). Diferencias raciales en el logro educativo y status ocupacional en el primer empleo, en la ciudad de Cali (Colombia). En *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe* (pp. 85-119). Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Clacso.
- Viveros, M. (2009). La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual. *Revista latinoamericana de estudios de familia*, 1, 63-82.
- Viveros, M., & Gil, F. (2010). Género y generación en las experiencias de ascenso social de personas negras en Bogotá. *Maguaré*, (24), 99-130.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos: marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
- Wilson, W. J. (1996). *When Work Disappears: The World of the New Urban Poor*. New York: Alfred A. Knopf.